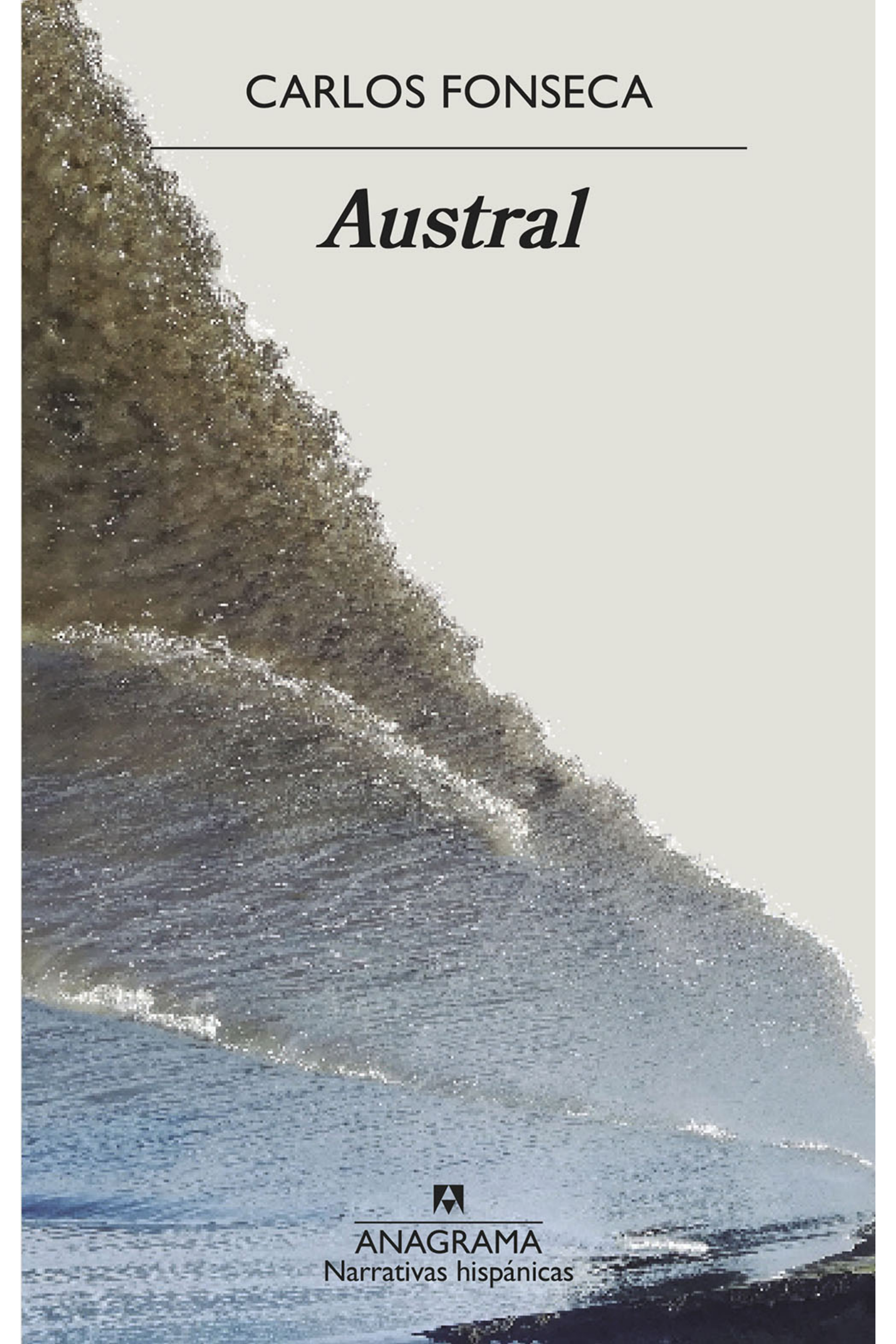

CARLOS FONSECA
Austral
ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Para Atalya, Rafael y Ari

Cansado de todos los que llegan con palabras, palabras, pero no lenguaje,
parto hacia la isla cubierta de nieve.
Lo salvaje no tiene palabras.
¡Las páginas no escritas se ensanchan en todas direcciones!
Me encuentro con huellas de pezuñas de corzo en la nieve.
Lenguaje, pero no palabras.

TOMAS TRANSTRÖMER, «De marzo del 79»

Sueño con un hombre que olvida las lenguas de la tierra hasta no comprender lo que se dice en ninguna de ellas.

ELIAS CANETTI, *Las voces de Marrakesch*

Nunca antes ha estado en el desierto, pero a menudo los ha imaginado.

Por eso cada vez que mira la postal que ahora tiene entre manos, su primer instinto es ver allí un retrato de la llanura árida. Poco importa que la fotografía esté en blanco y negro. Él imagina las tonalidades de la arena, la atmósfera de tedio, la sensación de vacío. En la imagen no parece haber nadie, apenas una decena de líneas rigurosamente dispuestas que de pronto él convierte en las calles solitarias de un antiguo pueblo minero. Ve los montículos blancos que aparecen sobre los bordes de la postal y se dice que son nubes. Pero entonces empieza a dudar.

En una segunda mirada las manchas blancas pierden su ligereza y comienzan a parecer colinas de sal. Sin más, la llanura se convierte en un enorme salar. Las líneas trazadas sobre la planicie señalan los caminos por los cuales solían transitar los vagones llenos de salitre de esa fábrica deshabitada que le recuerda, en un último vuelo de fantasía, a la rugosa superficie lunar, con sus cráteres y sus valles, con sus geometrías arcaicas. Solo en ese momento, cuando la imaginación llega al límite, se dice lo que sabe: que se trata de la fotografía de un simple vidrio sucio y que allí donde recién creyó encontrar la superficie del desierto, del salar o de la Luna no hay más que polvo.

La primera vez que vio la postal recordó un reportaje que había visto hacía unos meses. Un documental sobre el turismo contemporáneo al que había llegado por error, pero entre cuyas últimas imágenes quedó cautivado. En esa secuencia final, mientras una voz en off narraba su historia, un dron retrataba desde el cielo el paisaje que traza sobre la planicie dorada el cementerio de trenes de Uyuni. La cámara atravesaba lentamente la llanura hasta que se veían emerger las ruinas de lo que una vez fue la primera línea del ferrocarril boliviano. Cuatro mil esqueletos de locomotoras abandonadas que remiten a un pasado glorioso, pero que hoy se acumulan oxidadas sobre el altiplano como chatarra prisionera del viento seco. Más de tres kilómetros de hileras de vagones fantasmales, sobre los cuales aparecen escritas a modo de grafiti las sentencias que el narrador del documental se encargaba de pronunciar con una voz pausada no desprovista de ironía: «Así es la vida.» «Aquí yace el progreso.» Moviéndose entre aquella monumental escombrera, como hormigas sobre la arena, se podían distinguir los contornos de los cientos de turistas que cada día visitan el lugar. La cámara captaba la

escena del peregrinaje, hasta que prosiguiendo su camino dejaba el cementerio atrás. La voz callaba y junto a ella el documental finalizaba. Surgían los créditos pero el vídeo seguía y más allá de la tipografía podía distinguirse cómo los tonos ocres lentamente daban paso al blanco del salar.

Ahora es él quien está en el desierto pero sigue mirando la misma postal. Tirado en la cama, de espaldas a la noche, gira la tarjeta. El nombre de la pieza y su autor, *Elevage de poussière*, Man Ray, 1920, aparecen tachados con una fina línea roja. En su lugar ella ha escrito: Humahuaca, Argentina. Un gesto sencillo que transforma la obra. Y él piensa que es raro imaginar paisajes cuando finalmente se los tiene de frente.

Primera parte
Un idioma privado

> No, no era posible calcular la hondura del silencio que produjo aquel grito. Como si la tierra se hubiera vaciado de su aire.
>
> JUAN RULFO, *Pedro Páramo*

1

«Perfectamente lúcida hasta el puro final», había escrito ella en la carta y volvía a repetir ahora en voz alta.

La frase, proveniente de la cocina, atravesó la sala en la mañana de diciembre, hasta llegar a Julio, quien se había sentado en una de las butacas del fondo intentando escapar de la brisa helada que se escurría de a ratos por la puerta. Reconociendo la expresión, paró de enrollar el cigarrillo que tenía entre manos y alzó la mirada. No encontró a nadie. Olivia se había excusado de colar más café y lo único que parecía moverse en el salón era el galgo italiano que había ido a tirarse en la silla de la que recién se había parado ella. Daba la sensación de que actuaban una escena previamente ensayada. Anoche, por no ir lejos, habían estado así, sentados en esos viejos sillones de cuero con apenas tres pequeñas luces iluminándolo todo, contando la historia que hoy ella volvía a relatar con variantes, como si temiese que él ya la hubiese olvidado o como si pensase que repetirla era una forma de entenderla. Dos extraños que apenas se veían las caras por primera vez, unidos en confianza por el frágil fantasma de la amiga mutua bajo cuyo techo hablaban. Así mismo se habían dispuesto frente a un par de cervezas, desde las siete de la tarde hasta pasadas las diez, con la única diferencia de que ahora la mañana se encargaba de volver visible lo que ayer eran puras sombras.

Iluminada, la casa se volvía más humana, dotando el espacio de una textura antes inadvertida. La luz entraba transversalmente por el costado occidental, proyectándose sobre la pared de la cual colgaban un par de grandes fotografías en blanco y negro: un retrato del volcán Momotombo daba paso al rostro combativo pero tierno de un joven sandinista a principios de los años ochenta. Faltaban las fotografías personales, pero bastaba observar el resto para sentir las huellas de una idiosincrasia: un par de rocas rojizas se exhibían enmarcadas junto a un viejo reloj de pie, mientras más abajo, en una esquina junto a la comida del perro, una decena de libros de historia natural se amontonaban en un desorden pacientemente urdido. Más allá de un arreglo de margaritas blancas, nada sugería que allí hubiese ocurrido algo. Bajo las flores, ubicados entre varios terrarios, aparecían los vinilos: una impresionante colección de viejos elepés de bandas británicas adornaban las estanterías que cubrían el resto de la pared

hasta toparse con el tocadiscos ubicado junto el ventanal. La mirada podía entonces relajarse y observar el exterior.

Allí estaba el paisaje tal y como Olivia lo había descrito. En primer plano, la veintena de casas de la comuna artística y el par de excavadoras oxidadas en torno al corral. Más allá, bajando la colina, podía divisarse la intersección en la que el río Grande se topa en cruz con las quebradas de Calete y Cuchiyaco. Un par de camiones de carga, probablemente dirigidos hacia Bolivia, transitaban la carretera hacia el norte, dirigiendo la vista hacia la aldea de Humahuaca, tras la cual crecía la portentosa cordillera de colores solo antes vista en fotos. Quién diría que el desierto iba a ser tan colorido y frío. Acostumbrado a la idea de la monotonía cálida y horizontal de las dunas doradas en los salvapantallas, de repente se topaba con esto: una serranía en la que los colores se alternaban verticalmente con el encanto de las acuarelas infantiles.

Emergiendo de la neblina, las montañas mostraban el esplendor de sus estratos, mientras más arriba, sobre un cielo despejado y claro, un gavilán hacía las rondas, imitando sin saber lo que ocurría desde ayer en esa casa que volvía brevemente a caer en silencio. También ellos parecían moverse en espiral, acercándose al corazón del relato solo para luego volver a alejarse, tal vez conscientes de que lo realmente importante era recrear, en la atmósfera de la fría mañana, las siluetas de esa ausencia que la frase recién pronunciada se encargaba de evocar.

–Imagínate. Lúcida a pesar de todo –reformuló Olivia.

Por momentos parecía traducir pensamientos que le llegaban en inglés. Era en esos instantes en los que la voz del relato finalmente lograba confundirse con su objeto y él sentía que la que hablaba no era Olivia Walesi sino su vieja amiga Aliza Abravanel. Las mismas inflexiones anglosajonas proyectadas sobre el castellano, el acento camaleonizado pero aún patente, la misma voluntad y el mismo ímpetu. Brotaba entonces el tono exacto que delataba el sentido de las páginas que había leído hasta pasada la medianoche, en ese manuscrito que yacía tirado sobre la mesa del desayuno.

–¿Más café? –interrumpió ella.

Y junto a la pregunta la evocación se deshizo, al ritmo que le rellenaba la taza y él, observando el tatuaje que le crecía sobre el antebrazo, comprendía el tamaño de su error. Esa no podía ser la voz de su amiga, no solo porque ella había muerto hacía diez días, sino porque lo que estaba en juego en la historia que ahora retomaban era precisamente la pérdida de aquella voz.

–Extraordinario, ¿no? Con la enfermedad a cuestas y aun así trabajando –añadió Olivia, haciéndose un espacio junto al galgo.

A contraluz, vestido con la misma chaqueta verde oliva que lo había

abrigado anoche, Julio asintió con una sonrisa y volvió al cigarrillo a medias, no sin antes tocar de pasada el bolsillo en el que guardaba la carta que lo había llevado hasta allí.

La carta había llegado hacía una semana, junto a la nieve. El otoño se había extendido más de lo común y el invierno se hizo esperar hasta ya entrado diciembre. Pero finalmente dio la cara a mediados de mes y junto al frío llegó ese sobre capaz de interrumpir las divagaciones inútiles de Julio Gamboa. Se encontraba sentado frente a un papel en el que aparecía subrayada la palabra *ártico*, mordiendo el lápiz en busca de asociaciones, cuando escuchó los tres golpes a la puerta que terminaron por despertarlo de lo absurdo de su tarea. ¿Por qué hacía listas? Tal vez porque llegando a ese punto en el que otros buscan en los amoríos o en el alcohol una salida y un nuevo comienzo, él había llegado a pensar que las listas eran su manera de mantener intacto el orden de ese mundo que se le escapaba.

«Si me estoy volviendo loco, al menos que sea con cierto método», pareció decirse, mientras veía cómo la secretaria entraba a su oficina con el correo en la mano.

Lo mismo de siempre: cartas del decanato, revistas que nunca leería, facturas, estados de cuenta. Entre tanta rutina distinguió, sin embargo, un sobre inusual. *Humahuaca*: la dirección le sonó tan desconocida, lejana y enigmática como el nombre de la remitente, Olivia Walesi. Bajo una estampilla postal que mostraba una quebrada repleta de cactus aparecía su nombre.

–De seguro se equivocaron de Gamboa –respondió riendo, sin notar que la secretaria ya había partido.

Y siguió especulando lo mismo cuando, sentado en su oficina, de cara al campus universitario en el que había pasado los últimos veinte años, leyó el comienzo, en el que Walesi se presentaba como miembro de una comunidad de artistas residentes en el desértico norte argentino. Las próximas líneas, sin embargo, lograron sacarlo de su desconcierto. Reconoció el nombre de Alicia Abravanel con la misma emoción muda con la que se saluda después de años la casa en la que solíamos vivir de niños, con una mezcla de alegría, asombro y nostalgia. No quiso entregarse a los juegos del recuerdo. Puso la carta a un lado y se distrajo observando cómo los estudiantes le daban la bienvenida al invierno. Los ciclos podían tardar en cumplirse pero terminaban por cerrarse con la más terrible precisión.

Aliza Abravanel. Tomó un bolígrafo, eliminó la *i* y cambió por *z* esa *c* que siempre le sonaba extraña. Por los pasados treinta años había hecho exactamente lo mismo cada vez que encontraba el nombre en algún suplemento cultural o en algún periódico. No sentía que

hubiesen pasado ya tres décadas de aquella aventura de adolescencia. El tiempo no lograba aplacar esa manía de querer verla bajo el nombre con el que la había conocido. Ella misma, al momento de presentarse, le había avisado, con un acento que solo más tarde reconocería como inconfundiblemente británico, de ese pequeño detalle.

–Aliza, sí, sin *i* y con *z,* no con *c*.

Por eso, cuando años después comenzaron a publicarse las notas de prensa sobre sus libros y en todos se hablaba de una tal Alicia Abravanel, no pudo sino sentir que todo era un simple error de los periodistas. Poco importó que luego leyese una entrevista en la que la escritora reflexionaba sobre esa decisión de cambiar su nombre, explicando que en su caso la latinización iba de la mano de otra de mayor importancia: la decisión de adoptar el castellano como idioma para la escritura de sus novelas. Ella seguía siendo la misma muchacha que una tarde lo había interrumpido en la librería para pedirle una copia de la novela que pasaría a ser el amuleto en su juvenil peregrinaje contra el mundo.

–¿Tienes *Bajo el volcán* en castellano? –había dicho. Antes de añadir–: Del loco de Lowry.

Más de treinta años los separaban de esa tarde. Recordarla bajo su nombre original era su manera de mantener viva una intimidad que había nacido al amparo de los libros y que ahora continuaba a raíz de ellos, aun cuando una carta escrita desde una remota provincia argentina le informaba que Alicia, su *Aliza*, acababa de morir después de más de una década de lucha contra la enfermedad que terminaría por dejarla casi muda pero que sería incapaz de alejarla de la escritura.

«Perfectamente lúcida hasta el puro final», había escrito Olivia en medio de sus explicaciones sobre el último proyecto de la escritora y fue esa frase la que finalmente logró provocar en él la emoción del recuerdo. Esa mención a la lucidez, extraña tratándose de una paciente con afasia, desenterró otra expresión que de adolescentes él y Abravanel solían robarle a Lowry: el «perfectamente borracho» con el que el alcohólico protagonista de *Bajo el volcán* se definía frente a las autoridades. En su perfección etílica, la frase le recordó cómo en un principio la alianza con la joven británica había sido, más que nada, una rebeldía y un escape. Una forma de huir del miedo a defraudar las expectativas que sus padres habían puesto en él.

Su padre nunca había tenido mucho. Apenas una humilde pulpería heredada de un tío lejano y una paranoia que crecía en medio de lo precario.

–Un día los gringos se van a olvidar de nosotros y ahí sí que nos jodemos –solía decir cuando el alcohol le calentaba la sangre.

–Así que usted, carajillo, dedíquese a estudiar –añadía a media risa su madre.

Convencidos de que el cataclismo se avecinaba, seguros de que pronto Centroamérica se sumiría en el más profundo caos, habían puesto toda su esperanza en sus dos muchachos. Seis años mayor, su hermano fue el primero en decepcionarlos. Comprendiendo que la escuela no era lo suyo, había buscado en la calle las oportunidades que el aula no le daba, con la mala suerte de que la policía lo atrapó en pleno atraco, cuando junto a unos amigos se disponía a robar un microbús turístico.

Julio tenía apenas diez años, pero la imagen de su hermano esposado fue una humillación que nunca olvidó. A esa edad en la que los niños comienzan a dejar la cuna atrás, buscó en los libros un refugio. Tímido por naturaleza, encontró allí una guarida, sin imaginar que al cabo del tiempo esos mismos libros le regalarían una oportunidad. Siete años más tarde, cuando recibió la carta ofreciéndole una beca para cursar los estudios universitarios en Michigan, no supo exactamente cómo sentirse.

–Usted salga mientras pueda, que este terruño ya se deshace –le repitió orgulloso su padre.

Para él, sin embargo, aquello no sonaba a un escape: sonaba a seguir un sueño ajeno. Era apenas un adolescente, pero tras su timidez se empezaba a vislumbrar la ambición de quien busca torcer las líneas rectas. Una semana más tarde conoció a Aliza.

Si Michigan representaba el mundo, Aliza encarnaba otro mundo posible, ajeno a las expectativas de sus padres. Para Julio, la joven fan que decía haber visto tocar en vivo a los Sex Pistols y a los Ramones, la joven que juraba haber besado a Sid Vicious, era el faro que iluminaba un universo desconocido y temerario. Una aristócrata que a los diecisiete años había escapado de casa y de las obligaciones que conllevaba su apellido, para perderse entre las calles oscuras de un país centroamericano en el que apenas empezaban a resonar los primeros acordes estridentes del punk.

Entre las páginas, adjunta con un clip a una postal, Olivia incluía una fotografía de Aliza. Allí aparecía de costado, mostrando el rostro que él había visto retratado en la prensa, ese perfil que con los años ganaba la severidad, el carácter y la confianza que ya se podía intuir en plena adolescencia. El pelo oscuro contrastando con la llanura blanca, la nariz aguileña, la mirada exacta. En el reverso se leía: «Salinas Grandes, Argentina, 2008.»

Julio regresó al papel en blanco que tenía frente a sí. «Aliza», escribió sin pensar mucho. Más abajo, esbozó una de sus listas: «Thomas, Cardenal, Williams, Parra, Truffaut, Naranjo, Bernhard.»

Volvió a verla, joven e inapresable, en el sofá de su casa, en medio maratón de películas de Stan Brakhage. La recordó en un bar de mala muerte, recitando poesías de William Carlos Williams, mientras a su alrededor todos la miraban absortos, incapaces de entender exactamente lo que decía. Evocó su rostro en un atardecer ya lejano, manejando la vieja *van* de su padre, cruzando fronteras como si no existiesen. Se dirigían a Guatemala, rememoró, mientras buscaba explicar la razón por la cual se habían separado al final del viaje. Según recordó, el *road trip* se había extendido más de lo esperado y, ante la inminencia del comienzo del trimestre universitario en Michigan, a él le había tocado regresar a Costa Rica a pesar de las quejas de Aliza. Desde entonces no creía haber vuelto a hablar con ella. Sus rumbos se habían cruzado y tras aquella aventura juvenil él había emprendido el camino que terminaría por ubicarlo en esa oficina, mirando las nieves del norte, catedrático perdido entre catedráticos, mientras ella retrataba en novelas las tierras del sur.

Mucho había cambiado en esos treinta años. El muchacho ansioso que fue había logrado afianzarse en ese mundo que en un principio le había parecido aterrador. El primer año en Estados Unidos había sido duro: se sentía terriblemente extranjero y desubicado en aquel campus, a pesar de la beca y del éxito académico. Había sufrido una profunda depresión de la que solo lo logró sacar una joven estudiante francesa a la que conoció en el comienzo de su segundo año. Marie-Hélène, esa joven pecosa tan distinta de Aliza, le había demostrado que en el extranjero no valían las nostalgias ni los recuerdos y él, siguiendo su consejo, se había finalmente entregado a forjar su camino a fuerza de olvido. Al cabo de casi tres décadas, aquella decisión de solo mirar hacia delante parecía ser el pilar sobre el cual se erigía la cómoda vida que la llegada de la carta había hecho temblar ligeramente.

Julio regresó a la lista que recién había delineado: «Thomas, Cardenal, Williams, Parra, Truffaut, Naranjo, Bernhard.» El placer de los inventarios era ese: encontrar el orden del recuerdo allí donde otros solo verían el caos de lo arbitrario. Era raro pensar que no había visto a Aliza en tanto tiempo. Por eso le sorprendió encontrar la invitación escrita sobre el reverso de la postal. Allí, tras presentarse, Olivia Walesi pasaba a pedir su ayuda:

> Alicia me pidió que le comunicase, cuando fuese necesario, su deseo irrevocable de que fuese usted quien se encargase de editar su último manuscrito, esa novela o libro de memorias (eso lo sabrá distinguir usted, que la conoce mejor que nadie), a la cual dedicó su último esfuerzo. Espero pueda aceptar. Lo esperamos en Humahuaca, seguros de que pronto podrá entender

por qué Alicia escogió pasar acá los últimos años de su vida.

Una petición que parecía un error o, peor aún, una burla. Le chocó esa sugerencia de intimidad, esa noción absurda de que, de todos, fuese él quien mejor la conociese, como si muy en el fondo la carta le recriminase su incapacidad de recordarla a plenitud.

Había parado de nevar cuando regresó a casa tras leer la carta. La noche se extendía blanca sobre los patios cubiertos de trineos y de Santa Clauses. Tontamente esperó a que el perro saliese a recibirlo, pero lo único que lo acogió fue el silencio de la casa vacía y los restos de la escena ocurrida dos días atrás. Allí estaba la maleta a medio llenar y, junto a ella, las sobras de la maceta que sin querer había roto cuando comprendió que Marie-Hélène no pasaría las Navidades en Cincinnati.

–¿Ves? Por eso mismo me voy. A ver si reconsideras todo un poco –le había dicho ella, mientras pasaba sus cosas a una maleta más grande.

A su lado, tembloroso y menudo, su perro aguardaba en la jaula. El plan original era que ella iría a Madrid para su conferencia de arquitectos y regresaría tras el congreso para celebrar los días festivos, pero aquellas no habían sido buenas semanas.

Todo había comenzado arbitrariamente, una tarde en la que, cansado de corregir exámenes, a él se le había metido entre ceja y ceja que había llegado la hora de regresar a Costa Rica. Se lo comentó esa noche a su esposa y la respuesta de Marie-Hélène fue tajante.

–¿Estás loco? A nuestra edad ya no estamos para comienzos. –Y había añadido–: Es que tampoco te veo regresando. Ya eres más gringo que los vecinos.

La respuesta había despertado una angustia que desconocía. Más que una angustia, una inseguridad. Vislumbró que tal vez ella tenía razón. Poco quedaba en Costa Rica para él: incluso si regresaba, no estaba seguro de ser reconocido. El tiempo había terminado por volverlo un extranjero. Sus padres habían muerto hacía unos años y lo único que le quedaba era un par de primos con los que nunca fue cercano.

Frustrado consigo mismo, tomó la frase de su esposa como ofensa y en un inusual gesto de furia, tumbó la maceta que adornaba la entrada de la casa.

–¿Ves? A veces te comportas como un perro –remató ella.

Esa tarde había recibido su llamada desde el aeropuerto. Marie-Hélène había decidido aprovechar la oportunidad para brincar a París y pasar las Navidades junto a su familia. Él también era bienvenido,

pero tal vez lo mejor sería que se tomase ese tiempo para relajarse.

–Ve a San José, si eso es lo que realmente quieres.

La sugerencia terminó por darle la razón. No sabía lo que realmente quería. En ese sentido sí era como un perro. Ya no un perro rabioso ni violento, sino un perro manso y doméstico como el que esa misma mañana lo había mirado confundido y tembloroso desde la jaula. Un perro que no podía encontrar la vuelta a casa, precisamente porque había sido criado para abandonar la granja en la que había nacido.

Los restos de aquella escena le dieron la bienvenida aquella noche a su regreso del campus. La maceta rota, las flores marchitas, la maleta con las blusas y las medias que Marie-Hélène había dejado atrás, la tierra que se había negado a recoger en dos días. El imprevisto viaje que proponía Olivia Walesi en su carta apareció en ese instante como la posibilidad ya no solo de un descanso. Humahuaca sonaba también a regreso.

Dos días más tarde un galgo italiano le había dado la bienvenida al abrir la puerta, subrayando la distancia que lo separaba de la casa que recién había dejado atrás. Ese galgo que ahora volvía a descender de la butaca y cruzaba la sala hasta llegar al tazón de agua.

–¿Está lindo Clarke, no? –interrumpió Olivia–. Fue lo primero que se buscó Alicia al llegar. Necesitaba compañía y se encontró al cachorro merodeando por el pueblo. Creo que le puso de nombre Clarke en honor a un tío escocés que criaba galgos.

Julio volvió a mirarlo. Tenía razón: el perro tendría más de doce años, pero a pesar de su edad cargaba consigo un aura de confianza y de dignidad. Tan distinto al perrito confundido y asustadizo que en Cincinnati lo había increpado desde la jaula.

Luego la miró a ella. Ayer, tras casi veinticuatro horas de viaje, la noche y el cansancio se habían encargado de limar contrastes. Bajo la tenue luz que iluminaba el salón había creído ver proyectada la sombra de la joven Aliza. Ahora la mañana se encargaba de precisar diferencias. Rubia, con el pelo recogido en un abultado moño, Olivia Walesi distaba mucho de la imagen que trazaba su amiga en los años ochenta. Era difícil saber si tenía veinte o treinta años: tras el entusiasmo de su juvenil mirada se entreveía la certidumbre de aquellos que a muy temprana edad ya lo han visto todo. Una argolla dorada adornaba el costado izquierdo de su nariz, mientras más abajo, sobre el antebrazo derecho, crecía la geometría de un tatuaje:

–Son las líneas que trazan los estratos de la serranía –le había explicado anoche, apuntando hacia el ventanal a oscuras.

Ese mismo ventanal frente al cual había ido a pararse, no sin antes tomar el manuscrito que yacía en la mesa, como si sostenerlo legitimase el relato de su génesis.

La historia del origen del manuscrito era también el relato de la llegada de Aliza Abravanel a Humahuaca. Hacía once años Abravanel había sufrido un derrame cerebral. Logró sobrevivir, pero el accidente la dejó al borde de la mudez, alejada de esas mismas palabras con las que a lo largo de los años había escrito los ocho libros que enaltecían su nombre. Consciente de que la afasia solo empeoraría con el paso del tiempo, harta de que sus amigos la mirasen con piedad, decidió escapar de Nueva York. Darse un último respiro. La memoria de un antiguo viaje le regaló un destino posible. Recordó cuánto había gozado, a principios de los noventa, de ese viaje que había hecho junto a amigos por el norte argentino.

–Le fallaban las palabras pero no la memoria –aclaró Olivia.

Desdeñando las recomendaciones de los médicos que la instaban a quedarse, llegó a Humahuaca con las celebraciones por la llegada del nuevo milenio todavía vigentes. Para esos años un trayecto tortuoso separaba a Salta de Humahuaca y el turismo no inundaba todavía las calles.

–Odiaba la idea de que la fuesen a tratar como a una gringa.

–Igual yo. Por eso viajo. Para ver si me quito esta cara de turista –respondió riéndose Julio.

Pero Olivia, sin prestarle mucha atención, añadió:

–Igual yo creo que también la obra se lo pedía. Como sabes, ella por esos días venía trabajando en la última novela de la tetralogía.

Julio la veía gesticular con esa energía que al principio había creído ansiedad, pero que ahora se inclinaba hacia el entusiasmo. Iba y venía, del ventanal a la cocina y de ahí a la butaca, para luego acercarse al puñado de libros que se agrupaban junto a Clarke.

–Tiene sentido, si lo piensas, pues el único tomo que le faltaba era precisamente el de la tierra.

A mediados de los años noventa Abravanel había decidido dar un giro en su trabajo. Dejó atrás las narrativas biográficas que habían marcado sus primeras cinco obras y decidió dedicar sus horas a un proyecto en el que la huella de lo humano se esfumaba entre vastos panoramas.

–Regresar lo humano a su verdadera escala, había dicho en una entrevista que él volvía a recordar.

–Volverlo más liviano, más juguetón, esporádico como la silueta de un león solitario que atraviesa la inmensa pradera.

Aquel proyecto, titulado *El olvido de lo humano*, consistía en lo que ella llamaba sus cuatro novelas ecológicas, cada una de ellas dedicada a uno de los elementos clásicos. Esas novelas que Olivia pasaba a señalar, mientras Clarke, buscando caricias, volvía a cruzar la sala hasta llegar a Julio.

Durante la década de los noventa, sus lectores fueron testigos del cambio y vieron como Abravanel se desentendía de la furia de sus primeros libros, disolviendo sus pulsiones biográficas sobre grandes paisajes naturales dentro de los cuales el ser humano apenas aparecía, puntuando ficciones que avanzaban a través de la historia con un tempo ajeno a cualquier psicología.

En la primera novela de la tetralogía, titulada *La frontera invisible*, perseguía las siluetas milenarias que los fuegos subterráneos trazaban bajo la corteza terrestre, y a partir de ahí hilaba una trama secreta que desembocaba en la figura de un niño indígena que desde la selva

centroamericana juraba haber visto la llegada del final de los tiempos en la figura de mil lenguas de fuego.

La segunda novela de la serie, titulada *Corrientes marinas* y dedicada al agua, comenzaba con sus recuerdos de infancia, memorias que la retrataban buceando en la Gran Barrera australiana para luego hilar una cadena resonante de imágenes históricas en torno a los corales y a la respiración, una suerte de conspiración de las profundidades que salía a flote el día en el que un niño se percataba de que las aguas se habían teñido de rojo.

De esa reflexión sobre la respiración oceánica, el paso a la tercera novela, dedicada al aire, parecía natural. Titulado *Meteorología comparada*, el último libro publicado en vida por Alicia Abravanel era tal vez el más ambicioso, pues comenzaba con una divagación de doscientas páginas en torno a las nubes, tras la cual poco a poco los lectores comenzaban a detectar una teoría sobre la profecía, la información y el pronóstico. Gradualmente todo calzaba y la trama secreta se volvía patente, trazando un enorme arco histórico de más de dos millones de años que desembocaba en un futuro distópico repleto de catástrofes naturales. Publicado un año antes de su derrame, el libro había marcado lo que muchos consideraban sería la consagración definitiva de una carrera que ya empezaba a ganar herederos y epígonos.

–Nunca me lo confesó, pero sospecho que vino acá a escribir la última novela de la tetralogía. Sé incluso que quería titularla *Los estratos* –dijo Olivia.

Todo eso había ocurrido antes de que ella llegase al pueblo, pero en Humahuaca corría el rumor de que durante aquellos primeros años la escritora había empleado a un joven indígena para que la ayudase en sus esfuerzos.

–Raúl Sarapura, el hijo del que fue su guía durante el viaje original.

Sentados de cara a la serranía, pasaban las tardes juntos, repletos de libretas que ella le hacía traer, sin más explicación que la que daban los chismosos del pueblo. Decían que Sarapura se aprovechaba de aquella gringa muda, sacándole dinero a cambio de favores inmundos.

–La llamaban la Muda los malditos –remató Olivia mientras ponía nuevamente frente a él el manuscrito.

Sobre la primera página, escrito a mano, aparecía el título: *Un idioma privado,* Alicia Abravanel.

Las ideas fijas que terminarían por sumirlo en la locura no habían completado todavía su arco fatídico –aquel que acabaría por ubicarlo en un sanatorio suizo, perdido entre las obsesiones que alguna vez le regalaron el prestigio de una carrera impecable, contándole su vida entre jugadas de ajedrez a un hombre que resultó ser mi padre–, pero en la única fotografía que los retrata a los dos juntos, Karl-Heinz von Mühlfeld lleva ya puestos los guantes blancos que llegarían a convertirse en sinónimos de su demencia. Se le ve retraído, pálido y cansado, distinto del hombre corpulento e intrépido que dicen haber conocido los hombres de la facultad, aquel estudiante sobresaliente que había completado su tesis doctoral en menos de dos años y que al tercero había decidido adentrarse en los fangosos terrenos de la selva paraguaya, con la sola intención de demostrar la verdad de sus teorías.

En esta fotografía se le ve frágil, con el rostro carcomido y enjuto, como si ya se hubiese entregado a los miedos que acabarían por encorvarlo sobre su propio cuerpo con el mismo ímpetu con el que antes se había inclinado sobre su trabajo, prisionero de las mismas ideas fijas que años antes lo habían convertido en un reconocido profesor de antropología. Junto a él, vestido de pies a cabeza de lino oscuro, el indígena aparece elegante, reservado pero vital, con el aura imperioso de quien sabe que su soledad es aquella del que está llamado a sobrevivir a la tribu entera. Se les ve posando frente a un piano de cola que tal vez en el pasado produjo placer, belleza e incluso alegría –ese mismo piano que setenta años atrás una decena de hombres rubios habían cargado a través de los pantanos del Chaco, bajo órdenes expresas de la propia hermana del ilustre filósofo, convencidos de que con sus acordes la grandeza aria llegaría finalmente a inundar la llanura salvaje–, pero que años más tarde, marchito y apolillado, solo perduraba como ruina de una historia tan antigua que hasta sus legítimos herederos la habrían considerado ya olvidada, si no hubiese sido porque una mañana, cinco años atrás, vieron llegar al hombre que en la fotografía vemos posar cansado y en su rostro reconocieron el valor de la historia de la que sin querer habían formado parte. Ese hombre en cuyo rostro podían reconocerse pero cuyo idioma solo entendían a ratos, conscientes de que los años habían terminado por destinar al olvido o, peor aún, al mestizaje y a la mutación, el idioma alemán sobre cuya supuesta pureza sus antepasados habían intentado construir la aldea utópica en la que ahora intentaban sobrevivir. Ese hombre al que hubiesen descartado como un loco, si no fuese porque la simple mención de un nombre –Nietzsche, Elisabeth Förster-Nietzsche, para ser exactos– era capaz de

revivir memorias lejanas. Y ni siquiera por las razones que otros hubiesen imaginado, sino porque todos ellos, de chicos, habían visitado el museo del pueblo y allí habían leído cómo habían sido Elisabeth Förster-Nietzsche y su esposo Bernhard Förster los que en 1886 habían liderado la travesía de las catorce familias germanas que marcaría la fundación de la pequeña colonia aria a orillas del río Aguaray. Tal vez porque habían leído aquello y, confundiéndose, habían creído reconocer sus rostros en los dos retratos al óleo que colgaban sobre las paredes centrales del museo, o tal vez porque algo en ellos todavía profesaba y se enorgullecía de la superioridad étnica de la que sus bisabuelos presumían, bastó que Von Mühlfeld mencionase ese nombre –Nietzsche– para que ellos contasen la historia tal y como la tradición oral había terminado por grabarla en la memoria colectiva.

Contaron entonces ese relato repleto de peripecias que ya él conocía de memoria pero cuyas repercusiones y secuelas había viajado hasta allí para escuchar. Frente al calor de la tarde repleta de mosquitos, de cara a la entrada del pueblo en el que todavía se veía ondular una vieja bandera alemana, escuchó cómo en 1883 Bernhard Förster, huyendo de un país al que consideraba infectado de semitas, había atravesado las ruinas de un Paraguay al que la Guerra de la Triple Alianza había dejado devastado y vacío, dejándose guiar por un simple mapa en el que aparecía delineado, a modo de triángulo, el terreno en el que podría sembrar su temible sueño.

Persiguiendo esa fantasía que llevaría a su propio país a la Shoá y a la ruina, ese hombre de barba profusa y de mirada lúgubre, vestido con su clásica levita y con una Cruz de Hierro adornando la solapa, había cruzado los pantanos fangosos del Chaco y las aguas del río Paraguay, sorteando culebras, caimanes y jejenes, hasta llegar a ese punto en el que los ríos Aguaray-mí y Aguaray Guazú convergen sobre una llanura fértil. Esa sabana que él mismo bautizaría, con aires de profeta: Nueva Germania. Y si no se asentó allí inmediatamente no fue por falta de fuerza ni de voluntad, sino porque su ambición no era solitaria, sino colectiva: la de refundar en aquellas lejanas tierras la civilización que, según él, el capitalismo judío había terminado por corromper. Sin pensarlo dos veces, Förster volvió a recorrer a la inversa los pantanos del Chaco y las aguas del río, hasta llegar al buque que lo llevaría de vuelta a Alemania. Y una vez de regreso, se dio a la misión propagandística que un año más tarde lo ubicaría en el puerto de Hamburgo, junto a las catorce familias que habían aceptado acompañarlo en el viaje hacia la quimera que tres años más tarde terminaría por derrotarlo. Junto a él, una mujer pequeña, de rostro redondo, nariz puntiaguda e imponente moño, bella a los treinta y nueve años a pesar de un leve y bien disimulado estrabismo, esperaba ilusionada la llegada de El Uruguay, *el buque de vapor que los llevaría a América. Esa mujer que mostraría ser la verdadera líder del proyecto y en cuyo nombre*

–Nietzsche,

Elisabeth Förster-Nietzsche, para ser exactos–

resonaba ya el futuro eco de lo que llegaría a ser uno de los más grandes e infortunados malentendidos de la infame historia que allí comenzaba. El mismo malentendido que setenta años más tarde lo llevaría a él, el profesor Karl-Heinz von Mühlfeld, a repetir el viaje que esas catorce familias habían hecho en la primavera de 1886, en busca de las últimas huellas de la mujer que años más tarde se encargaría de mitificar y tergiversar el pensamiento de su filósofo favorito: Friedrich Nietzsche. Ese mismo filósofo que semanas antes de la partida de su hermana hacia América se había asegurado de expresar su inconformidad con lo que consideraba un viaje absurdo y con cuyas bases antisemitas discrepaba, pero en torno a cuyas doctrinas su hermana se encargaría de reformular sus ideas. Sería ella, la de rostro redondo, la que, fracasado el proyecto de Nueva Germania y muerto Förster, regresaría a Alemania y, encontrando a su hermano inválido, paralizado por una demencia sifilítica, se encargaría de torcer su pensamiento hacia las corrientes fascistas que culminarían en el nazismo que ella más tarde apoyaría y entre cuyas ruinas él, Karl-Heinz von Mühlfeld, crecería, incapaz de entender la historia que le había tocado vivir pero consciente de que era en reacción a ella que ahora buscaba en aquella olvidada comuna la corroboración de sus teorías antropológicas: la idea de que toda cultura era producto del mestizaje y el contagio. Esa misma teoría que con el paso del tiempo amenazaría con convertirse en su opuesto, dejándolo postrado en cama en un sanatorio suizo, paralizado ante un mundo en el que creía ver microbios por todas partes, repitiendo sin saberlo la escena que décadas antes había trazado su filósofo sobre un balcón en Weimar.

Pero eso sería después. En esta fotografía todavía parece mirar a la cámara con ojos atentos, aunque algo en él ya parece alejarse, sustraerse, esconderse detrás de ese cuerpo que tal vez ya comenzaba a parecerle incómodo, fastidioso y torpe. Junto a él, su acompañante parece sano, lúcido, compasivo. En el reverso de la imagen se lee, en caligrafía ya borrosa: «Con Juvenal Suárez, Nueva Germania, Paraguay, 1965.» Tendrían la misma edad: apenas unos treinta y dos años, más o menos, pero entre ellos ya empezaba a abrirse el mar que separa el mundo de los sanos del de los enfermos. Los guantes así lo anunciaban. Era su tercer viaje al pueblo, pero el primero en el que se presentaba con esos guantes perfectamente blancos que en la fotografía lo hacen ver como un pianista neurótico –una especie de Glenn Gould de la antropología, diría años más tarde mi padre riendo– capaz en cualquier momento de salir del marco de la imagen, acercarse al instrumento que aparece a sus espaldas y comenzar a tocar ese piano que la propia Elisabeth Förster-Nietzsche había hecho traer hasta allí, convencida tal vez de que la música de su amigo Wagner la

haría sentirse en casa. Apenas dos años habían pasado desde su última visita pero mucho había cambiado: la hipocondría que algunos habían empezado a notar durante su segundo viaje se volvía real, concreta como esos ridículos guantes que llevaba a todas partes. Había llegado al pueblo convencido de que allí, en el fracaso de aquella colonia fundada en torno a los ideales puristas de la eugenesia, podría encontrar las bases sobre las cuales corroborar sus teorías, pero al cabo de los años sus propias ideas parecían haber conspirado en su contra, reduciéndolo a un ermitaño que se negaba a tocar el mundo. No podía imaginar que el mismísimo Dr. Josef Mengele, aquel que en los campos de exterminio había llevado a cabo los más horrendos experimentos en nombre de la ciencia y el progreso, había caminado apenas años atrás por las calles del pueblo que ahora lo albergaba, escondiéndose entre las mismas familias que tan felizmente lo habían recibido a él –hombres, mujeres y niños que hablaban con pasión de una Alemania que no conocían, tal y como no conocían a los judíos que sus antepasados habían detestado–, familias atrapadas dentro de un pasado que las definía y entre las cuales Mengele, cargando pasaporte paraguayo, se movía de seguro con tranquilidad, convencido de que la historia del pueblo y el apoyo del presidente Stroessner lo protegían de cualquier traición. Karl-Heinz von Mühlfeld no podía saberlo y tal vez ya ni le hubiese importado, inmerso como estaba en las fobias higiénicas. Una obsesión que años más tarde, sentado al lado de mi padre jugando al ajedrez, él describiría como

«la espiral del pensamiento devorándose a sí mismo».

Pero no vale adelantarse. En la fotografía todavía aparece envuelto en cierta normalidad, al punto de que nadie notaría nada extraño, si no fuese por los guantes blancos y por la presencia del indígena que, vestido a la perfección, parece acompañarlo, salpicando la imagen con un toque anacrónico que la emparenta con las fotografías de esos viajeros decimonónicos sobre cuyas travesías Von Mühlfeld había leído de niño y en cuyas aventuras había encontrado la inspiración que lo impulsaría primero a estudiar antropología y luego a embarcarse en la serie de viajes que terminarían por ubicarlo allí, tomándose una foto junto al viejo piano de la hermana de Nietzsche, acompañado por un indígena al que los locales habían comenzado a llamar el Mudo, ya que nunca hablaba, y si lo hacía no era en ninguna lengua conocida: ni guaraní, ni español, ni chamacoco, ni sanapaná. Ese hombre en cuyo rostro todos podían reconocer la lealtad que los vincularía de por vida. Una dupla de soledades compartidas que más de una vez llevó al chisme y a la habladuría, pero cuyo secreto Von Mühlfeld no revelaría hasta el puro final. Solo entonces, consciente de que la muerte se hallaba cerca, decidió que el tiempo había llegado para contar la historia de su solitario acompañante. Fue por esos días cuando mandó a llamar a mi padre.

La llamaban la Muda, dijo Olivia, y esa dolorosa alusión a un cruel apodo volvía a resonar ahora con el relato que había leído la noche anterior. Creía entender que si también allí, en medio de aquellas páginas en las que se describía la larga historia de la comuna de Nueva Germania, aparecía un hombre llamado el Mudo, no era por capricho de Abravanel ni por mera casualidad, sino porque el manuscrito póstumo parecía estar escrito en clave íntima. Detrás de los delirantes periplos de Karl-Heinz von Mühlfeld y de Elisabeth Förster-Nietzsche, latía cifrado un relato biográfico cuyas primeras pulsiones había sentido ayer, cuando finalmente se entregó a la lectura de la novela y reconoció allí lo que, sentado frente a Walesi, pasaba a llamar su *verdadero estilo*: la voz de Aliza Abravanel exuberante y repetitiva, envuelta en todos sus excesos. Inédita, la médula de su prosa se volvía finalmente visible y él creía evocarla tal y como la había conocido treinta años atrás.

–Un estilo en bruto –completó Olivia mientras, caminando hasta el tocadiscos, ponía uno de los viejos elepés.

Reconociendo la voz carrasposa de Tom Waits, Julio recordó una pequeña idiosincrasia que distinguía a esa adolescente que finalmente había logrado sacarlo de su madriguera. Un leve gesto en el que, dándose cuenta de que tenía el pelo sobre la cara, Abravanel súbitamente lo mordía para luego hacerlo a un lado. El auténtico estilo era algo así: un tic nervioso invisible para desconocidos, pero ante cuya ausencia nuestros amigos jurarían estar ante un ser irreconocible. El verdadero estilo era antihigiénico, sucio, repleto de esas mismas impurezas por las que Bernhard Förster viajó hasta Paraguay con la intención de eliminar. Ayer, leyendo las primeras páginas del manuscrito, había creído finalmente verla a ella: la furia de la personalidad determinando el ritmo de la prosa a fuerza de repeticiones que no daban tregua a las frases, empujando el relato hacia delante a fuerza de puras resonancias. Ese estilo punk que no le venía de la prosa de Bukowski, Burroughs ni Kerouac –esos autores que ella imitó en los inicios de su carrera, en novelas autobiográficas en las que él intentó encontrarse sin éxito–, sino más bien de lecturas mucho más tempranas que había olvidado por años, pero que recordó tan pronto las palabras le empezaron a fallar. Una prosa cercana a Faulkner, a Onetti, a Céline, escritores que se forzó a dejar a un lado ante la presión de la voz propia, pero que tal vez retomó cuando comprendió que había llegado la hora de apoyarse en las voces ajenas.

La imaginó sentada ante el desierto, con la ventana abierta y el galgo brincando a su lado, las manos dejándose llevar por el ritmo del teclado, consciente de que había llegado el momento de regresar a sus primeras lecturas y de encontrar allí ese estilo musical cercano a la fuga que, como el río, arrasase con lo que quería contar. Esa historia que unía dos mundos lejanos y que ahora la voz de Olivia volvía a conjurar con una simple expresión.

La llamaban la Muda, repitió.

Y él intuyó que el relato tenía raíces en la realidad. Detrás del nombre de Raúl Sarapura, el indígena que la ayudó en sus primeros días en Humahuaca, se hallaba la clave biográfica que desvelaba el otro lado de esta crónica que retrataba a Aliza en su costado más primordial, heredera de esas dos tradiciones que volvían a converger en torno a Nueva Germania. El sufrimiento judío encontrándose con el sufrimiento indígena, en un feroz juego de dobles que los incluía a él y a Olivia, tal y como antes había incluido a Olivia y a Aliza, a Aliza y a Sarapura, al Mudo y a Von Mühlfeld. Una larga cadena de narradores intentando entender mediante el recuento esa historia larga y flaca como el fuego, capaz de devorar todo a su paso con la excepción de un nombre propio: Elisabeth Förster-Nietzsche.

–Sí, un estilo en bruto –admitió Julio, pero Walesi, perdida en la música, no lo escuchó.

*Mi padre tendría apenas veintitrés años cuando lo mandaron a llamar. Lo recuerdo bien porque fue en el verano del 68. Justo unos meses antes, en la primavera, había ocurrido la revuelta del Mayo francés y mis padres finalmente habían despertado a la vida política. De esos meses surgen mis primeros recuerdos. Yo tendría apenas seis años, muy pocos para entender la historia que más tarde leería, pero los suficientes para saber que, a pesar de la barba bien cuidada y la perfecta dicción aprendida en Cambridge, mi padre todavía era un niño. Apenas un muchacho que simulaba la adultez a fuerza de diplomas, familia e hijos. Ese año había completado su maestría en sociología. Había sido allí donde por primera vez había escuchado hablar de Karl-Heinz von Mühlfeld, de sus viajes a Nueva Germania, sus guantes blancos y su locura. Tal vez por eso, curioso por su excéntrica figura, o tal vez simplemente intentando dar un impulso a su carrera, había aceptado traducir al inglés un par de capítulos del último libro publicado por Von Mühlfeld. Un libro en cuyo título –*Unreinheit des Reinen, *traducido por él como* The Impurity of Pureness– *muchos decían ya escuchar la paradoja que terminaría por llevar a su autor a la locura. Nunca imaginó que sería esa traducción la que impulsaría al propio Von Mühlfeld a llamarlo cuando supo que las fobias le ganaban la partida y que le quedaba poco tiempo para contar la última historia que llevaba dentro.*

Y así, sin posibilidad de imaginarlo, a principios del verano mi padre recibió la carta en la que el antropólogo lo invitaba a una partida de ajedrez en el sanatorio suizo de Zermatt en donde, según explicaba, había decidido aislarse buscando aliviar su frágil estado de salud. A la semana tomó un vuelo a Zúrich y cinco horas más tarde yacía sentado de cara a un tablero de ajedrez perfectamente dispuesto, tras el cual podía distinguir los Alpes suizos. Puro escenario de novela de fin de siglo, recordaría él luego. El hombre que vio entrar esa tarde no era, sin embargo, un tuberculoso, sino una especie de jorobado precoz, un cuerpo devorado por las ideas que él mismo había ayudado a diseminar. Llevaba los guantes blancos de los que había escuchado tanto y mi padre creyó que le hablaba en señales. Tendría apenas una década más que él, pero se veía ya como un anciano: caminaba en pasos cortos, siempre consciente de sus alrededores, envuelto en un aura de silencioso misterio que lo hacía ver como una suerte de monje de clausura. Vestido de pies a cabeza de impecable lino blanco, apoyando sus temblorosos pasos sobre un bastón de inmaculada caoba, parecía un anacrónico duque, un aristócrata perdido en un siglo que ya no creía en noblezas. Mi padre intentó darle la mano, pero él se limitó a hacer

un breve gesto de reconocimiento. Y así se sentaron frente al tablero y por los próximos cinco días, entre jugadas de ajedrez, escuchó la historia que ya conocía de memoria: el relato de sus viajes a Nueva Germania, de la comuna de Elisabeth FörsterNietzsche y del sueño ario que allí había naufragado. Era exactamente la misma trama que él había ayudado a traducir en The Impurity of Pureness*, pero solo ahora –sentado frente al propio Von Mühlfeld– podía comprender hasta qué punto ese hombre había llegado a involucrarse en la obsesión que luego lo destruiría.*

Volvió a escuchar ese relato que parecía debatirse entre los polos de la comedia, la tragedia y la épica. Esa historia que llegaba a su apogeo en marzo de 1888, cuando, en plena primavera paraguaya, Elisabeth atravesaba gloriosamente la comuna hasta llegar a la recién inaugurada mansión que Bernhard Förster había mandado a construir para ella. Una impresionante estancia que harían llamar Försterhof y en cuyo nombre quedaba retratada con claridad la magnitud de su delirio. Mi padre escuchó esa historia y volvió a vislumbrar la patética figura de Elisabeth, autoproclamada reina de Nueva Germania, anclando sus tacos sobre el barro húmedo, convencida de que los disparos que sonaban a su alrededor celebraban el renacimiento de su raza. Pronto llegaría el ferrocarril, le había prometido su marido, y con el tren el pueblo dejaría atrás su aislamiento, listo para conectarse con el mundo.

Mi padre escuchó esa historia y pretendió ignorar lo que ya sabía de memoria: la forma en la que ese auge inicial era rápidamente reemplazado por la desolación, la decepción y el desengaño. Esperó pacientemente hasta que el relato llegara a ese punto en el que, agobiado por deudas que sabía no podría pagar, Bernhard Förster se entregaba a la bebida. Supo entonces que tampoco en el nuevo relato de Von Mühlfeld el ferrocarril llegaría a acercarse por esas tierras destinadas al fracaso. Pudo imaginar a Elisabeth Förster-Nietzsche sola, perdida entre la malaria y los mosquitos, buscando escapar del asfixiante calor que a media tarde azotaba esa comuna cuya ruina ya se veía venir, pero cuya estela se extendía mucho más allá de las fronteras paraguayas, hasta llegar a ese tranquilo sanatorio suizo en el que se hallaban.

Más tarde, leyendo a escondidas el diario de mi padre, yo comprendería que esa era la crónica de un mal que no obedecía cronologías y que se negaba a culminar con la muerte del hombre que había dado pie a todo aquello. Tal y como escuchó durante las cinco largas tardes del verano del 68, la muerte de Bernhard Förster era apenas el comienzo de un relato que amenazaba con sobrevivir al último de sus narradores. Según contó Von Mühlfeld, consciente del fracaso de Nueva Germania, agobiado por deudas y ahogado en alcohol, Förster decidió acabarlo todo mediante un coctel letal de estricnina y morfina. El 3 de junio de 1889, una mucama lo

encontró muerto sobre la cama del mismo Hotel del Lago en el que había residido por los pasados meses. Elisabeth FörsterNietzsche, siempre atenta, se encargó de encubrir el suicidio. Ese año no había sido fácil. En enero había ocurrido un incidente que quedaría grabado en los anales de la filosofía, una escena que años más tarde fascinaría al propio Von Mühlfeld, abriéndole sin querer el paso hacia Nueva Germania. Ese mismo enero, la policía turinesa, al abrir la puerta de la pensión en el tercer piso de la Via Carlo Alberto 6, se había topado con una escena inesperada: a plena tarde, un filósofo relativamente desconocido cantaba y gritaba a viva voz, mientras hablando solo despachaba cartas dirigidas a los reyes. Con el gorro de dormir de su anfitrión como corona, Friedrich Nietzsche había comenzado su descenso hacia la locura dionisiaca que tantas veces había elogiado. Frente al Palazzo Carignano, el autoproclamado sucesor del dios muerto se entregaba al delirio que lo perseguiría hasta el puro final. Según contó, esas memorables anécdotas habían fascinado a Von Mühlfeld desde muy joven, marcando el camino que terminaría llevándolo a Elisabeth Förster-Nietzsche y su infame colonia paraguaya. Nacido en Múnich, en 1933, heredero de una guerra cuyo significado era demasiado joven para comprender, Von Mühlfeld encontraría allí la base concreta sobre la cual construir las teorías antropológicas que años más tarde expondría en las aulas del París de la posguerra. Buscaría allí una forma concreta de limpiar su conciencia, intentando convertir en ciencia lo que la apasionada ignorancia de sus antepasados había obviado: que toda cultura es contagio y que la pureza es apenas una ilusión destinada al fracaso. Nueva Germania, ese pueblo perdido en la llanura paraguaya, donde hombres blancos hablaban guaraní e indígenas alemán, se convertiría en su gran obsesión: si era capaz de narrar el fracaso de esa colonia aria, sería capaz de redimir el imperdonable pasado que había marcado su infancia. Quizá por la culpa que sentía llevar dentro, decidió –entre todos los epígonos posibles– llamar a mi padre. Posiblemente le bastó leer su apellido para saber que en su linaje se escondía la herencia del rey David, ese legado judío ante el cual había intentado excusarse en cada uno de sus libros.

Nunca sabremos su lógica, pero la realidad es que, durante cinco largas tardes del verano del 68, mi padre escuchó la historia de Von Mühlfeld y de Nueva Germania, intentando a cada paso entender ese breve instante en el que una idea se convierte en su opuesto y un hombre en sus miedos. Entre ellos el tablero de ajedrez indicaba la tierra de nadie sobre la que se jugaba un relato que a él, independiente de su origen, no podía sino sonarle extraño y lejano. Nacido apenas una década más tarde, en 1945, mi padre era aun así un indudable hijo de la posguerra, un muchacho que esa misma primavera había sentido por primera vez en París los vientos de la historia. Un hijo de la Coca-Cola y del marxismo, como diría luego Godard. Para ese niño vuelto hombre, la guerra era una bestia lejana e incomprensible, un legado de sufrimientos que había luchado por dejar atrás, pero que

volvía a salir a flote al ritmo al que el antropólogo narraba cómo a partir de su regreso a Europa en 1893, encontrando a su hermano inválido, Elisabeth Förster-Nietzsche se había entregado al complejo acto de manipulación, tergiversación y edición que terminaría por configurar la falsa leyenda de un Nietzsche nazi. Según contó, derrotado Förster y su temible sueño, Elisabeth pasaría a ver en su hermano la posibilidad de construir un nuevo ídolo. ¿Su estrategia? La manipulación del archivo que ese mismo año arrebataría de las manos de su madre y la producción de falsas biografías y perfiles en los que Nietzsche aparecía como el pionero de las ideas antisemitas que en vida había condenado. Sentado frente a la copa de vino blanco que siempre le servían, mi padre supo hacer lo que Von Mühlfeld pedía: callarse y escuchar ese relato que terminaba justo con el final del siglo, con el pobre Nietzsche paralizado en una mecedora de la Villa Silberblick, la antigua mansión en Weimar que por esos años su hermana había convertido en el archivo de su obra y en una suerte de museo para todo el que desease echarle una última mirada al filósofo vuelto profeta. Él se limitó a escuchar todo aquello y a pensar que en el mundo solo existían coincidencias y resonancias, como la que se empeñaba en trazar un claro paralelismo entre la figura enloquecida del filósofo y la del hombre que tenía de frente, tal vez convencido de que la historia era algo que la voluntad de los hombres podía invertir, repitiendo en clave de farsa lo que en el pasado fue tragedia. Él simplemente se limitaba a escuchar y, horas más tarde, sentado en la habitación de su hotel, intentaba transcribir en las páginas de su diario todos los pormenores de sus encuentros.

Durante mucho tiempo pensé que mi padre debió haber quemado sus diarios. Por muchos años los negué con la misma furia con la que desde adolescente negué mi herencia, mi lengua, mi pasado. Ahora comprendo que aquellos diarios eran mi única manera de tenerlo cerca, aun cuando en ellos su imagen fuera apenas una frágil sombra que se extiende sobre la figura del antropólogo, en páginas amarillentas que parecen estar repletas de ecos:

> *Julio 18, 1968*
>
> *Hoy, al entrar al sanatorio, lo encontré dormido sobre la mecedora y no pude sino recordar la descripción del Nietzsche moribundo que da Harry Graf Kessler. La cabeza recostada sobre el pecho, como si fuese demasiado pesada para el cuerpo. La frente abultada pero el cabello todavía rubio e impecable. El bigote desaliñado que por primera vez ganaba el verdadero volumen de antaño. Profundas ojeras marcaban sus ojos, huellas de un insomnio que finalmente daba tregua. Más abajo, recogidas sobre el regazo como en la iconografía religiosa, aparecían las manos cubiertas por los insignes guantes blancos. Recuerdo que al entrar creí momentáneamente estar frente a un cadáver. A su lado, una enfermera muy joven, tan joven que en algo me recordó a mi hija, lo acompañaba, incapaz de darse cuenta de que más que cuidar a un enfermo, parecía consolar a un hombre muerto. Yo simplemente me limité a*

buscar mi silla usual, con la breve alegría de reconocer las piezas del ajedrez bien dispuestas y la copa de vino blanco.

En los fines de semana de mi infancia, cuando mi madre finalmente me llevaba a la casa donde solía trabajar durante la semana mi padre, yo aprovechaba el momento en el que todos los adultos se sentaban a almorzar para escaparme. Corría por los pasillos de la mansión de Hampstead hasta llegar a su estudio. Una vez allí, emocionada por la aventura, me sentaba a leer sus diarios. Cerraba la puerta con la vieja llave de cobre y abría con cautela las gavetas de su escritorio hasta encontrar la libreta de cuero en la que se leía, en caligrafía impecable: Diarios 1968-1972, *Yitzhak Abravanel. Apenas había aprendido a leer, pero nada de todo eso –ni las referencias históricas, ni las palabras desconocidas, ni siquiera el propio pudor– lograba disuadirme: leía una y otra vez la historia que allí se narraba por retazos, convencida de que en esas páginas se hallaba su esencia, esa misma esencia que se consumía de a poquito, dejándolo postrado en una suerte de letargo no tan distinto al de Von Mühlfeld. «A Yitzhak lo devoraron las teorías», decía a menudo mi madre, y yo buscaba en esas páginas una explicación de todo aquello, convencida de que lo que allí se narraba era un cuento de dobles no tan distinto de los que por las noches me narraba mi abuelo. Leía con furia, incapaz de entenderlo todo pero intuyendo que en aquella historia lo importante eran las sombras que se extendían sobre los márgenes. De vez en cuando oía ruidos y detenía la lectura. Temerosa de ser descubierta, miraba por la ventana y los veía a todos sentados a la mesa: mi madre y sus amigas, siempre parlanchinas, mis abuelos y los perros, mi hermano menor, siempre llorando. Perdido entre ellos, escondiéndose entre las charlas, ubicaba a mi padre, pensativo e introvertido. Y me decía que sí, que lo que los diarios narraban era un relato de fantasmas y que como tal el verdadero héroe en ese relato no era ninguno de los que uno hubiese pensado. Ni Von Mühlfeld ni Nietzsche, ni Bernhard Förster ni Elisabeth Förster-Nietzsche. Ni siquiera mi padre. Ninguno de ellos trazaba una sombra lo suficientemente extensa. El protagonista real era el taciturno personaje que acompañaba al antropólogo a modo de silencioso doble: ese indígena cuyo rostro primero había divisado entre un puñado de fotografías que había encontrado desperdigadas entre los cuadernos y cuya historia años más tarde supe era la verdadera razón por la cual Von Mühlfeld lo había llamado. Sí. Años más tarde, cuando finalmente adiviné que mi destino era el de ese hombre, volví a abrir el viejo diario y leyéndolo entendí que la razón por la cual el antropólogo lo había convocado era porque quería que alguien contase la verdad de ese hombre al que todos en Nueva Germania llamaban cruelmente el Mudo, sin conocer ni siquiera su nombre ni mucho menos la verdad de su dilema. Decidí entonces sentarme a escribir estas páginas en las que se recoge su historia.*

2

«El problema con la carretera», había escrito Aliza en una de sus novelas tempranas, «es que produce la ilusión de una finalidad inexistente.» La frase, con toda su fuerza y patetismo, lo volvía a encontrar años más tarde, trepado en un jeep repleto de latas vacías de cerveza, herramientas y viejos mapas entre los cuales Clarke se movía ansioso. A Aliza nunca le gustaron los finales. Le parecían artificiosos y falsos, cortes innecesarios en un flujo que, como la colorida quebrada en la que ahora volvían a internarse, no llevaba directamente a ninguna meta, sino a esa tierra de nadie llamada mar o, peor aún, a la histeria del caos urbano. Tal vez por eso los finales de sus novelas eran siempre raros, parecidos al lento apagarse de una vela. Y así, se dijo Julio, cuando la enfermedad le propuso una finalidad natural, Aliza imaginó su última obra como una infinita muñeca rusa que la ayudase a burlar la muerte, mediante un juego de espejos escrito con el mismo ritmo abismal con el que ahora se sucedían las quebradas y los cañones, mientras a su lado un muchacho de voz áspera y brazos tatuados retomaba impaciente el relato que había dejado a medias y volvía a presionar el acelerador en un intento por ganarle la partida al atardecer, que ya se anunciaba.

–Ya casi estamos –le escuchó decir.

El joven puertorriqueño se llamaba José Ricardo Escobar, pero de pequeño sus amigos lo apodaron Elefante, porque podía recitar de memoria el historial de las peleas de boxeo con la misma facilidad con la que conjuraba los derroteros biográficos y artísticos que habían terminado por llevarlo hasta aquel desierto.

–Mi viejo llegó a Nueva York a mediados de los sesenta queriendo ser boxeador. Dicen que prometía, hasta que un golpe de conejo lo llevó primero a la lona y luego al hospital.

Desde el accidente su padre tuvo que conformarse con mirar las contiendas desde la esquina del cuadrilátero, gritando a viva voz lo que antes había sido pura intuición vital. José Ricardo creció en ese ambiente, inmerso en los gimnasios del Bronx, convencido de que algún día sería él quien seguiría sus pasos. Para su tristeza, la memoria y los libros se le daban mejor que los golpes. Unos espejuelos enormes le adornaban la cara desde niño y en su hablar se notaba cierta rigidez y cierto tartamudeo que iba más de acuerdo con su miopía que con los repiques de la salsa que inundaban por esos días la ciudad. No ayudaba tampoco que fuese el único de sus cuatro hermanos que

hubiese heredado de su madre, una irlandesa de segunda generación, los rizos colorados que lo definirían de por vida.

–*Ginger elephant*, me llamaban los italianos del barrio.

Y él, incapaz de mostrar su furia con puños, volvía a hacer la lista de todas las peleas en las que boxeadores puertorriqueños derrotaron a pugilistas italianos.

Veinte años más tarde, todo lo que una vez había dado paso a la risa o a la burla calzaba a la perfección con la personalidad de ese muchacho que bajaba la velocidad, salía de la quebrada y, tomando una derecha, señalaba a lo lejos un cerro altísimo.

–Allí fue donde esparcimos las cenizas de Aliza –dijo.

Julio lo volvió a mirar. Caminando esa misma mañana entre las cabañas de la comuna se había reído al pensar que todo lo que en un pasado designaba a José Ricardo como un típico *nerd*, ahora servía para dotarlo con el perfil de un artista muy a la moda: los espejuelos redondos adoptaban cierto tono irónico que jugaba a la perfección con el pelo colorado y rizo, hijo de un choque de identidades que lejos de las calles del Bronx volvía a ganar su exotismo. Desenvuelto, sin pizca de ese tartamudeo que decía haber sufrido de niño, él mismo le explicó cómo, a raíz de esa complicada infancia, retraído y tímido, un poco *freak*, había terminado por entregarse a los libros y al arte.

–Me pasaba las tardes leyendo biografías de grandes pugilistas y esbozando dibujos de peleas. Nunca pensé que eso iba a importarle a alguien.

Pero la vida es caprichosa. Una tarde cualquiera, un pintor viejo del barrio lo había visto dibujando una de sus peleas y lo instó a que se inscribiese en el taller de dibujo que dictaba por las noches. Heredero de los prejuicios de su padre, Escobar pensó que tal vez el viejo simplemente le tiraba onda, pero poco importó.

–Si la pintura era como el boxeo, algo podría aprender de los expertos –había dicho riendo.

Fue en ese taller donde conoció a Olivia Walesi. La había notado desde un principio. Sentada en una de las sillas periféricas, se veía guapa y portentosa, dueña de una mirada intensa que se extendía cuello abajo hasta llegar al impresionante tatuaje de manga que le recorría el brazo izquierdo con el que de rato en rato se inclinaba sobre el cuaderno para dar los últimos retoques a su dibujo. Esa noche había pasado toda la clase ojeándola a escondidas, tratando de entender la imagen que aparecía dibujada sobre el brazo, sintiendo que el tatuaje la ubicaba en un plano etéreo, a medio camino entre el mundo real y el mundo de la imaginación. Por eso le extrañó que fuese ella la que acercándose a él una vez terminada la clase lo invitase a un

bar cercano en el que un grupo de amigos se reuniría para organizar lo que enigmáticamente llamó algunas intervenciones. Semanas más tarde, José Ricardo Escobar se enteraría de que Olivia Walesi era la hijastra del viejo pintor y que había sido él quien le pidió que incluyese al pobre niño de rizos colorados en sus planes nocturnos. Pero eso sería después. Esa noche, al borde del tartamudeo, dijo que sí a todo y terminó entendiendo que por intervenciones Olivia se refería a incursiones nocturnas al *downtown,* en donde ella y sus amigos pasaban las tempranas horas de la madrugada tagueando con grafitis las fachadas de los edificios bancarios.

–Esa misma noche alguien me pasó el aerosol y yo, sin saber qué pintar, hice lo que sabía.

Desde esa noche, cada vez que pasaba por la esquina de Rector Street con Greenwich Street, sonreía orgulloso al ver la figura del boxeador que había sido su ídolo de niño: Wilfredo «Bazooka» Gómez. Inesperadamente, el arte había terminado por proveerle una salida a su timidez, regalándole la ruta que años más tarde lo llevaría al desierto en el que se encontraba.

Y es que el sueño de Olivia no se hallaba escondido en aquellos grafitis, sino en las extensiones del oeste. Sus ídolos no eran ni Keith Haring, ni Jean-Michel Basquiat ni Lady Pink, ni ninguno de los grafiteros que en los años ochenta tomaron la ciudad por sorpresa. Las figuras que la hacían soñar eran otras: Nancy Holt, Robert Smithson, Walter De Maria, Michael Heizer, todos esos artistas que a mediados de los años sesenta habían dejado atrás la claustrofobia insípida de los museos para perderse en los vastos paisajes del oeste, allí donde el arte se veía forzado a murmurar en otra escala. Una espiral enorme compuesta de lodo, sales cristalizadas y basalto, adentrándose sobre las aguas rojizas del Gran Lago Salado de Utah. Un campo de relámpagos compuesto por cuatrocientos postes de acero pulido, capaces de conjurar el espectáculo de una tormenta eléctrica sin precedentes. Tres mil sombrillas amarillas perdidas entre los distantes valles de California y Japón, forzándonos a pensar en una cartografía distinta, caprichosa y bella.

Allí se encontraba el arte para Olivia Walesi. En esas obras las cuales creyó finalmente entender la tarde en la que un amigo le pasó el primero de los libros de la tetralogía ecológica de Aliza Abravanel y abriéndolo en una página cualquiera, se sorprendió al encontrar una frase que sintetizaba todo lo que la atraía de la loca empresa de los *land artists*. Esa noche no durmió. Leyó de una sentada las más de trescientas páginas de *La frontera invisible*, convencida de que con el paso de cada página se adentraba en un terreno tembloroso. Esa misma tarde corrió a la librería y compró *Corrientes marinas.* Sentada en un parque cercano, sintió la ansiedad de quien cree haber hallado

un clásico vivo, esa sensación de admiración combinada con ahogo que nos abarca cuando sabemos que estamos ante un dios en construcción. Contuvo la respiración y se dejó llevar por los ritmos y los ecos de esa novela que crecía como crecen las tormentas, con una dinámica caótica pero perfecta, hasta que al cabo de tres días llegó a esa imagen final en la que el niño ve las aguas teñirse de rojo y sintió el regocijo de vivir en una paradoja. No creía haber leído novela más humana que aquella, a pesar de que en ella lo humano fuese apenas una silueta perdida entre las arenas del este. Tampoco se detuvo ahí. Dos días más tarde buscó la tercera entrega de la tetralogía en la librería y se sorprendió al enterarse de que no había sido traducida todavía al inglés. Perdida como estaba en la inmediatez de la lectura, no había notado que los libros habían sido escritos en español por una escritora judía de origen inglés que había adoptado la lengua española con la misma pasión con la que otros adoptan una religión o a un hijo. Sintió curiosidad por saber quién era esa mujer que escribía herméticas novelas en un idioma extranjero.

Una breve búsqueda por internet le bastó. Le salió al paso la imagen de una mujer imponente y solemne, dueña de unos ojos en los que se jugaba el equilibrio perfecto entre el desafío y la ternura. Se entretuvo saltando entre las fotografías que de ella aparecían hasta que creyó encontrar una en la que sintió hallar su verdadero carácter. Vestida de traje oscuro, encorbatada y seria, la autora afrontaba la cámara con absoluta confianza, envuelta en un aura de medida lejanía que sugería una sonrisa escondida. Una suerte de dandy contemporáneo, debió de haber pensado Olivia, mientras pasaba a leer los datos biográficos de la escritora. Leyó que había nacido en Londres y que a los diecisiete años había partido a Nicaragua como fotoperiodista, encargada de reportar y fotografiar los logros del sandinismo.

–Y bueno, tú sabes mejor que nadie el resto –añadió tras una pausa, tomando conciencia de que hablaba con un hombre que la conoció precisamente por esos años.

Nunca regresó. Cambió su nombre de Aliza a Alicia y a partir de ese desplazamiento mínimo construyó en español una obra literaria que, según leyó Olivia, proseguía desde el norte argentino. La alusión al remoto desierto la tomó por sorpresa, haciéndola pensar en los artistas que admiraba. Solo entonces recordó el tercer tomo de la tetralogía.

–Por eso volvió a pensar en mí. Sabía que hablaba español, así que podría ayudarla con la lectura.

Semanas más tarde, cuando Walesi y Escobar terminaron el inusitado proceso de lectura y traducción, no solo eran ya pareja sino que habían vislumbrado un futuro en conjunto. La imagen de aquella escritora perdida entre los desiertos del sur los tentaba a imaginar que su destino no se hallaba en la euforia neoyorquina sino entre esos

cañones por los cuales ahora el jeep de José Ricardo Escobar volvía a adentrarse, mientras a sus espaldas el galgo se movía impaciente como si intuyese desde ya que ese era el empinado camino que lo llevaría hasta la tumba de su difunta dueña.

Esa mañana, caminando con Escobar entre las quince casas que rodeaban la vieja morada de Aliza, Julio había sentido ese impulso que llevaba a algunos a dejarlo todo atrás para recomenzar desde el vacío. Él mismo había imaginado una fuga similar y un nuevo comienzo. Recordó brevemente el rostro lejano de Marie-Hélène en plena pelea, pero la imagen de Nueva Germania, la comuna aria de Elisabeth Förster-Nietzsche, logró distraerlo. La soledad del pueblo perdido en plena llanura paraguaya encontraba sus ecos acá, en este pueblo al que Olivia y José Ricardo habían llegado hacía apenas cinco años, siguiéndole los pasos a una escritora de la que habían leído solo tres libros y de quien conocían lo mínimo, pero sobre quien depositaron sus más grandes expectativas, sin poder ni siquiera imaginar que por esos días la autora retrataba la larga historia de otra comuna muy distinta a la que ellos buscaban fundar.

–Empezamos a construir la casa allí, sin saber realmente muy bien lo que vendría después –le había dicho Escobar.

Bajando la cuesta que separaba la casa de Abravanel del resto, Clarke había apresurado el paso y ellos vieron cómo el perro se perdía en la lejanía hasta entrar por la puerta entreabierta de la casa que había señalado Escobar. Esa casa había sido la primera de la comuna. Olivia y él la construyeron con su propio sudor cuando, decidiendo seguir su sueño, empacaron en dos maletas sus pocas pertenencias e intercambiaron el caos neoyorquino por las sutilezas áridas de Humahuaca. De esos días ya lejanos en los que solo dos casas puntuaban el paisaje, todavía le quedaba al galgo la costumbre de entrar por la puerta sin pedir permiso. Tampoco es que pareciera importar, pensó Julio, al ver cómo el muchacho también se adentraba sin dudar.

–Entra, no seas tímido –escuchó que le decía Escobar desde la sala, al tiempo que él, con cierto pudor, ingresaba en esa casa humilde de la que se desprendía un rumor de voces.

La imagen de un televisor prendido aclaró su procedencia. Frente al aparato, tirado en un sofá deslucido, un muchacho rubio y desgarbado miraba con atención una telenovela colombiana.

Maximilian Albrecht había sido el último artista en llegar a la comuna. Había aterrizado hacía apenas unos tres meses, proveniente de Austria, cargando solamente con una computadora, un par de camisetas agujereadas y un puñado de libros de programación. Ni siquiera hablaba español. Pasaba los días tirado en el viejo sofá,

intentando aprender, entre sorbos de cerveza y porros de marihuana, la lengua local.

–Dicen que ver telenovelas ayuda –le explicó riendo.

Así que allí estaba, acostado fumando, mirando con atención austriaca los melodramas que Julio conocía tan bien.

–Algunas cosas no pasan de moda –respondió Gamboa, mientras dándole la mano creía escuchar en su nombre los ecos de una aventura que le fascinó desde su adolescencia.

Recordó la historia de Maximiliano de Habsburgo, quien a mediados del siglo XIX había llegado a ser emperador de México, como parte de la segunda intervención francesa en tierras mexicanas.

–¿Otro austriaco perdido en tierras sureñas? –preguntó en voz alta, pero ni Maximilian ni José Ricardo comprendieron la broma.

Fue él el único en reír, mientras pensaba que el periplo del olvidado monarca y su delirante expedición terminaba acá, en un desierto austral, con este joven mirando telenovelas. Impaciente, caprichosa, su mente recordó el manuscrito que había estado leyendo la noche anterior, conjurando la solitaria figura de Karl-Heinz von Mühlfeld perdido entre la llanura paraguaya, heredero de una locura ajena que ahora los envolvía a todos y a cada uno de ellos como si de la peor plaga se tratase.

Los recuerdos de lo que había visto esa mañana le llegaban ahora que José Ricardo Escobar volvía a interrumpir el relato de la fundación de la comuna artística para mostrarle la piedra sobre la cual aparecía escrito que se hallaban a más de 4.350 metros de altura. Un par de vicuñas trepadas en la serranía así lo confirmaban. Olivia le había explicado ayer que contrario a las llamas que encontraría en torno a Humahuaca, las vicuñas y las alpacas eran más furtivas, animales de altura que solían limitarse a la zona de la Puna, la meseta del norte argentino. Verlas acá, fuera de su hábitat natural, era una agradable sorpresa. Se veían bellas ante el atardecer que apenas comenzaba y Julio pensó en sacar su celular para tomar una foto. Dos golpes contra el cristal volvieron a distraerlo.

Tras la ventana, un muchacho bien abrigado les comunicaba mediante señas que para subir al mirador tendrían que pagar entrada. En su mano llevaba una matera, de la que por momentos tomaba pequeños sorbos, y por su color de piel y la profundidad de su mirada se veía que era de ascendencia indígena. Era el primer local que conocía desde su llegada, reflexionó para sí Julio mientras escuchaba cómo Escobar le increpaba al joven lo que le parecía una estafa, antes de terminar cediendo.

–No jodas, ¿hay que pagar? Acá uno sigue siendo siempre turista.

Quedaban apenas unos veinte minutos antes del atardecer y no tenía sentido llegar hasta allí para luego perderse entre lo oscuro. Así que le dieron los veinte pesos que pedía y siguieron subiendo la cuesta, hasta que Julio vio surgir la impresionante vista de la que le habían hablado. Era indudablemente la misma serranía que había divisado ayer desde el taxi, las mismas montañas de colores rojizos que hubiesen llenado de envidia a Cézanne y a los cubistas, pero vistas desde la altura parecían paradójicamente más lejanas en su temible cercanía. Ganaban esa arrogante aura de los cuadros, siempre distantes por más que uno se les acercase.

Julio pensó en la postal sobre la que Olivia había terminado esbozando su petición y en el juego de expectativas e ilusiones que en ella se encargaba de confundir desierto y polvo. Tenía sentido que llegado el momento Abravanel le hubiese pedido a Olivia que esparciesen sus cenizas acá, en este punto en el que la serranía finalmente se volvía perfectamente visible como una fotografía de sí misma.

Bastó que Escobar abriese la puerta para que Clarke se lanzase a

correr entre los arbustos que peinaban la montaña, perdiéndose poco a poco en la distancia, allí donde el mirador finalmente se fundía contra la cordillera. El hecho de que fuera verano no impedía que hiciese muchísimo frío y Julio sintió que todas las palabras que pronunciaba se malgastaban luchando contra el viento. Callado, tiritando, caminó hacia el perro, mientras escuchaba cómo a lo lejos Escobar intentaba contarle el origen de las montañas y de la decisión de Abravanel de ser enterrada allí.

–Nos dijo que quería que fuese acá, le gustaba la idea de que fuese mirando hacia el sur –escuchó que decía, mientras mirando el paisaje él volvía a sentir la impresión de estar envuelto en una historia que le era simultáneamente familiar y ajena.

Las anécdotas de Escobar reforzaban ahora esa extrañeza. Tenía la sensación de haberse entrometido en la intimidad de un funeral ajeno, forzado a cargar el legado de una mujer a la que no había visto en más de treinta años.

Casi todos los viernes por los pasados siete años Aliza visitaba junto al galgo ese punto sobre el cual estaban parados. Esperaba allí junto a Clarke la llegada del sabbat y luego volvía a recorrer el camino que la llevaba de vuelta hasta la comuna. En los últimos años, era el propio Escobar el encargado, junto a Olivia, de llevarla hasta allí.

–Le fallaban las palabras, pero igual se sabía todos los nombres científicos de la flora local o las distintas leyendas sobre la flor del cardón.

Julio pensó en pedirle que le relatase el origen de las leyendas, pero prefirió guardar silencio. Todo en ese lugar parecía un llamado a la sencillez, como bien quedaba retratado en la humilde escultura con la que los miembros de la comuna habían decidido rendir homenaje a la memoria de su matriarca. Dos rocas de tamaño mediano yacían una sobre la otra, contemplando la serranía. Ningún nombre aparecía inscrito allí y él nunca hubiese pensado que se trataba de una suerte de lápida si no hubiese sido por los datos que el puertorriqueño le había proporcionado. Según Escobar, las dos piedras reproducían a la perfección la escultura natural que el británico Hamish Fulton encontró en el punto de intersección de dos grandes caminatas que había completado en 1976 y 1984. Esa obra, titulada *The Crossing Place of Two Walks at Ringdom Gompa*, siempre le había gustado a Aliza y, llegado el momento, Olivia pensó que sería una buena forma de rendir tributo a la tradición judía de dejar piedras sobre las lápidas de los difuntos.

Sentado junto a la escultura, Julio sintió que tenían razón: a su amiga le hubiese gustado la sutileza de todo aquello. Tres décadas atrás ella misma había propuesto un larguísimo viaje a pie, una suerte de travesía centroamericana que los llevaría de las calles de San José

hasta las ruinas de Tikal en Guatemala. Tomaba como inspiración el libro de uno de sus ídolos: el cineasta alemán Werner Herzog, quien en el invierno de 1974 había completado un peregrinaje de tres semanas por el corazón de Europa, caminando desde Múnich hasta París, convencido de que, a través de ese sacrificio, su vieja mentora Lotte Eisner se recuperaría milagrosamente del cáncer que la afligía. Entusiasmada por el punzante surrealismo de aquella caminata, Aliza había imaginado la suya como una suerte de resistencia pacífica a las guerras que azotaban la región. Como el funambulista que desafía la gravedad a fuerza de pasos leves o como el loco que cruza la calle con los ojos cerrados, le tentaba la imagen de un peregrinaje absurdo capaz de conjurar una breve paz en medio de la guerra. Consciente de que una vez que se enfocaba con algo era imposible disuadirla, Julio prefirió modificar levemente la idea subrayando un dato concreto: el viaje a pie era prácticamente imposible pues les tomaría casi seis meses. Necesitarían un carro. Y así fue como, en el verano de 1982, tomando prestado el carro del padre de Julio, se habían lanzado en ese *road trip* que finalmente terminaría por separarlos, pero que, tres décadas más tarde, él volvía a recordar.

Mi padre pensó que su viaje al sanatorio de Zermatt obedecía a un simple capricho: aquel que lo tentaba a escuchar las últimas palabras de un hombre que en un pasado había sido un genio pero que ahora parecía condenado a perderse entre los laberintos de la locura. Tal vez por eso no supo cómo reaccionar cuando al tercer día encontró que el tablero de ajedrez había sido reemplazado por una grabadora de cinta. Dejándose llevar por su educación inglesa, no comentó el cambio de rutina. Se limitó a ver cómo Von Mühlfeld alargaba la mano enfundada en guantes blancos y presionaba el botón que ponía en marcha lo que luego él describiría como

– el teatro de una voz en batalla con la historia,

esa voz áspera y vetusta que en la grabación se limitaba muy sobriamente a alternar palabras en español con lo que parecían ser vocablos en un idioma remoto. Un lenguaje cuyo nombre y procedencia Von Mühlfeld se encargaría de aclarar, pero ante cuya lejanía y magia él debió de haber experimentado la misma sensación de ansiedad y abismo que sintieron los primeros hombres que posaron frente al invento de Edison: la conmoción de estar frente a un objeto espectral, liviano y fantástico. Un aparato, en fin, capaz de conjurar la voz del pasado y de los muertos. Tal vez fue esa la experiencia que mi padre intentó recoger horas más tarde en su diario, en dos frases solitarias y escalonadas que parecen ser versos:

– el teatro de una voz en batalla con la historia,

los silencios de una lengua en lucha con su olvido.

Quizá comprendió en ese instante que la razón por la cual Karl-Heinz von Mühlfeld lo había llevado hasta allí no era exactamente la que él había imaginado: no era necesariamente la crónica de Nueva Germania la que lo ocupaba, sino otra. Aquella que salía a flote a media tarde, con la misma monotonía con la que las cintas magnéticas comenzaban a girar lentamente, mientras en torno a ellos, revoloteando en medida espiral, crecía la voz de ese hombre que pacientemente intentaba inscribir en el aire la memoria de un idioma que solo él podía comprender. Más tarde mi padre escribiría en su diario: «Más que la voz, lo que me chocaba eran los silencios, las pausas, las lagunas en las que no ocurría mucho pero en las que se notaban los titubeos de un hombre perdido en una empresa tan titánica como inútil.» Esa misma empresa que Von Mühlfeld decidió delegar en mi padre tan pronto supo que las energías no le daban abasto. Dejaron correr la grabación hasta el final, allí donde las palabras finalmente cesaron y solo quedó flotando una voz que terminaba diciendo: Juvenal Suárez, Diccionario, 1965.

Juvenal Suárez era el menor de una familia de cinco hermanos varones,

al último de los cuales él mismo había visto caer moribundo ante las fiebres del sarampión. «Mu unteva», *le había escuchado decir, y lo había visto disiparse sin más, como se desvanecen las flores o las nubes. Para ese entonces apenas quedaban menos de quince miembros en la tribu de los Nataibo y solo él parecía entender que en sus palabras se escondía una triste profecía. Hacía apenas unas semanas una expedición de garimpeiros en busca de oro había tropezado con su aldea amazónica y desde ese momento la población nativa había empezado a caer enferma a un paso alarmante.* «Mu unteva», *había dicho su hermano, orgulloso de que ninguno de los garimpeiros pudiese entender lo que sus palabras significaban. Esas palabras que dos años más tarde Juvenal Suárez traduciría para Von Mühlfeld como «Hasta acá llegamos» con ese castellano quebradizo que había aprendido años atrás de mano de los caucheros, cuya llegada había marcado el comienzo del final de los Nataibo. En aquel tiempo apenas tenía unos doce o trece años y nunca había visto un hombre blanco. No podía saber, por ende, lo que los más viejos decían recordar: que esos hombres eran demonios sedientos de caucho y sangre, capaces de atrocidades impronunciables. Mucho menos podía saber que por esos años, en un continente lejano, el mundo se jugaba las cartas en una guerra que destruiría todo menos el cielo. Incluso ellos, que con tanto afán habían perseguido el aislamiento y la intimidad, no estaban a salvo de aquella guerra inmunda. Era 1942 o 1943 y, ante la captura japonesa de las plantaciones asiáticas de caucho, las fuerzas aliadas se habían visto forzadas a retomar la ruta que un siglo antes había llevado a miles de hombres a la demencia de un infierno sin precedentes. Volvieron por esos días la ilusión y la codicia a ganar la partida y las aguas del Amazonas fueron testigos del regreso de ese monstruo que todos creían haber superado. Fue por esos años cuando una expedición perdida de caucheros entró en contacto con la tribu y Juvenal Suárez vio por primera vez la piel pálida y rojiza de los blancos. En aquella época no se llamaba Juvenal Suárez y si no hubiese sido por la memoria de los viejos no habría sabido que aquellos también eran hombres. En los siguientes meses lo aprendería a la fuerza, en esas plantaciones de caucho donde la esclavitud venía envuelta en el rumor de un idioma extraño. Sería allí donde por primera vez en su vida escucharía el español que luego, llegado el momento, se negaría a hablar.*

De esos años solo quedaría, como memoria, un puñado de palabras y el recuerdo de la gran ola de malaria que los azotó pocas semanas después de la llegada de los caucheros. Esa primera epidemia, silenciosa pero fatal, se llevó a sus dos padres y a un hermano. Más importante aún, se llevó la ilusión de soledad y aislamiento que hasta ese momento los rodeaba. Así que cuando los blancos agotaron todo el caucho de la región y finalmente los dejaron libres, los Nataibo decidieron partir río arriba, en busca de esa paz que ahora se convertía en sinónimo de supervivencia. A los cuatro días

encontraron, en un recodo del río Tigre, un espacio que les pareció lo suficientemente apartado y decidieron buscar allí la tranquilidad que los caucheros les habían arrebatado. Y lo consiguieron o al menos creyeron conseguirlo.

Los años que siguen son años serenos, años en los que Juvenal ve con cautela el paso del tiempo, consciente de que la muerte, disfrazada de civilización, siempre se esconde a la vuelta de la esquina. Y así, una tarde cualquiera, década y media más tarde, el rumor de un avión interrumpe su siesta. El caucho ha sido suplantado por el petróleo y una compañía norteamericana –repitiendo un gesto tan antiguo como perverso– ha decidido que la única manera de conquistar la selva es evangelizándola. A la semana ven llegar, Biblia en mano, a los primeros misioneros. La imagen le trae de vuelta los traumas de la explotación cauchera, la imagen de su madre enferma, el murmullo violento de esa lengua que ya ha olvidado pero que vuelve a recordar como se recuerda un trauma, a la vez con terror y fascinación. Estos hombres y mujeres no quieren caucho. Buscan algo más etéreo pero temible: la conversión de las almas. Y esa conversión comienza por el nombre. A la segunda tarde los misioneros los reúnen a todos, los ponen en fila y los bautizan con nombres cristianos. A la edad de veintisiete años, una chica baja y redonda, dueña de un rostro que le inspira afecto y ternura, lo mira y le dice que de ese día en adelante su nombre será Juvenal Suárez. Ella lo dice y él lo acepta, no tanto por decisión sino por rutina. De tanto escucharlo comienza a reconocerse en ese nombre. Junto al nombre, la chica le regala otro talismán: una Biblia en castellano que en sus ratos libres aprenderá a traducir al Nataibo, en un proceso que durará años pero que terminará por convencerlo de que la lengua de los blancos no es necesariamente la lengua del mal. Es este un período de convivencia pacífica, de aprendizaje de lenguas y religiones, que termina la tarde en la que, esfumados los misioneros, los Nataibo ven llegar a lo lejos una expedición de garimpeiros y saben que toca migrar nuevamente. El trayecto les toma diez días. Cargan, esta vez, con el peso de las Biblias heredadas y con la conciencia de que la selva se llena de intrusos y enemigos. Cargan también, sin saberlo, con los primeros brotes del sarampión que terminará por derrotarlos.

Más tarde, Juvenal Suárez resumirá ese momento con una palabra que mi padre luego escuchará salir del grabador y copiará en su diario: «Na'teya, *paranoia.» Desde ese momento la existencia de los Nataibo estará marcada por la conciencia de su inminente desvanecimiento. Quedan, sin embargo, cincuenta miembros en la tribu y ninguno de ellos está dispuesto a rendirse sin presentar primero batalla. Preparados a luchar hasta el final, los Nataibo preparan su asentamiento como una fortaleza impenetrable. Se internan finalmente en la profundidad de la selva, rodean su aldea con trampas y fosas, construyen incluso un sistema escalonado de vigilancia ante la posible llegada enemiga. No pueden imaginar que el*

enemigo anda ya adentro, en la forma de un virus que terminará por reducirlos a un puñado de hombres arrinconados por la historia. Apenas una semana más tarde un miembro de la tribu se presenta con fiebre y de solo ver el sarpullido rojizo que marca su rostro el chamán sabe que no hay cántico ni oración que los salve. Y así, con esa misteriosa lógica del contagio que conoce tan bien, Juvenal ve cómo el sarampión se lleva uno por uno a los miembros de su tribu, convencido de que en cualquier instante será su turno. Ve morir al mayor de sus hermanos y luego a su esposa, ve morir a su hijo y a su tío, y solo en ese instante, frente a ese hermano que muriéndose le dice esas palabras que más tarde él traducirá para Von Mühlfeld como «Hasta acá llegamos», comprende que tal vez su destino sea peor que el de sus familiares. Intuye, frente a la moribunda cara de su último hermano, que tal vez los dioses le han deparado la desdicha de ser el único superviviente de su cultura. «Mu unteva», repite con angustia, consciente de que lo que dice resuena con el sigiloso eco de los idiomas privados.

Quizá fue ese el eco que volvió a escuchar mi padre cuatro años más tarde cuando, sentado frente a aquel paisaje alpino tan lejano de la Amazonía, volvió a escuchar el registro grabado de la voz de Juvenal Suárez. No había en la voz huellas de melancolía ni tampoco de ironía. Apenas la diligencia objetiva de quien sabe su destino y decide aceptarlo sin lamentos. Algo en el timbre de su dicción hacía recordar la exactitud de los hombres que se limitan a cumplir una tarea en la que tal vez no creen, pero en la que alguien cercano ha depositado todas sus esperanzas. «Juvenal Suárez, Diccionario, 1965», había dicho la voz, y mi padre pudo adivinar inmediatamente lo que allí estaba en juego: la supervivencia del idioma de los Nataibo reducido a un par de cintas magnéticas en las que generaciones futuras buscarían los vestigios de una cultura que había dejado ya hace mucho de existir. Supo también que la sombra de Von Mühlfeld se extendía sobre aquel proyecto y que era allí, en esa historia repleta de contagios y de soledades, de impurezas y de purezas, donde se encontraban las claves de la paradoja que había llevado al antropólogo a la locura.

Conociendo a mi padre puedo asegurar que no dijo nada esa tarde. Se limitó a escuchar la desdichada aventura de Juvenal Suárez, a aceptar la responsabilidad que ese secreto conllevaba y a prometer que al quinto día llevaría consigo las cintas y continuaría el proyecto que Von Mühlfeld había sido incapaz de completar. Conociendo a mi padre, puedo imaginar que cierto pudor lo forzó a guardar silencio y que solo horas más tarde, ya en el hotel, se atrevió a abrir su diario y a apuntar la crónica que acá reproduzco. Esa crónica que él se dedicaría a sintetizar con un par de frases que de niña leí sin entender, pero que hoy me persiguen como la clave de mi propia biografía. Esas frases como puños que dicen

– el teatro de una voz en batalla con la historia,

los silencios de una lengua en lucha con su olvido.

Frases en las que ahora yo misma me reconozco, consciente como soy de que el tiempo apremia y las palabras fallan. Y vuelvo a imaginar la escena de ese verano de 1968 tal y como quedó registrada en el diario de mi padre: el antropólogo con sus guantes blancos, consumido por los fantasmas teóricos que se rebelaban en su contra, y frente a él, tierno e inocente, mi padre, ese joven que apenas unos meses antes había sentido por primera vez el entusiasmo de la historia, pero que ahora se veía arrastrado río abajo por los reclamos de un pasado intransigente. Y entre ellos, el grabador, un objeto que todos en su generación hubiesen relacionado con la música y los deportes, conjurando la voz de ese hombre que más tarde yo vería en fotos, solitario custodio de un idioma que solo él podía entender pero cuya dignidad cargaba a cuestas, convencido de que el verdadero motor de la historia era un secreto perdido entre lenguas.

De cara a esa serranía en la que los estratos comenzaban a confundirse, Julio rememoró aquellas páginas y la larga cadena de herencias que allí se trazaba: Karl-Heinz von Mühlfeld, heredero de la locura de Elisabeth FörsterNietzsche; Juvenal Suárez, heredero de las ideas fijas de Von Mühlfeld; Yitzhak Abravanel, heredero de la soledad de Juvenal Suárez, y Aliza Abravanel, heredera de las pasiones de su padre. De cara al desierto, parado fumando un cigarrillo junto a las dos piedras conmemorativas que servían de lápida, el último eslabón en aquella historia se volvía evidente: por último venía él, Julio Gamboa, heredero de ese idioma privado en el que Aliza suspiró su último deseo.

Anoche, abrumado por lo que allí se narraba, no había notado de inicio que cada uno de los fragmentos del manuscrito estaba fechado en la parte inferior derecha de la página. Solo horas más tarde, tirado en la cama pensando en todo aquello, recordó haber visto las fechas y al consultarlas comprendió la complejidad del texto que lo ocupaba. Muchos de los fragmentos parecían haber sido escritos antes de ese primer derrame cerebral que había dado paso a la afasia que de alguna manera alegorizaban. Sobre aquellas páginas fechadas en los años noventa, Aliza había añadido a mano, en bolígrafo rojo, las frases que ligaban la historia con la enfermedad que súbitamente debió de haber aparecido como el telón de fondo natural ante el cual narrar el temible destino de Juvenal Suárez.

A primera vista, la lógica retrospectiva de todo aquello confundió a Julio, forzándolo a repensar la estructura de ese texto cuyo génesis parecía abarcar más de dos décadas. Recordó las palabras que había incluido Olivia en la carta en la que lo invitaba a Humahuaca –«Alicia me pidió que le comunicase, cuando fuese necesario, su decisión irrevocable de que fuese usted quien se encargase de editar su último manuscrito, esa novela o libro de memorias (eso lo sabrá distinguir usted, que la conoce mejor que nadie), a la cual Abravanel dedicó su último esfuerzo»– y la pregunta por el carácter biográfico o ficcional del manuscrito le salió al paso, forzándolo a reflexionar en torno a ese complejo nudo que ataba esa última obra a la biografía de su antigua amiga.

Y es que la Aliza que aparecía en aquellas memorias camufladas de novela era completamente distinta de la que él había conocido treinta años atrás. La Aliza que él conoció no parecía tener ni familia ni origen, solo una furia incontenible que la forzaba a negarlo todo.

Nunca, durante el tiempo que pasaron juntos, escuchó hablar de este Yitzhak Abravanel en torno al cual giraba el manuscrito, ni mucho menos de Juvenal Suárez. Tal vez ese era el secreto biográfico que latía detrás de sus novelas tempranas, la verdad oculta que ella siempre quiso narrar pero cuya estructura no supo encontrar hasta que la enfermedad se encargó de convertir la vida en fábula.

Quiso entregarse a ese juego de asociaciones y memorias, pero la voz de Escobar le salió al paso.

–No sé si la ubicas, pero solo desde acá se puede ver la escultura que ando trabajando junto a Olivia en honor a Aliza –dijo, mientras apuntaba a una llanura escondida entre dos montañas–. Si las lluvias lo permiten estará lista en un mes –añadió.

Escobar tenía razón. Solo así, mirada desde lo alto, la obra ganaba forma. Julio se quedó observándola por unos segundos hasta que creyó comprender lo que veía. Vio las siluetas de un mapa y dedujo la razón por la cual el carro de José Ricardo Escobar estaba repleto de atlas antiguos y de historias de la cartografía colonial. Trazados en tiza o pintura blanca, pudo reconocer los contornos de las Antillas caribeñas y, junto a ellas, el terreno sobre el cual los artistas habían escrito, también en tinta blanca: *Terra Incognita*.

–Es una reproducción a escala, trazada en tiza sobre surcos de tierra labrada, de uno de los primeros mapas coloniales, producido en 1513 por Martin Waldseemüller –pasó a explicar el puertorriqueño. Y agregó–: El famoso cartógrafo alemán que fue uno de los pioneros en utilizar el nombre de América para referirse a las Indias.

Julio escuchó todo con atención y curiosidad, pero una idea terminó por distraerlo: intentando comprender cómo se vería esa obra desde el suelo, terminó por imaginarse perdido en un laberinto enorme, incapaz de hallar la perspectiva total desde la cual planear una salida. La belleza de la obra le salió al paso. Sintió entender la euforia y el desconcierto que debieron haber sentido esos primeros colonos y se imaginó extraviado en aquel laberinto, mientras en torno a él la noche empezaba a adentrarse, tal y como lo hacía ahora, y los contornos del mapa se perdían en lo oscuro.

–Tenemos que partir –escuchó que decía Escobar.

Dio una última palmada sobre las dos piedras que designaban la tumba de Aliza y pensó que era realmente un tributo admirable. Una pieza visible para todos pero que solo ella, ubicada a la distancia y a la altura precisa, podría entender. Una obra con clave privada, se dijo, mientras, caminando hacia ellos, la figura del guardián le hacía pensar que justo allí se hallaba el sentido del manuscrito recién heredado: la noción de un texto que todos podrían leer pero solo una persona

entender.

–Una obra con clave privada –repitió esta vez en voz alta, mientras con un gesto apuntaba hacia el muchacho que acercándose guardaba su matera en una pequeña mochila.

–¿Quiere aventón hasta el pueblo? –le preguntó Escobar al joven guardián.

El muchacho respondió que no era necesario, ya que pronto vendrían por él, pero algo en su respuesta hacía pensar que no era cierto. Así que cuando finalmente emprendieron el camino de vuelta a Humahuaca y lo vieron desaparecer de a poquito en la lejanía, Julio no pudo sino pensar que aquel hombre se quedaría allí a pasar la noche. Y se quedó pensando en eso a pesar de los ladridos del galgo y de que por la radio empezasen a hablar de las protestas que en torno a la extracción del litio comenzaban a ganar ímpetu por esos días. Nada de eso fue capaz de distraerlo de la solitaria imagen del muchacho en la montaña oscura, ni siquiera las explicaciones que pasaba a dar Escobar sobre la gran fiesta que dos noches más tarde tendrían en la comuna en celebración del solsticio de verano.

3

Parado frente al espejo, navaja de afeitar en mano, Julio podía escuchar la música de la fiesta que desde hacía una hora iluminaba la comuna. Olivia había tocado a su puerta para convocarlo, pero él se había excusado diciendo que llegaría tan pronto terminase de leer algunos fragmentos de ese manuscrito que poco a poco empezaba a volverse molestoso y personal, amenazando con infiltrarse en su intimidad. Fue entonces, mientras se bañaba, cuando entrevió el origen de su malestar.

Nunca había sido bueno para ponerle palabras a sus sentimientos. Muchas veces había llegado a pensar que era a raíz de esa incapacidad que había terminado en aquel pueblo norteamericano donde los hombres sepultaban bajo toneladas de trabajo los miedos que los acechaban. Pero ahora, finalmente liberado, intuía que lo que tanto le molestaba del manuscrito era la muda insistencia con la que le recriminaba su apatía ante los años perdidos. Tercas, arrogantes en su sigilo, aquellas páginas reforzaban en él la frustrante sensación de que los últimos treinta años habían pasado frente a él sin su consentimiento.

Volvió a pensar en aquel viaje centroamericano que terminó por separarlo de Aliza. Ese *road trip* había sido su última rebeldía, un ejercicio de absoluta libertad cuya finalidad los años se encargaron de opacar, tal vez porque ni siquiera entonces tenía claro en qué consistía ese singular peregrinaje. Intentó rememorar la discusión que había propiciado la pelea y su separación, pero solo logró conjurar una imagen lejana: se vio manejando el antiguo carro de su padre, cruzando lentamente la frontera guatemalteca, hasta llegar al hostal en el cual se despedía de Aliza. No pudo recordar mucho más. Solo su ansiedad ante la inminencia del año académico que ya casi comenzaba. Volvió a verse joven y tembloroso, ya de vuelta en Costa Rica, maletas hechas y boleto en mano, listo para partir hacia Michigan.

El Universitario, recordó que lo llamaba Aliza entre risas, por esos meses en los que se debatía entre aceptar o no la beca.

Una beca universitaria que lo pondría en lo que sus padres se empeñaban en llamar el camino correcto pero que al cabo de treinta años terminaría por ubicarlo en la encrucijada dentro de la cual creía hallarse, incapaz de reconocerse en el muchacho que fue.

–¡Escobar, cabrón! –escuchó que alguien gritaba.

Afuera, el bullicio de la fiesta volvía a recriminarle su tendencia al aislamiento, forzándolo a afrontar esa cobardía que creía explicaba los derroteros que habían terminado por llevarlo hasta allí. Afeitado y vestido, Julio miró por la ventana. Un par de fogatas ayudaban a iluminar el paisaje. En torno a ellas, rodeándolas a modo de inesperada tribu, una treintena de jóvenes hablaban y bebían, al ritmo de un par de tambores. Entre los músicos, tocando uno de los bombos, logró ubicar a Escobar y se preguntó qué pensaría Marie-Hélène si lo viese allí, extraviado en una comuna hippie, compartiendo la noche con un grupo de jóvenes que le hacían sentir simultáneamente como si todo el tiempo del mundo hubiese pasado y como si aún quedase tiempo para cambiarlo todo. Más al fondo, a la derecha de Escobar, ubicó a Maximilian, el joven que había conocido esa misma mañana. Le hablaba a un par de muchachas morenas que parecían escucharlo con entusiasmo. Julio sonrió al pensar que el austriaco contaba sus historias con el acento de galán de telenovela que aprendía por las tardes. La imagen, absurda y disparatada, terminó por relajarlo y se dijo que tocaba salir. Afrontar la risa de la multitud con la misma valentía con la que horas antes había afrontado la risa de Juvenal Suárez.

A mediados del verano de 1965, cuando los miembros de Nueva Germania vieron regresar a Von Mühlfeld, no solo notaron los cambios en su rostro, carcomido como estaba por la hipocondría que primero lo llevaría a la demencia y después a la muerte. También tomaron nota del indígena que lo seguía a todas partes, como síntoma de ese mal que había empezado a quedar en evidencia con los ridículos guantes blancos pero que ahora amenazaba con convertirlo en un ermitaño. En ese tercer viaje a Nueva Germania casi no lo vieron salir de su casa, y cuando lo vieron, lo escucharon decir con una voz muy callada, cercana al susurro, que la urgencia de la escritura, sumada a una salud frágil, lo forzaba a la reclusión y al aislamiento. Fueron testigos de cómo era el indígena, impecablemente vestido de lino oscuro, el que hacía las compras y el que lo ayudaba con la limpieza. Buscando aclarar la situación, intentaron sacarle información al forastero pero no lograron extraer palabra alguna. Ni en castellano, ni en guaraní, ni en ayoreo, ni en aché. Fue entonces cuando empezaron a llamarle el Mudo e hicieron correr el rumor cobarde de que tras las puertas de su antigua mansión la pareja se entretenía en placeres inmundos. Poco podían saber que aquel hombre se llamaba Juvenal Suárez y que en sus tiempos libres se reía a escondidas de las ignorancias que escuchaba. Menos podían saber que su periplo imitaba sin querer el de Nueva Germania: dos culturas olvidadas por la historia, fantasmalmente atrapadas en un juego de purezas que ni ellas ya podían comprender.

Entre las fotos que encontré desparramadas en los cuadernos de mi padre había una en cuyo reverso se podía leer: «Calle Principal, Försterrode, Nueva Germania.» En las tardes a veces paraba de leer y me quedaba mirando esa imagen: la calle de tierra absolutamente deshabitada, a excepción de un perro solitario que parecía mirar a su alrededor en busca de amigos. Era claro que el ferrocarril nunca había llegado a ese pueblo, y que el Hermann, *aquel barco de vapor con el que Bernahrd Förster buscaba conectar el río y la colonia, había dejado hace mucho de venir. Yo miraba al perro y sentía ver en él un retrato de la soledad de ese pueblo olvidado por la historia, esa comuna en la que un puñado de familias proseguían a ciegas una épica que muchos dirían había terminado hacía mucho, pero que a mediados de los años sesenta abría un espacio para Juvenal Suárez y Karl-Heinz von Mühlfeld.*

De pequeña, a escondidas en su oficina, solía leer en sus diarios las aventuras de esa dupla inusual e imaginaba –tal vez en un intento por erradicar las consecuencias– que todo aquello no era realidad sino ficción: un relato liviano y etéreo como los viajes extraordinarios de Julio Verne

que por las noches me solía leer mi madre. Por un segundo suspendía la intuición de que de allí venía la tristeza de mi padre y me entregaba al fascinante juego de lejanías y de aventuras que allí se narraba. Leía una y otra vez la historia de los viajes transatlánticos de Karl-Heinz von Mühlfeld y sentía crecer en mí la ambición de aquellos hombres que lo arriesgaban todo por perseguir las tenues luces de una quimera. Repetía esos nombres extraños –Von Mühlfeld, Nietzsche, Förster, chamacoco, sanapaná, América– y veía cómo se abría, en medio de la tarde lluviosa, el camino de un anhelo y de un destino. Yo también viajaría un día a esas lejanas tierras en las que hombres cansados se jugaban la vida a ser otros. Yo también cruzaría los ríos de la Amazonía en busca de una tribu perdida de hombres blancos que hablaban guaraní. Corría a mi cuarto y, animada por mis ilusiones, abría el ejemplar de La vuelta al mundo en ochenta días. *Allí, entre sus páginas, había escondido la fotografía que le había robado a mi padre. Esa fotografía que los ubica a los dos –a Von Mühlfeld y a Juvenal Suárez– posando frente al piano apolillado de la hermana de Nietzsche, conscientes tal vez de que se les agotaba el tiempo para completar el proyecto al que dedicaban sus días. Una dupla anacrónica, vestigio de un mundo colonial que muchos decían había dejado de existir, pero que en mí inspiraba la más inmediata de las reacciones: una intensa fascinación que poco a poco devenía en miedo y luego en furia tan pronto comprendía que lo que allí se narraba no era una mera ficción, sino el relato de unas vidas íntimamente entrelazadas con la mía. Tomaba la fotografía en la mano y buscaba en ella las huellas de esa historia que se negaba a terminar aun cuando en su esencia fuese una historia de finales: los años finales de Nietzsche y de Von Mühlfeld, el fracaso de Förster, la desaparición de los Nataibo y la extinción de una lengua. Narrar es saber encontrar el final del relato, llegaría a escribir yo, pero en ese cuento que leía a escondidas nadie era capaz de ponerle punto final a una trama que se desbordaba de a poquito, siempre pidiendo en cambio un nuevo narrador que la adoptara. Foto en mano, sentía –aun cuando fuese incapaz de expresarlo– que en aquel relato, como en los cuentos nocturnos de mi madre, lo importante no era el final sino su estela, las huellas que quedaban una vez todo terminaba y uno se quedaba mirando la oscuridad repleta de fantasmas. Y así pasaba las tardes, hasta que, cansada, me convencía de que era pura ficción, parte de una novela enorme que mi padre escribía en sus tiempos libres. Guardaba entonces la fotografía entre las páginas del libro de Julio Verne y salía a jugar con mi pequeño hermano, alegre en mi ignorancia, hasta que días o semanas más tarde la curiosidad me ganaba y volvía a buscar en esas imágenes la confirmación de que todo aquello sí había ocurrido*.

La verdad es que nada de eso habría pasado si no hubiese sido por una serie de coincidencias que llevaron a que en el invierno de 1964 Von Mühlfeld se enterase de la existencia de los Nataibo y de su inminente

ocaso. En los largos y fríos meses de aquel invierno, incapaz de terminar de redactar la primera versión de ese libro que mi padre traduciría como The Impurity of Pureness, *agobiado por lo que creía era una contradicción en su argumento, el antropólogo optó por lo que nunca solía hacer: dar a leer el manuscrito a un colega de la facultad. A las dos semanas, el amigo confirmó lo que él ya preveía. Que su teoría, a pesar de su inherente validez, era incapaz de explicar un fenómeno que cada vez se volvía más común: la desaparición de distintas culturas, etnias y lenguas. Si la cultura es contagio, entonces las culturas no podían desaparecer sino transmutar. Buscando explicarse, le mencionó de pasada el caso de los Nataibo. No encontró oído atento. Incapaz de escucharlo, convencido de que el libro en el que había depositado todas sus esperanzas había quedado arruinado, Von Mühlfeld se excusó y, una vez en casa, se entregó a la crisis nerviosa que terminaría por aislarlo durante los siguientes cinco meses. Tal y como contarían los colegas de la facultad, el hombre que regresó tras esos meses de ausencia era otro en todo menos en la arrogante convicción de haber encontrado una salida a su dilema teórico. Poco le importaba que en su rostro quedase retratada la enfermedad que ya algunos sospechaban le acechaba, ni que en sus pasos se empezasen a notar las imprecisiones que muy pronto lo obligarían a usar bastón. Tal y como luego le explicaría a mi padre entre jugadas de ajedrez, su regreso a las aulas en la primavera tardía de 1965 llegaba acompañado de una simple frase en la que creía haber hallado el camino hacia una nueva antropología. Lo escoltaba, a modo de improbable guardián, esa frase que mi padre apuntaría en su diario y en la que destella la belleza del genio que fue Karl-Heinz von Mühlfeld. Esa frase que dice «En el pasaje de una cultura a otra algo siempre queda aunque no haya nadie allí para recordarlo», y cuya validez intentaría confirmar ese año adentrándose en la selva amazónica. En algún momento hacia el final de aquellos cinco meses que lo vieron entregarse a sus miedos y a sus fobias, esos meses de los que surgiría devorado por la hipocondría y el nerviosismo, aquella breve frase había tomado forma en su mente, y su genio había logrado ver allí una salida posible a las paradojas que lo apremiaban. Recordó en ese instante el nombre de los Nataibo y se dijo nuevamente que solo un estudio de campo sería capaz de confirmar la veracidad de la tesis que parecía haberle caído del cielo. Dos meses más tarde, los pasajeros del crucero* Alte Liebe, *al verlo abordar, pensaron que se trataba de algún viejo aristócrata venido a menos: la impecable blancura de su traje de lino hacía juego con esos inmaculados guantes con los que se limitaba a sostener, precozmente envejecido, su bastón de caoba americana. Ninguno de los allí presentes podía imaginar que ese era apenas el primero de la serie de barcos que terminarían por depositarlo mes y medio más tarde en la boca del río Tigre, al acecho de esa tribu en la que creía yacía cifrada la verdad de sus teorías.*

*Nunca podremos saber qué habrá pensado Juvenal Suárez al momento de ver trazada, contra las aguas del río, la extraña figura de aquel hombre que parecía, más que un antropólogo, el espectro reencarnado de un cauchero decimonónico. Quizá algo en él, ancestral e instintivo, le hizo pensar que ese hombre era heredero de un mal muy antiguo. O tal vez, más terrenal, se limitó a soltar una risa ante el patetismo de esa figura que no podría parecer más fuera de lugar entre los tristes trópicos. De una simple mirada se podía divisar que aquel hombre era distinto. Varios siglos o incluso mundos lo separaban de los caucheros, misioneros y garimpeiros que había conocido. Era el primer rubio al que veía y en su mirada se concentraba una fuerza que nunca había visto. Más tarde lo diría así, en Nataibo: «*Von Mühlfeld su intila ma’bela uldu.» *Y traduciría: «Von Mühlfeld no miraba; pensaba.» Pero eso sería después. En ese instante, lo más probable es que se limitase a mirarlo asombrado y a reír como ríen los hombres que no tienen nada que perder, con libertad y regocijo, consciente de que para un hombre solo la solemnidad era un mal peor que cualquier castigo enviado por los dioses. Lo dejó remar hasta la comuna y al verlo de cerca comprendió que aquel hombre no era peligro para nadie menos para sí mismo: en su equipaje no se encontraban sino libros y ninguno de ellos era la Biblia. Imaginemos que viéndolo llegar le bastó acercarse, apuntar a la multitud de libros que cargaba el alemán y acercar su Biblia al pecho, como quien dice, de manera muy callada: aquí no creemos en dioses paganos. Tal vez entonces fue Von Mühlfeld quien se permitió una risa, finalmente liberado de las teorías que tanto parecían agobiarlo*.

Para esa época solo quedaban cuatro miembros de los Nataibo vivos y tres de ellos estaban gravemente enfermos. Dos de ellos, los más jóvenes, sufrían de malaria y el tercero era un hombre mayor que se negaba a hablar español pero que, de haberlo hablado, podría haberse dado el lujo de decir lo que ninguno de sus compañeros diría: que moría de viejo. En torno a ellos, fantasmales pero juguetones, una jauría parecía cuidar a los últimos descendientes de la tribu de Juvenal Suárez. Mucho había cambiado en esos últimos años. Viendo como la población disminuía a pasos agigantados, la tribu se había visto forzada a recurrir a los servicios médicos de un pueblo cercano y ese paso hacia lo que algunos ignorantes llamarían civilización había terminado por transformar profundamente la cultura de los Nataibo. Solo el viejo se negaba, vistiendo las vestimentas tradicionales con las que había vivido toda su vida. El resto utilizaba camisetas con marcas norteamericanas y en sus pies podían notarse zapatos modernos. En torno a ellos, la selva ya no parecía ser la madriguera omnipresente que en un pasado había sido, sino una mera ruina de sí misma. En los últimos años, tribus cercanas habían finalmente cedido a los vicios de Occidente y la deforestación había terminado por dejar al desnudo la miseria de ese mundo que ahora quedaba en manos de

una docena de perros salvajes. No extraña que al mirarlo llegar río abajo, Juvenal Suarez viese en Von Mühlfeld no tanto un enemigo sino una posible escapatoria. Esa misma tarde le pidió que lo ayudase a llevar a los dos enfermos al hospital del pueblo cercano y al despedirse del viejo indígena sintió que en ese adiós se condensaba su luto por el mundo que lo había visto crecer pero del que no quedaba más que un rumor callado. Al cabo de dos días, un doctor les informó que la malaria ya no daba paso atrás y él, sentado frente a ese hombre de atuendo tan insólito, comprendió que no le quedaba otra que seguirlo hasta el final de su locura.

Tres semanas más tarde, al verlos llegar por la entrada principal de Nueva Germania, los habitantes pensaron que se trataba de una suerte de circo ambulante: vestidos los dos de lino, él de negro y el antropólogo de blanco, parecían una dupla de actores perdidos en plena llanura, incapaces de reconocer que aquel era el escenario que pedía sus bromas. Los vieron caminar pueblo abajo, hasta perderse por el largo y estrecho sendero que los llevaría hasta la vieja mansión de Tacuruty que Von Mühlfeld había adquirido en su primer viaje de manos de un viejo alemán que juraba ser descendiente de una de las catorce familias germanas originales. Luego no los volvieron a ver por varias semanas, pero intuyeron que algo había cambiado en la rutina del profesor.

Y así, durante los calurosos meses del verano austral de 1965, mientras el mundo ponía los ojos en Vietnam, Nueva Germania fue sin saberlo cómplice de ese proyecto mediante el cual Von Mühlfeld pretendía salvar la memoria de los Nataibo. A puertas cerradas, aislados en esa vieja mansión que remitía a un pasado infame, se entregaron a la tarea que llevaría al rumor y al chisme, pero cuyo secreto nadie logró desentrañar hasta la tarde en la que el propio antropólogo decidió mostrarle las cintas magnéticas a mi padre. Más de una vez, durante esos meses, la curiosidad llevó a algún lugareño a acercarse a la puerta de Tacuruty, en busca de pistas que les ayudasen a resolver el enigma, pero en cada caso solo creyeron reconocer la monotonía de una voz confusa, que solo era interrumpida a veces por una risa inesperada. Esa misma risa que mi padre oyó tres años más tarde cuando, sentado frente a Von Mühlfeld, escuchó cómo Juvenal Suárez reía a carcajadas tras escuchar extrañado por primera vez el registro de su propia voz. Rió mi padre al oírlo reír y supo que en el proyecto del ermitaño, a pesar de la distancia y la frialdad, también había restos de humanidad y de encanto. Esa tarde regresó al hotel y apuntó en su diario: «Tiene razón Von Mühlfeld: en el pasaje de una cultura a otra siempre queda algo aunque no haya nadie allí para recordarlo. Algo mínimo, como esa risa que he escuchado hoy en la que Juvenal Suárez parece reírse de sí mismo.» Esa misma carcajada cuyo eco mi padre luego creería oír dos días más tarde cuando, perdido entre los pasillos del sanatorio de Zermatt, persiguiendo un ruido que se le antojó fatal, tropezó con el cuarto del viejo

antropólogo y, viéndolo extraviado entre la telaraña de cintas magnéticas que el propio Von Mühlfeld había construido, comprendió que aquel ruido no era ni llanto ni lamento, sino apenas la risa incómoda de una joven enfermera que nerviosamente miraba la escena. Supo entonces que su tarea allí había terminado.

Al cabo de dos horas, al amparo del alcohol y la música, Julio había logrado esconder su timidez detrás de las risas que atravesaban la comuna camino a la cordillera. Llegó momentáneamente a olvidar, incluso, la historia que contaba el manuscrito. Brincando de grupo en grupo con un trago en la mano, escuchó las historias de algunos de los que acompañaron a Aliza en sus últimos meses: una artista polaca que había llegado a la comuna como parte de su rehabilitación, un músico mexicano a quien las locuras de John Cage llevaron a dejar las sonatas a un lado para perderse entre los enredos del arte contemporáneo, una artista venezolana convencida de que la naturaleza del arte se hallaba en las pinturas cavernícolas de Cantabria.

–Te aburres por tímido –solía decirle Aliza.

Y tenía razón. Pocos podían saber que tras la aparente paciencia que le caracterizaba se hallaba una simple incapacidad para interrumpir a los demás. Y así los dejó hablar, escuchando los proyectos artísticos que los habían llevado hasta allí. Obras que iban desde la configuración de un invernadero de puras plantas rojas, hasta la reconstrucción de un archivo que documentaba los circuitos globales que trazaban la extracción, exportación y consumo del litio. De todas las obras ninguna le impactó tanto como la que los congregaba esa noche.

Julio comprendió rápido que, más que en celebración del solsticio de invierno, esa noche estaban reunidos celebrando la existencia de una singular obra que retrataba a la perfección las ambiciones que terminaron por llevarlos hasta Humahuaca. La propia Olivia, dejando a un lado a un par de amigas, se le había acercado para explicarle.

–No sé si has escuchado hablar de *Sun Tunnels*, de Nancy Holt –le dijo mientras le pasaba un whisky.

–Te mentiría si digo que sí –respondió él.

Y así escuchó cómo de 1973 a 1976 Holt había instalado en el desierto de la Gran Cuenca cuatro enormes cilindros de concreto, ubicados en cruz de tal modo que los túneles enmarcaban el sol a la perfección tanto en el solsticio de verano como en el de invierno.

Escuchándola relatar la idea que daba paso a esa obra, Julio recordó la pieza que ocupaba las tardes de Escobar y de Walesi: las siluetas de ese mapa colonial que solo ganaba claridad cuando era visto desde la posición exacta marcada por la tumba de Aliza Abravanel. Si el mapa pedía la posición exacta en el desierto, los *sun tunnels* de Nancy Holt pedían la hora precisa. La paradoja de que el desierto permitiese esos

juegos de precisiones y exactitudes le intrigó. La historia de la construcción de la obra, según la escuchó a continuación, terminó por convencerlo de su resonancia dentro de la extraña trama en la que creía vivir desde hacía una semana. Escuchó cómo la artista comenzó la construcción de la pieza en 1973, apenas meses antes de que falleciese su esposo, Robert Smithson, tal vez el más famoso de los *land artists*, quien había muerto tras estrellarse su helicóptero mientras sobrevolaba el territorio tejano en búsqueda de una localización para la que sería su obra *Amarillo Ramp*. Por los siguientes tres años, Holt ahogó sus penas mediante aquella colaboración con ingenieros, astrónomos y contratistas que terminaría por configurar la pieza a la que a finales de ese año invitaría al escultor Richard Serra y a la activista DeeDee Halleck. Habían llegado al atardecer y se habían quedado a dormir dentro de los túneles, desde los cuales, puntuados como estaban por pequeños agujeros que coincidían con un puñado de constelaciones, podían ver el cielo estrellado. A la mañana siguiente se levantaron con el sol enmarcado por las circunferencias de concreto, sus cuerpos inundados de luz. Fue entonces cuando, en vez de quedarse allí a celebrar la culminación de tres años de trabajo, la artista había querido demostrar el verdadero sentido de la pieza, lanzándose a explorar el desierto junto a sus amigos.

–Como te imaginarás, caminaron un par de horas hasta perderse. La propia Holt terminó en el hospital, deshidratada –remató con prisa Olivia, mientras se excusaba y volvía a sumirse en el jolgorio que crecía entre música y alcohol.

A Julio la aventura le pareció brillante. Una anécdota que esbozaba la necesidad de marcar un punto preciso desde el cual el desierto finalmente ganaba sentido. Pensando en la obra de Escobar y de Walesi, recordando la muerte de Smithson en las proximidades del lago Tecovas, se dijo que esa obra retrataba a su vez el proceso del duelo: capturar por un breve instante el orden exacto del vacío para luego aprender a dejarlo ir, perdiéndose paulatinamente en la intemperie, pero con la conciencia fija en ese instante dentro del cual se le había habitado a la perfección.

–¡Pinche fuego de mierda! –escuchó que gritaba un hombre mientras intentaba amortiguar la fogata y el grito, acompañado por la risa de dos chicas, terminó por sacarlo de su ensimismamiento.

Volvió a mirar la escena. Contemplando la alegría y la confianza con la que los artistas que lo rodeaban se hacían cargo de la noche, se dijo que a todos ellos les faltaba dar ese último paso que tan elegantemente trazó Nancy Holt al decidir dejar su propia obra a un lado para perderse entre la estepa de artemisa. Durante toda la noche, algo le había dicho que más allá de los proyectos individuales, lo que les

faltaba a muchos de aquellos artistas era precisamente la valentía de dar ese paso más allá: dejar la obra a un lado y atreverse a perderla. Demasiado confiados, les faltaba esa apasionada insensatez con la que Holt se perdía en el desierto y Abravanel dentro de su propia obra. Demasiada postura y poca bravura, se dijo, mientras mirando a su alrededor contemplaba cómo la fiesta lentamente mutaba en bacanal. Viendo cómo los distintos artistas pasaban a turnarse sobre los tambores, temió que pronto alguien decidiese que era su turno. Ansioso, miró a su alrededor en busca de Clarke, pero no logró encontrarlo por ninguna parte. Todavía pensando en la historia de Nancy Holt y su larga caminata por el desierto, decidió que lo mejor sería dejar la fiesta a un lado y lanzarse a explorar los recodos de la comuna que esos individuos, tal vez menos borrachos pero con el mismo entusiasmo, habían construido en torno a la figura de su antigua amiga.

Apenas comenzaba a dejar atrás la música cuando distinguió, contra la silueta de las montañas a oscuras, la figura de un hombre fumando. Sobresaltado, se detuvo, antes de reconocer el rostro del muchacho callado y evasivo que en su aislamiento le había llamado la atención horas atrás. Siempre un poco al margen, su figura contrastaba con la de los otros artistas, demasiado seguros de sí mismos para tomar riesgos. Esbozó un saludo, ante el cual el muchacho asintió a media bocanada antes de añadir, en una frase que no supo descifrar inmediatamente:

–Casi como si pidiesen ser escaladas. –Tal vez consciente de que no se expresaba claramente, añadió–: Las montañas.

Aquella mención al alpinismo lo tomó por sorpresa. Desde su llegada a Humahuaca había visto la cordillera siempre desde la distancia, enmarcada por un aura de lejanía.

–Sí, cruzarlas a pie como antes hicieron los incas –asintió Julio, con un gesto amigable.

Regalándole un cigarrillo, el muchacho se presentó como Ignacio Acosta e, impulsado por la pregunta sobre la razón de su llegada a la comuna, pasó a contar el largo periplo familiar que lo llevó hasta Humahuaca.

Según contó, Acosta había llegado hasta allí buscando las huellas de un ilustre antepasado, reconociendo en sus peregrinajes y extravagancias un esbozo de su propio recorrido vital. Había sido su abuela la que de pequeño le había contado por primera vez la historia de su tío, Álvaro Guevara, un excéntrico artista que llegó a convertirse, a principios del pasado siglo, en uno de los grandes pintores de la vanguardia europea, entablando amistad con Picasso, T. S. Eliot y Gertrude Stein.

–Uno de esos artistas de los que las familias hablan a la vez con orgullo y distancia, como siempre se habla en retrospectiva del rebelde que logra hacerse un espacio entre los convencionalismos de la época –dijo.

En su caso ese logro iba acompañado de una anécdota que a los Guevara les gustaba mencionar en las conversaciones de sobremesa: el hecho, casi diluido en mito de tanto ser repetido, de que uno de sus cuadros adornaba las paredes del Tate Museum en Londres. En las tardes de su infancia en Viña del Mar, de cara a ese mar que en el pasado, según corría otro rumor familiar, había inspirado a Whistler, Acosta solía escuchar el relato de cómo su abuela, en los años setenta,

cruzó el Atlántico con la sola intención de contemplar esa pintura que tanto lustre le había dado a la familia. Y al final del largo trayecto, que para el niño que fue conjuraba la imagen de tierras lejanas y mágicas, llegó al museo y vio aquel cuadro en el que, según ella, quedaba retratado a la perfección un pescado reposando sobre periódicos, envuelto en los tonos de una luz ocre que dotaba a la imagen con una singularidad abrumadora.

Mientras recordaba la pasión con que su abuela solía hablar del cuadro, Acosta sonreía con ternura al subrayar cómo todo era producto de un malentendido.

–El cuadro de Álvaro Guevara existe, pero con los años la imaginación de mi abuela lo transformó. No retrata los contornos de un pez sobre papel de diario, sino el rostro de la poeta Edith Sitwell.

Años más tarde, cuando se atrevió a imitarla y atravesando el Atlántico llegó a ver el famoso cuadro, intentó comprender cómo ella había logrado ver un pez y un periódico en aquel melancólico retrato, pero la única explicación que halló fue que ella debió de haberse equivocado de pintura, confundiendo la de su tío con alguna de las naturalezas muertas que por esos años abundaban en las salas del museo.

–O tal vez lo vio. Lo lindo es eso: pensar que con los años cambió a Edith por el pescado y la alfombra por el periódico. Mantuvo el sofá y la atmósfera general del cuadro.

Poco importó la discrepancia: ya las anécdotas de la abuela habían cumplido su misión. Habían despertado en el joven chileno la seductora ambición que le haría ver en el arte un camino hacia tierras remotas. Si hoy estaba allí, perdido entre artistas en esa comuna sureña, era porque una testaruda intuición le hacía sentir que sus propios caminos repetían las rutas trazadas por la biografía de su lejano ancestro.

–Era genial la abuela –dijo mientras sonreía.

Hacía apenas unos cinco años, la abuela había muerto, dejándole como herencia un álbum de fotos en el que se leía, sobre la solapa de cuero, un título en inglés: *Sun & Shadow*. Retratada allí en amarillentas imágenes, encontró la historia de los Guevara de la forma en que la había escuchado narrada por su abuela durante los largos veranos en Viña del Mar. Esa historia que comenzaba a mediados del siglo XIX con la testaruda ambición de un adolescente llamado Luis Guevara, convencido de que algún día el trabajo y el destino le regalarían una mansión de cara al mar, y que proseguía años más tarde, cuando las ganancias adquiridas mediante la importación transatlántica de lana materializaron los sueños del audaz joven. *Sun & Shadow* era, de

alguna manera, el testimonio de ese logro.

–Recordé entonces las anécdotas que contaba la abuela sobre su tío –explicó.

Una imagen en particular, perdida entre tantas otras, había avivado en él la curiosidad. Una fotografía en la que Álvaro, quien debía tener entre ocho o nueve años, aparece vestido de marinero, jugando junto a sus hermanos entre las sombras de los árboles que adornaban el jardín trasero de la mansión familiar de Cerro Alegre. En esa imagen, a la que originalmente llegó atraído por la particularmente luminosa y casi fantasmal figura de una de las hermanas, había logrado ubicar, en una versión digitalizada y ampliada, el rostro del joven Guevara.

–La misma quijada y la misma mirada que años más tarde conquistarían a medio Londres.

La verdadera sorpresa, no obstante, había sido encontrar, en ese *zoom in*, una cámara de cajón sobre el regazo del niño. Volvió a considerar el título del archivo, *Sun & Shadow*, y pensó que, tal y como la fotografía era un arte de luces y sombras, también su vida parecía ser el negativo fotográfico de la de aquel muchacho que desde un verano lejano miraba a la cámara como quien mira un destino. Se prometió entonces retomar, a modo de homenaje a su difunta abuela, la reconstrucción de los datos de esa vida que se extendía sobre la suya a modo de sombra.

–A otros les da por trazar árboles genealógicos. A mí me dio por reconstruir lo que se narraba en *Sun & Shadow*.

Aquella era, supo rápidamente, la pacífica historia de una familia adinerada en el Chile de fin de siglo. Una paz que quedaba interrumpida por la destrucción de la casa de Cerro Alegre tras el poderoso terremoto que sacudió Valparaíso la noche del 16 de agosto de 1906.

–Ahí es cuando empiezan a cambiar las fotos. Pasan de los cerros locos del puerto a los escenarios silvestres que tanto me intrigaron –agregó Ignacio.

Y es que tras el terremoto, Luis Guevara, guiado por la anglofilia que lo caracterizaría de por vida y convencido de que Valparaíso era territorio inestable, decide enviar a su familia a la ciudad que siempre lo cautivó: Londres. Habían comenzado un largo peregrinaje que primero vería a la familia cruzar de norte a sur las tierras chilenas, adentrándose en territorio araucano, donde pasarían dos años que quedarían retratados en un sinnúmero de fotos en las que se ve a los Guevara a caballo, compartiendo con los indígenas de la región, antes de partir en la larga travesía que los vería cruzar los Andes hasta llegar a Buenos Aires. Desde ahí, en 1910, tomarían el barco que al cabo de dos meses terminaría por depositarlos en Londres. Ese Londres al que

casi un siglo más tarde llegaría a estudiar Acosta, gracias a una beca otorgada por el Slade School of Fine Art.

–Pensarás que te miento, pero justo la misma beca que antes le dieron a Álvaro Guevara.

Incapaz de digerirlo todo, Julio pensó en los años araucanos de Guevara, atravesando el territorio indígena mapuche en su camino hacia Londres. Intentó imaginar, contra las voces del jolgorio que crecía a sus espaldas, las siluetas de aquella familia en su épica travesía hasta la metrópoli europea, pero su mente se entretuvo imaginando el frío que tuvieron que haber sufrido mientras cruzaban a caballo los Andes.

–Esa cadena de coincidencias me regaló un proyecto –dijo Acosta.

Ojeando las páginas de *Sun & Shadow*, había tenido la idea de transformarlo todo en una obra: rastrear las coincidencias, documentar la forma en la que su vida repetía los pasos vanguardistas de Álvaro Guevara. Fotógrafo por aprendizaje, había incluso reconstruido fotográficamente muchas de las escenas que Guevara pintó en vida.

–Una retaguardia para la vanguardia –dijo Julio.

–Sí –aceptó Acosta–, incluso de todo eso lo que más me interesa es su momentáneo regreso a Chile.

Y es que la épica de su rápido ascenso dentro de los círculos de la vanguardia londinense, esa vanguardia que lo adoptaría bajo el icónico apodo de *Chile*, llegaba a su fin cuando a principios de los años veinte Guevara se enamora de la indómita poeta Nancy Cunard.

–No era el primero ni sería el último –añadió Acosta mientras pasaba a enumerar una larga lista de pretendientes que incluía a Tristan Tzara, a Ezra Pound y a Man Ray.

Deprimido, incapaz de domar la alegre libertad de la poeta, el pintor había caído en una parálisis creativa de la cual solo saldría cuando, a mediados de 1922, decide honrar su apodo y regresar a Chile. Más que la etapa de la euforia vanguardista, parecían ser esos años callados del regreso al sur los que le interesaban. Aquel regreso al país natal estuvo marcado por la etapa etnográfica dentro de la obra de Álvaro Guevara. Años en los que el artista decide recluirse, regresando al territorio que una década atrás su familia había cruzado a caballo. Con la memoria fija en esas ya remotas cabalgatas, busca en la Araucanía una respuesta a los sinsabores que ha vivido en Europa. Cree encontrar esa respuesta dos veces: primero en la imagen de los árboles incinerados que puntúan el paisaje y luego, durante su estadía con las comunidades mapuches, con la ayuda de los alucinógenos que le proveen los indígenas.

–Mientras sus amigos europeos comienzan a experimentar con el opio, él encuentra en los alucinógenos sureños otra salida –dijo Acosta.

Entre 1922 y 1924 compone, bajo el título de *Fleurs Imaginaires*, veinticinco pinturas en las que plasma una serie de flores imaginarias que dice haber intuido en sus experiencias alucinógenas.

Ese delirante proyecto le había impresionado desde la primera vez que escuchó de él, llevándolo a repetir aquel viaje sureño en un intento por recrear fotográficamente esas flores que primero imaginó su ancestro. Al llegar a la Araucanía le sorprendió ver que muy poco quedaba de la fauna nativa. El paisaje original había sido suplantado por la monotonía de los bosques de eucalipto y pino tras la llegada de las multinacionales al país. Una llegada con profundas consecuencias pues, como rápido comprendió, aquellos monocultivos eran en parte responsables de muchas de las catástrofes ecológicas que desde hacía unos años azotaban la región. Al joven fotógrafo le había llamado la atención escuchar que aquellas plantaciones forestales eran agraviantes en los incendios que amenazaban con arrasar el sur del país. Recordó las pinturas de árboles incinerados que se decía había pintado Guevara durante su estancia araucana. Desde entonces, preparaba una serie de treinta y seis flores imaginarias basadas en esa premisa.

Sin poner el cigarrillo a un lado, Acosta sacó su celular y, acercándose a Julio, pasó a mostrarle la imagen de una de las flores. Una flor hermosa, parecida a una rosa blanca, si no fuese porque sus pétalos estaban marcados por pequeños pliegues que hacían pensar en la belleza acuática de las anémonas.

–No es una flor real –aclaró Acosta–, solo una aproximación fotográfica de los exóticos hongos que crecen sobre los troncos de los eucaliptos.

–¿Parásitos? –preguntó Julio.

–Exacto, crecen como parásitos sobre los árboles trasplantados –precisó.

Entusiasmado con la inusual belleza de esa falsa flor, Julio imaginó cuán exótica tuvo que haberle parecido a Juvenal Suárez la figura trazada por Von Mühlfeld contra las aguas del río Tigre. Exótica pero sublime, como uno de esos hongos travestidos en flor de los que ahora volvía a hablarle Acosta, mientras retomaba la historia de Guevara a su regreso a Europa.

Escuchando la historia de los últimos años del pintor, tan lejanos de la épica del mítico Chile, Julio sintió que no era más que la crónica de una vida malgastada, apagándose de a poquito. Su vida trazaba el arco de euforia inicial y eventual decadencia que dibujaba el inevitable agotamiento de las vanguardias. Habría pensado en despedirse del chileno si no hubiese sido porque, llegando al final del relato, este

mencionó un último dato que resucitó su interés. Sin darle mucha importancia, el joven fotógrafo comentó cómo, en aquellos años finales marcados por la tuberculosis y el aislamiento, Guevara había dedicado sus últimas energías a la construcción de su *Dictionnaire intuitif*, una suerte de léxico compuesto principalmente por la definición de un centenar de palabras que le parecían fundamentales. Ese diccionario, había añadido, que sus amigos encontrarían abierto junto a su lecho de muerte y que medio siglo más tarde lo llevaría a él, Ignacio Acosta, a viajar hasta ese desierto en el que se encontraban, en búsqueda de las huellas de una escritora que sin saberlo había repetido la última obra de Guevara.

–Un diccionario, en fin, como el que configuró Alicia Abravanel –aclaró.

La mención a ese proyecto tomó a Julio por sorpresa, forzándolo a pedir más detalles sobre la obra. Siguiendo la cronología provista por Walesi, creía que el manuscrito de *Un idioma privado* había sido el último proyecto de Abravanel. Ahora, con el final de la historia de Álvaro Guevara, surgía este léxico que le hizo pensar en el diccionario auditivo del idioma Nataibo. Llegó a pensar que Acosta confundía aquella referencia al proyecto inconcluso de Von Mühlfeld con un proyecto de la propia Aliza, pero lo que escuchó a continuación le hizo cambiar de idea.

–En una residencia artística en Suiza conocí a una curadora, Federica Chiocchetti, que justo venía de pasar una temporada acá, en la comuna. Fue ella la que me habló de la coincidencia.

Al escuchar los detalles sobre el proyecto del fotógrafo, Chiocchetti recordó la obra que se rumoreaba había ocupado los últimos días de la escritora. Según ella, Abravanel se había abocado a la elaboración de un diccionario que no solía mostrar a nadie más que a un joven indígena. Fascinado por la coincidencia, Acosta decidió viajar hasta allí para corroborar la información de la italiana. De eso hacía cuatro meses, tiempo durante el cual había tenido la oportunidad de conocer a Abravanel y de confirmar que su amiga tenía razón. Incapaz de obtener información directamente de la escritora, ya que su estado de salud era muy precario, le bastó ver cómo todas las tardes un indígena local cruzaba la comuna.

–Era puntual el huevón. Exactamente tres horas más tarde lo veía salir camino a Humahuaca, donde tomaba un bus hacia Purmamarca.

Abrumado por la curiosidad, tras una semana de espionaje, Acosta había decidido abordarlo en su camino al pueblo.

–Puso cara de pocos amigos y me dijo que el diccionario andaba todavía en una fase preliminar.

El hombre se excusó diciendo que tenía que correr a tomar el bus, no sin antes, en un gesto que al fotógrafo le parecía inexplicablemente

generoso, pasarle una pequeña tarjeta en la que aparecía escrito su nombre, junto a una dirección.

–Raúl Sarapura. Vive por allá en las Salinas Grandes.

Julio reconoció el nombre. Recordó que Olivia Walesi, dos días atrás, le había hablado de un Raúl Sarapura, quien, desde la llegada de Abravanel a Humahuaca, la ayudaba en sus tareas domésticas y en su rehabilitación lingüística. Recordó, también, la mención a las Salinas Grandes que se hallaba en el revés de la fotografía de Aliza que Walesi le había enviado y se preguntó si no sería precisamente allí, cerca de la casa de Raúl Sarapura, donde habían tomado la fotografía.

–¿Lo visitaste? –le preguntó entusiasmado a Acosta.

Le decepcionó escuchar que el joven fotógrafo, ocupado principalmente con el esbozo de las flores imaginarias, no había tenido tiempo de hacer el viaje hasta las Salinas.

–Me basta con saber que el proyecto del diccionario existió para que mi reconstrucción del *Dictionnaire intuitif* tenga sentido –añadió mientras pisaba un nuevo cigarrillo.

Incapaz de reconciliar las cronologías, preocupado por cómo aquella obra podría forzar una relectura del manuscrito que le había sido dado editar, Julio sintió cómo lo agobiaba una inesperada ansiedad que solo pudo aplacar con dos tragos rápidos de whisky. Pensó en comentarle al joven fotógrafo la larga historia de su amistad con Abravanel, pero la imagen del austriaco que había conocido esa misma mañana, corriendo desnudo entre las risas del grupo y gritando borracho frases en un español ininteligible, le provocó una sonrisa y se contentó en cambio con pedirle a Acosta la dirección de Sarapura. Ya mañana, descansado, sería capaz de resolver el rompecabezas que, en una última jugada, le proponía Aliza. Invitó al chileno a otro whisky y, ya de tantos, dejó que el instinto lo guiase de vuelta hasta su cuarto. Encontró a Clarke dormido sobre la cama, tirado como un rey medieval.

4

A media madrugada, la acidez del alcohol sobre la boca del estómago lo forzó a salir de la cama. Julio buscó apaciguar el malestar tomando un vaso de agua, pero de vuelta al cuarto los contornos radiantes de un punto lejano terminaron por despertarlo. Creyó distinguir, contra el telón de fondo de la montaña, un punto refulgente. Intrigado, buscó sus anteojos y así pudo ver que se trataba de una simple espina encandilada que fulguraba incandescente en un alambre de púas. Volvió a pensar entonces en el diccionario del que le había hablado horas antes el joven chileno. Ese diccionario que, según Ignacio Acosta, Aliza había configurado junto a la ayuda de un asistente cuyo nombre él volvía ahora a recordar.

–Raúl Sarapura –repitió en voz alta Julio en un intento por fijarlo.

Recapituló la secuencia de eventos de la noche anterior, hasta ubicar el momento preciso en el que Acosta le había pasado la dirección de aquel hombre. Asegurándose de no despertar al perro, buscó entre los bolsillos de su pantalón hasta encontrar el papel en el que el chileno había apuntado los datos. Luego, escribió la nota que a modo de explicación dejaría para Olivia, consciente de que su ausencia se haría notar. Una nota que se limitaba a decir: «En camino a las Salinas, en busca de Raúl Sarapura.» Contempló los distintos escenarios que su breve fuga causaría, pero la emoción de descubrir una nueva obra lo convenció de que el viaje valía la pena. Temeroso de que el amanecer lo delatase en plena huida, tomó sus cosas y partió. La imagen de la comuna, apenas visible gracias a una fogata que parpadeaba contra lo oscuro, le salió al paso, memoria inmediata de todo lo que acababa de vivir el día anterior. Junto a un fuego moribundo, un par de borrachos dormitaban, rodeados por los restos de lo que sin duda había sido una gran fiesta. Alegre de no tener que ayudar en la limpieza, Julio miró su reloj. Apenas las cinco y media. Si se apresuraba llegaría a Humahuaca antes del amanecer.

Los primeros rayos de sol lo sorprendieron recostado contra la ventana del micro, comenzando el trayecto que terminaría por depositarlo en las Salinas. Junto a él, un turista rubio estudiaba en su celular fotografías del paisaje. En torno a ellos, el resto del bus estaba compuesto por locales. Julio se preguntó qué habría llevado al hombre a escoger, entre todos los asientos posibles, el que lo ubicaba junto a él. Aunque no lo dijese, le molestaba esa sensación de extranjería que lo arropaba cada vez que regresaba a Latinoamérica. Esa sensación de

nunca estar completamente de regreso. Una ansiedad de pertenencia que de vez en cuando se traducía incluso en errores gramaticales y de pronunciación, haciéndolo sentir que poco a poco perdía su lengua y junto a ella las últimas huellas de su pasado. A menudo, durante las breves y esporádicas interacciones que tenía con hispanohablantes en los Estados Unidos, sentía que las palabras le fallaban.

–Un turista en cualquier parte, lo había llamado entre risas, una vez, su mujer.

La frase, accidentalmente cruel, volvía a él ahora que sentado junto al gringo, de cara al día que apenas comenzaba, notaba que su esposa tenía razón. En todos los lugares se sentía extranjero, lo que le hacía pensar en Aliza y en la capacidad que ella había mostrado, incluso antes de las novelas y del cambio de nombre, para adaptar el mundo a su propia voluntad. Esa osada pasión de extranjería los orígenes de la cual Julio creía entender ahora que la lectura de las páginas de *Un idioma privado* le regalaba una nueva ruta mediante la cual entender a la adolescente que había conocido tres décadas atrás.

Karl-Heinz von Mühlfeld murió el 20 de julio de 1969. Recuerdo la fecha con exactitud porque coincidió con la noche larguísima en la que los norteamericanos finalmente pusieron a un hombre en la Luna. Nos habíamos reunido todos, incluidos mis abuelos, en Hampstead. Yo tenía nueve años, los suficientes como para saber que en torno a aquel evento se concentraba una expectativa particular, la sensación de un abismo que nos hacía sentir que el futuro finalmente llegaba. Lejos quedaba la guerra de la que muy calladamente había escuchado hablar a mis abuelos. Lejos quedaba incluso Vietnam y su tristeza. Recuerdo que nos agrupamos alrededor del televisor y por un breve segundo yo sentí la ilusión de que participaba en una de esas aventuras de las que había leído en los libros de Julio Verne. Una sensación de lejanía y ligereza que quedó interrumpida por una llamada inusual. El timbre sonó a eso de las diez. Un familiar emocionado por el evento, pensaron todos, tal vez incluso mi padre. Así que nadie se alteró y dejaron que el timbre sonara. Fui yo la que, dejando atrás las explicaciones científicas de James Burke, se atrevió a tomar la llamada. Contesté esperando encontrar la voz de mi tía, pero me sorprendió una voz leve que parecía ignorar lo que pasaba y que se limitó en cambio a preguntar por mi padre. Recuerdo que, ante mi grito, él se levantó lentamente de la silla y, todavía atento a los comentarios televisivos, contestó la llamada. Dijo tres veces «entiendo» y agradeciendo la llamada colgó. Fue hasta la nevera, abrió una cerveza y se sentó nuevamente junto a mi madre, sin dar indicio alguno de lo que había ocurrido. Solo yo, que con los ojos repletos de celos lo seguía, pude comprender que algo había pasado, intuyendo eso que más tarde, a la cena del día siguiente, mi padre resumiría con una breve frase:

«Se nos fue, el loco de Von Mühlfeld.»

Esa noche no comentó nada. Bebió su cerveza lentamente, mientras los comentaristas de la BBC intentaban explicar lo que ocurriría, ese paso magnífico, liviano y silencioso, mediante el cual Neil Armstrong nos regalaba un mundo. Ese instante que nos declaraba terriblemente modernos, herederos de un futuro abierto, pero que para mi padre estaría de ahora en adelante ligado a esa llamada en la cual una enfermera suiza le comunicaba la muerte del antropólogo. Entiendo, había repetido en tres ocasiones mi padre, y con esas breves palabras aceptaba lo que la enfermera le comentaba desde el otro lado de la línea: el hecho de que en los últimos meses, convencido de que su comida estaba envenenada, Von Mühlfeld se había negado a alimentarse, dejándose morir de hambre.

Pesaba treinta y tres kilos al momento de su muerte. Apenas dos kilos

más que yo, recuerdo haber pensado, mientras volvía a imaginar el monumental paso de Armstrong y recordaba un dato que habían mencionado los comentaristas: que en la Luna todo pesaba un sexto de lo normal. Hacía los cálculos y todo calzaba: mi peso, el peso de Von Mühlfeld moribundo y el peso de ese primer paso lunar. Todo quedaba envuelto en esa aritmética de la levedad que nos guiaba en direcciones opuestas: allí donde todos veían la ingravidez de las ilusiones y del futuro, mi padre sentía el peso de una historia que se negaba a dejarlo quieto. Una historia que quizá pensó terminaba esa misma noche, con Armstrong dando un solitario paso entre lo oscuro, pero cuyas réplicas comenzó a sentir apenas despertó la mañana siguiente. Esa noche no mencionó nada.

Se limitó a tomar sus cervezas con calma, a reír con nosotros y a celebrar durante esa larguísima noche, quizá pensando que con la muerte de Von Mühlfeld llegaba a su final esa cadena de historias y de fracasos que comenzaba con Bernhard Förster y terminaba con Juvenal Suárez, pasando a su vez por la temible biografía de Elisabeth Förster-Nietzsche. Un mundo que había estado al borde del colapso se miraba a sí mismo desde el espacio y sonreía para las cámaras. Un mundo que llegando al límite absoluto había decidido dar un paso más allá y que celebraba desde el espacio esa valiente decisión de dejarlo todo atrás y lanzarse al vacío. En esa madrugada magnífica del 21 de julio de 1969 nadie pensó en el pasado ni en el nazismo. Solo mi padre. Solo él, a medianoche, contempló la posibilidad de que con la muerte de Von Mühlfeld se cerrara un ciclo que comenzaba en Paraguay y terminaba en Zermatt, una suerte de espiral histórica que en la biografía del excéntrico hombre finalmente se miraba la cara y reducía a farsa lo que en un principio fue tragedia. Nietzsche, escribiría luego mi padre, había sido el primero. Von Mühlfeld sería el último. Después, tal vez, dejó de pensar. Cerveza en mano, le bastó contemplar la ligereza de Armstrong para saber que vivía en un mundo un paso más allá del final.

Dicen que los astronautas, después de largos y solitarios períodos en el espacio, tienden a sufrir de una enfermedad que los psicólogos llaman el síndrome del solipsismo. A su regreso a la Tierra, muchos dicen experimentar la sensación de que nada es real más allá de sus mentes. Las extensas estadías espaciales –sumadas a la delirante experiencia de ver el mundo reducido a una pequeña canica perdida en lo vasto– terminan por alienarlos del mundo. En los meses que siguieron a ese histórico 21 de julio, sentí que mi padre sufría de algo parecido a ese síndrome. Mientras todos seguían adelante con sus vidas, impulsados por la reciente conquista del vacío, él se retraía en sí mismo, acaracolado sobre un secreto que no compartía con nadie salvo con su diario, sin imaginar que a escondidas yo lo leería días más tarde. Solo así pude adivinar el mal que lo afligía y el luto que lo ocupaba desde la muerte de ese hombre que en apenas cinco

días había logrado convertirse en una suerte de maestro. Muerto Von Mühlfeld, mi padre había llegado a obsesionarse con la figura de Juvenal Suárez y con la historia de Nueva Germania. Atormentado por la escena que había presenciado en Zermatt, sentía que con la muerte del antropólogo y la destrucción de las cintas se relegaba al olvido aquel proyecto tal vez inútil pero magnífico al que Von Mühlfeld había dedicado sus días finales. Retomar la construcción del Diccionario, como solía llamarlo, llegó a convertirse por aquellos días en su gran obsesión. Más de una vez, en esos meses, lo vi sentado en el patio, whisky en mano, contemplando uno de esos larguísimos atardeceres del verano inglés, y supe que secretamente pensaba en aquellas tierras y en la figura de Juvenal Suárez perdido entre los pobres herederos de la locura de Elisabeth Förster-Nietzsche. En cada ocasión corrí a abrazarlo y a besarlo, temerosa de que decidiese algún día partir hacia esas tierras que se me antojaban más lejanas e ingrávidas que la misma Luna.

Poco pudieron mis besos. En agosto, mi padre anunció que pensaba viajar unos meses a América. Dos semanas más tarde, fuimos a despedirlo al aeropuerto de Heathrow y allí lo vimos abordar el avión que lo llevaría primero a Nueva York y luego a Brasil, desde donde abordaría el barco que terminaría por llevarlo hasta Paraguay. Hay una fotografía que lo retrata subiendo al avión, sonriendo para nosotros. La tomó mi madre con la Kodak instantánea. En ella se le ve alegre e ilusionado. Con la mano izquierda se despide, mientras que más lejos, en un cuadrante de la imagen que parece esconderse, la mano derecha carga el maletín oscuro con el que sostenía la grabadora que había comprado ese verano. Una Ampex 960, idéntica a la que había visto en Zermatt. Hacía apenas diez días, mi hermano y yo lo habíamos visto llegar cargando el maletín e intuimos que se trataba de algún tipo de juguete. No nos equivocábamos. En los próximos días lo vimos entretenerse con la grabadora y sospechamos que a través de aquella máquina mi padre volvía a ser el muchacho que habíamos conocido inicialmente. Un hombre que volvía a reír escuchando su voz distorsionada. Cierto optimismo marcó las semanas previas al viaje, cierta ilusión de que retomando el proyecto del difunto antropólogo sería capaz de revertir lo que ya parecía destinado a ser escrito bajo tintes trágicos.

Y así lo vimos partir, esperanzados de que el hombre que regresase a nosotros fuese un hombre nuevo, repleto de vida y energía. De aquellos meses recuerdo que a falta del diario donde leer confidencias, me tocó imaginar su travesía por tierras sureñas. De vez en cuando mi madre recibía algún telegrama, pero todo era mínimo, carente de los detalles que yo necesitaba para encandilar la imaginación. El telegrama apenas decía «Finalmente en Asunción, todo en orden. Cariños a Aliza y a Daniel», pero yo me encargaba de rellenar los espacios en blanco: imaginaba a mi padre

en esa ciudad de la que sabía tan poco, repitiendo sin querer los pasos que antes había trazado el propio Bernhard Förster en su trayecto fundador. Volvía a verlo atravesando, grabadora en mano, esos pantanos de los que había leído tanto, convencido de que sus pasos reivindicaban la locura de Von Mühlfeld. Lo veía finalmente en Nueva Germania, caminando entre las ruinas de ese pueblo que en un pasado había hospedado al propio Mengele, pero que ahora daba la bienvenida a un hombre llamado Yitzhak Abravanel: un judío que sin saberlo retomaba así su lugar dentro de ese pasado que mis abuelos tanto habían batallado por dejar atrás. En toda repetición se juegan las cartas de la justicia, diría por esos días mi abuelo, y yo, sin entender todavía lo que la frase implicaba, imaginaba que mi padre era secretamente un héroe. Bastaba simplemente esperar: un día él regresaría de aquellas tierras australes y lejanas y yo podría leer a escondidas la crónica de sus hazañas y de sus aventuras en ese pueblo en el que la herencia del nazismo finalmente se perdía entre las carcajadas del último de los Nataibo.

El hombre que regresó a los dos meses no parecía haber ganado experiencia alguna. Más callado que antes, mi padre había perdido esa confianza que tanto éxito le había dado. Titubeaba en sus ideas, tartamudeaba al hablar. Se asemejaba, en fin, a un hombre al que alguien de repente le hubiese removido el suelo firme. Empezó a pasar más tiempo en su estudio de Hampstead y a nosotros nos tocó acompañarlo desde lejos. Los paraguayos le comieron la lengua, decía mi abuelo, y tenía razón. Ensimismado, remoto, parecía haber envejecido una década. De todo aquello, recuerdo que lo que más me molestaba era la ausencia de entradas en el diario. A falta de historias, corría al diario en busca de explicaciones, pero no encontraba mucho. Apenas una página en la que se había limitado a anotar la famosa tesis de Von Mühlfeld –«En el pasaje de una cultura a otra siempre queda algo aunque no haya nadie allí para recordarlo»– y un puñado de fotos que me miraban mudas desde lejos.

En una de ella se vislumbraba un pastizal en el cual un ojo atento podía distinguir las siluetas de una gran casa en ruinas. Frente a ella alguien había colgado un rótulo en el que se leía: «Luisa N. De Förster.» Recuerdo que me tomó un tiempo reconocer que aquella Luisa no era sino Elisabeth y que la N que allí asomaba solitaria no era sino la N de Nietzsche. En aquellos prados poco importaba el nombre del filósofo. Solo valía el vigor de esa naturaleza que poco a poco amenazaba con tragarse el temible sueño ario que allí había comenzado. De los aires de grandeza que distinguían a la vieja mansión de Försterhof quedaba muy poco. Ni siquiera el piano apolillado puntuaba aquel paisaje, sobre el cual lo único que parecía moverse era un par de cerdos entre los naranjos. Ni siquiera la música de Wagner podía hacerle frente al testarudo paso del tiempo y a la inmisericordia de esas termitas que lo devoraban todo, hasta la voz de mi

propio padre.

Años más tarde, leyendo la serie de artículos que él luego publicó, comprendería la razón de sus silencios. Entendería que el hombre que regresó a Londres en el invierno de 1970 era un hombre que finalmente se había enfrentado cara a cara con los límites de su voluntad. Heredero de la opulencia, hijo de una década que se afanaba en negar el pasado, solo ahora parecía comprender que algunas historias se niegan a rendirse a nuestros deseos. Según leí, la figura de Juvenal Suárez que mi padre vio trazada sobre las calles de Nueva Germania resultó muy distinta de la que había esbozado Von Mühlfeld. Hundido en la ruinosa mansión de Tacuruty, rodeado por perros realengos, Juvenal Suárez había decidido pasar el resto de sus días en compañía del alcohol. Lejos quedaba la elegancia del hombre vestido de impecable lino negro que yo misma había visto en la foto que le había robado a mi padre. Borracho, se negaba a hablar en español, sumido como estaba en un monólogo infinito que solo él podía entender y cuya clave se negó a compartir, aun cuando mi padre desenfundó la grabadora y, poniéndola frente a él, le imploró retomar el proyecto que había comenzado el antropólogo. De todo aquello, de toda la cultura de los Nataibo, solo quedaría el monólogo imperioso y alcoholizado de un hombre empeñado en llevar la dignidad de los suyos hasta la sepultura.

Muchas veces, durante los años que siguieron a ese viaje, pensé que en esa voz se escondía la clave que algún día nos devolvería al padre que habíamos conocido de niños. Bajaba a escondidas al garaje donde él creía haber escondido la grabadora y presionando el botón de Play *me sentaba a escuchar la voz ronca de Juvenal Suárez. Más de una vez sentí que la furia que se concentraba en la diatriba de ese último hablante era precisamente mi furia, la soledad de una adolescente que poco a poco se sentía más lejana del mundo en el que había nacido, ese universo de lujos que por esos años comencé a dejar atrás, adentrándome en las esferas musicales del punk, que apenas comenzaba a surgir. Busqué allí, en los acordes estridentes y en los gritos, la clave que me ayudase a comprender la furia de esa voz que era mía sin serlo, hasta que cumplidos los diecisiete años comprendí que poco quedaba para mí en Inglaterra. Leí por esos días sobre la Revolución sandinista y algo en mí creyó reconocer en Nicaragua una escapatoria posible. Tomé mi cámara, convencí a una agencia de fotoperiodismo de que me diese la tarea de reportar el conflicto y a la semana les comenté a mis padres que no iría a Cambridge, sino a Managua. Poco importaron las quejas de mi madre. Tres semanas más tarde, un avión me llevaba camino a ese continente del que mi padre había regresado tan cambiado. Escondidos en mi mochila estaban los diarios y en ellos la larga historia de Nueva Germania, de Von Mühlfeld y de Juvenal Suárez. Se los había robado esa misma semana, a sabiendas de que, a pesar del odio que sentía contra ellos, algún día a todos nos toca afrontar*

nuestros miedos. Y así fue: no volví a abrirlos por años, hasta la tarde en la que un doctor me contó de la enfermedad que amenazaba con robarme el habla y yo volví a recordar la risa del último de los Nataibo.

Recostado contra la ventana del bus, Julio se distraía viendo la evolución del paisaje: esa particular progresión mediante la cual las coloridas montañas iniciales daban paso a los bosques de cardones, hasta llegar a los arbustos que puntuaban las cercanías de las Salinas.

–Les llaman tembladeras –le informó una joven local, antes de pasar a explicarle que muy pocos animales vivían en esos terrenos, pues la composición de la tierra hacía que los arbustos fuesen altamente venenosos–. A veces los perros, confundidos, se los comen y uno ve a los pobres temblar –añadió.

Sus palabras le ayudaban a entender la sensación que tenía desde que salió de Humahuaca: la impresión de que los cambios del paisaje imitaban los giros mediante los cuales el manuscrito de Aliza se movía poco a poco hacia el vacío. La intuición, pensó Julio, de que todo en aquella historia devenía lentamente en desierto. El estilo se despojaba gradualmente de sus barroquismos; la anécdota, de sus excesos; los personajes, de los lazos que los mantenían anclados en la sociedad. La aldea de los Nataibo se vaciaba de habitantes, Nueva Germania de sueños y Aliza de palabras, en una secuencia de imágenes que atravesaba décadas y continentes pero que terminaba por llevarlo hacia ese vacío absoluto que creía descubrir ahora que, pasadas las tembladeras, el bus finalmente se adentraba en las Salinas Grandes.

La planicie, perfectamente blanca, yacía frente a ellos exhibiendo una monotonía imperial. Por primera vez durante su estadía, Julio sintió un poco de miedo, mientras recordaba que era precisamente la blancura y no el tamaño lo que causaba el pavor de los marineros que perseguían a la gran ballena blanca en *Moby Dick*. Adentrándose en la llanura sin horizontes, temió que Aliza le hubiese regalado una ballena blanca, un punto fijo tras el cual se hallase la incandescencia de una pasión insensata.

–¡Parada! –escuchó que exclamaba el conductor, con una voz aguda que logró sacarlo de sus reflexiones.

Afuera, a unos cien metros, una estación de salitre rompía la constancia del paisaje. Dejándose llevar por la curiosidad, decidió bajarse allí, a sabiendas de que no era la parada que le correspondía y que tendría que agenciárselas luego para llegar hasta el pueblo de Sarapura. Apenas eran las ocho de la mañana. Ya tendría tiempo para pensar en alguna solución posible. Escondiéndose entre un grupo de turistas que allí se bajaba, aprovechó para perderse entre la multitud que pasaba a caminar entre lo que él hubiese pensado era una estación

olvidada.

–La temporada de extracción termina en noviembre, para evitar las lluvias –escuchó que decía el guía–. Por eso lo ven todo tan quieto.

Más que una estación parecía ser un pequeño pueblo fantasma. Recordó los *ghost towns* norteamericanos, pueblos mineros relegados al olvido por la industria, la ambición y la historia. Le chocaba ver cuán similar podía ser una estación todavía funcional a todo aquello. Una pequeña cabaña para resguardarse del frío, una iglesia improvisada hecha de piedra y un montón de maquinaria herrumbrosa marcaban el paisaje. Más allá, ubicó una serie perfectamente dispuesta de piletas rectangulares que le hicieron pensar en las esculturas geológicas de los *land artists*.

–De estas piletas se extrae el salitre –continuó el guía–, mientras pasaba a explicar el complejo proceso mediante el cual se producía la sal.

De todo lo que escuchó, solo le quedó la imagen de un procedimiento muy largo, en el que los obreros arriesgaban incluso la vista, asediados por el potente sol que azotaba la llanura.

–Le llaman *surumpio* cuando se cansan los ojos –añadió.

Esa mención al *surumpio* o *mal de las salinas* le hizo pensar en la paradójica semejanza que existía entre el proceso de cristalización y la producción de los negativos fotográficos. Evocó vagamente lo que su padre le había mencionado sobre los orígenes de la fotografía: esa anécdota sobre el rol tan central que la sal tuvo en el invento de William Fox Talbot. Creyó recordar que esas primeras imágenes se obtenían mediante una técnica llamada papel a la sal y ese recuerdo, en su discrepancia con la ceguera producida por el sol de las salinas, terminó por devolverlo hasta el retrato de Aliza que Olivia Walesi incluía en la carta en la que lo invitaba a Humahuaca. Se alegró al recordar cómo había considerado que todo aquello bien podía ser una escena en una de sus novelas y cómo, de serlo, alguien habría mencionado la conexión entre la sal y la fotografía. Se rió al pensar que, sin quererlo, la lectura del manuscrito de Aliza, o bien la repetición de su rutina, había terminado por acercarlo al mundo de su amiga. La imaginó caminando por el desierto blanco, junto a Clarke y a Sarapura, consciente de que poco a poco las palabras parecían evaporarse, paradójicamente regalándole la imagen del libro que había batallado por escribir por más de tres décadas. La escritura concebida como una suerte de escultura natural, labrada por la paciencia y el destino, se dijo Julio, mientras veía cómo a orillas de la carretera un par de locales montaban un puesto de ventas de souvenirs. Llamas talladas sobre sal virgen, piedras labradas con figuras arqueológicas. Pensando en el manuscrito de Aliza, se dijo que precisamente allí se hallaba la valentía de Juvenal Suárez: en su negativa a convertirse en

un mero objeto turístico, una entre los miles de piezas de exhibición que configuraban ese museo invisible cada vez más extenso que ahora, con el sol pegando inmisericorde contra la planicie, se desplegaba más allá del horizonte y sus espejismos.

La tarde en la que un grupo de doctores me informó de mi afasia, no pensé inmediatamente en Juvenal Suárez ni en Von Mühlfeld. Recordé, antes, la anécdota de aquel loco que desde su manicomio en Broadmoor había colaborado con miles de entradas en el proceso de construcción del Oxford English Dictionary. *No sé por qué, pero fue la historia de doctor William Minor la primera en llegar a mi mente. Víctima de un trauma que se remontaba a la guerra civil estadounidense, Minor había comenzado a perder la cordura. Luego de una breve estadía en un asilo norteamericano, había decidido trasladarse a Londres en un intento por escapar de los miedos que parecían acosarlo: juraba ver, por las noches, una multitud de hombres que lo perseguían, intentando cobrar venganza por un remoto crimen de guerra. Sería esa la paranoia que años más tarde lo llevaría a asesinar a un hombre inocente y terminaría por internarlo de por vida en el manicomio inglés desde el cual, tranquilo y rodeado por libros, se convertiría en uno de los protagonistas claves en la elaboración de esa titánica empresa. No sé por qué, pero mientras los doctores intentaban explicarme qué significaba mi enfermedad, yo pensé en William Minor y algo en mí, optimista y en conflicto, se dijo que solo aquel que ha perdido la inmediatez y la transparencia del lenguaje es capaz de finalmente verlo en su opacidad, testarudo, exacto y duro como una piedra. Recordé también la imagen de Lenin, el gran orador, mudo y paralítico al final de su vida, en un gesto que imitaba sin saberlo la mudez que marcó los años finales de Émile Benveniste, el maestro de la lingüística. Pensé en los niños, en su infancia repleta de sonidos mágicos, incapaces de regresar de adultos a ese paraíso de sonidos libres. Convencida de que toda pérdida esconde cierta ganancia, recordé la historia del diccionario de Juvenal Suárez, esa aventura serpentina que había batallado por contar por más de una década.*

Volví a abrir, por primera vez en años, los diarios. Esos diarios que por largo tiempo había negado con la misma furia ciega con la que antes había negado mi lengua, convencida de que la libertad comenzaba por el desecho de todo pasado y de toda herencia. Me limité, en esas primeras semanas, a leer fragmentos dispersos, mientras sentía como regresaba a mí, convertida en puño, la conciencia de la niña que había sido: los largos atardeceres en Hampstead, la imagen escurridiza de mi madre, los olores del garaje en el que mi padre decidió guardar la grabadora una vez comprendió que retomar el proyecto de Von Mühlfeld resultaba imposible. Repasé ese inventario de recuerdos y sentí nostalgia por aquellos veranos lluviosos y por la figura de ese hombre que con treinta años de antelación había

escrito dos líneas que ahora se volvían proféticas, augurio de ese mal que me robaba el idioma de a poquito. Leí esa frase que dice:

– el teatro de una voz en batalla con la historia,
los silencios de una lengua en lucha con su olvido.

Y supe que la hora había llegado para calladamente retomar el proyecto de Von Mühlfeld. No me detuve allí. Seguí pasando las amarillentas páginas hasta que vi caer, entre ellas, la fotografía que los ubica a los dos, al antropólogo y a Juvenal Suárez, frente al piano decrépito de Elisabeth FörsterNietzsche. Esa fotografía que los retrata como lo que fueron: una pareja inusual, unida por la soledad, la excentricidad y la obsesión. Me dije que la última novela de la tetralogía comenzaría así: discutiendo la singularidad de esa imagen en la que queda condensada la triste aventura que en estas páginas he intentado relatar. Ese relato que se cerraba circularmente y acababa conmigo afrontando la mirada de ese hombre en el que mi padre había puesto todas sus esperanzas, a sabiendas de que la suya era una empresa condenada al fracaso. Juvenal Suárez, comprendí, era mi opuesto idéntico. Allí donde a él le sobraban las palabras pero le faltaba el mundo que esas palabras describían, a mí empezaban a fallarme las palabras de un mundo que aun así seguía allí. Fue entonces cuando imaginé la escritura de esta novela como una simple excusa para adentrarme en el único proyecto que me importaba: la escritura de ese Diccionario *bajo el cual enterrar, a modo de secreto o de idioma privado, la verdad detrás de mi melancolía*.

Cuando falle la lengua quedarán las citas:

«Cada vez con más frecuencia me sorprendo repitiendo frases inanes, pedacitos de parlamentos semiolvidados, frases absurdas derivadas de lugares comunes que me han quedado en la memoria, o de canciones que recuerdo vagamente, o de palabras que mi hermana y yo inventábamos de chicas y en las que se combinan los idiomas que sabíamos y aquellos de los cuales apenas teníamos idea, o citas de textos aprendidos de memoria [...] *todo esto en una seguidilla que repito cuando estoy sola como para hablar conmigo, y que no quisiera que nadie escuchara, creerían que estoy perdiendo la razón* [...]. *Pienso también en mi amiga que ha perdido la memoria y que emite, de vez en cuando, en voz ronquísima porque es como si se hubiera olvidado de hablar, palabras absurdas que dependen de la pura rima,* cuchi cuchi, *y cosas por el estilo* [...]. *Me pregunto cuál será la lengua de mi senilidad...»*

Sylvia Molloy, Vivir entre lenguas

Desde el sofá en el que estaba sentado se podía ver tras la ventana una frase cincelada sobre la montaña. Julio miró hacia fuera y leyó: «Bienvenido a S. A. de los Cobres.»

El taxista que lo llevó hasta la villa minera se había encargado de contarle la historia del pueblo: la predominancia del cobre entre las serranías que lo rodeaban, los peligrosos niveles de arsénico, el *tren a las nubes* que conectaba la puna argentina con la puna chilena, atravesando en su camino, a más de cuatro mil metros de altura, la cordillera de los Andes. Julio se imaginó un tren traspasando las nubes y la imagen le hizo revivir esos instantes de absoluta ingravidez que suceden al despegar el avión, cuando este finalmente alcanza la altura de las nubes y se atreve a dejarlas atrás. Minutos más tarde, cuando girando a la derecha finalmente vieron emerger la serranía y él divisó los rieles del famoso tren, le sorprendió ver que las nubes parecían más cargadas y oscuras de lo que hubiese imaginado. A los pies de la montaña reconoció las siluetas del pueblo en el que se hallaba. Un centenar de casas idénticas puntuaban el paisaje desértico, en un efecto serial que le recordó a las piletas de las salinas. Tras su monotonía se podía distinguir el gran edificio de techo verde que, según sospechó, pertenecía a la misma compañía minera que tan precisamente había dispuesto las casas.

Entre las calles vio correr impávidos a un puñado de niños, mientras desde las aceras los viejos lo miraban con recelo.

–¿Saben por dónde puedo encontrar a Raúl Sarapura? –le preguntó a un par que encontró sentados a las afueras de una pulpería.

–Aquella calle paralela, el 34 –respondió uno de ellos.

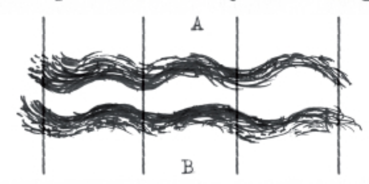
Momentos después, al tocar a la puerta de la casa indicada, sintió que sus golpes interrumpían la atmósfera de letargo que atravesaba el pueblo. Al tercer golpe, cuando ya comenzaba a pensar que se había equivocado, un hombre moreno de imponente bigote negro le abrió la puerta como si lo conociese. Llevaba una gorra azul, sobre la cual aparecía el logo de una compañía extranjera. Temiendo haberlo interrumpido, convencido de que el hombre se aprestaba a salir hacia alguna parte, Julio se disponía a presentarse cuando le sorprendió escuchar la invitación a entrar. Apenas logró balbucear su nombre, cuando vio cómo Sarapura se perdía entre los pasillos de la pequeña casa y regresaba con las bombas de mate llenas y un cigarrillo entre los labios.

Era precisamente esa la sensación que volvía a envolverlo ahora que

su anfitrión retomaba su relato: la intuición de que ese hombre había esperado, pacientemente, su llegada.

–Así que vos conociste a Aliza antes de todo –escuchó que decía con una voz ronca y pausada.

Julio dejó de mirar por la ventana y volvió a Sarapura, no sin antes contemplar de pasada la fotografía que había reconocido minutos atrás: un retrato en el que Sarapura aparecía junto a Aliza y al galgo sonriendo en pleno salar. La había ubicado tan pronto entró a la casa, pero prefirió no mencionar nada. Se limitó a presentarse, temeroso de ser tomado por loco. Le sorprendió la naturalidad con la que el hombre lo instaba a pasar, invitándolo a sentarse, antes de convidarlo al mate que ahora bebía. Minutos después, más relajado, Julio se permitió desviar la mirada, hasta toparse nuevamente con la fotografía. Más que la imagen, fue el pequeño dibujo que la acompañaba lo que le había atrapado.



«El truco sería entonces aprender a pasar de una orilla del río a la otra, sin dejar de hablar.» La sugerencia, un tanto disparatada, un tanto chistosa, de que todo el proyecto se redujese a un insólito ejercicio de buceo, le hizo sonreír. Al margen de las tonalidades más trágicas de aquella historia, se ubicaba la risa de Juvenal Suárez, las menciones a los viajes de Julio Verne y a los juegos de la infancia. Un relato subterráneo, escrito a contracorriente, el sentido del cual quedaba cristalizado en las sonrisas con las que Raúl Sarapura y Aliza Abravanel posaban para la cámara en esa fotografía que los ubicaba entre las salinas, como si se tratase de una versión ingrávida y simpática de esa foto en la que Juvenal Suárez y Karl-Heinz von Mühlfeld posaban frente al piano de Elisabeth Förster-Nietzsche. Una sensación de ligereza que ganaba resonancia contra el telón de fondo dispuesto por el tono cotidiano y objetivo, algunos dirían que hasta desentendido, con el que Sarapura narraba la cronología y los detalles de la configuración de eso que él llamaba el *Diccionario,* como si

hubiese estado claro, desde el puro principio, que la única importancia del manuscrito de *Un idioma privado* era guiarlo hasta aquella casa y hasta aquel proyecto. Mirando nuevamente la imagen del río, leyendo la frase extrañamente lúcida, Julio se dijo que Aliza tenía razón: la apuesta de su proyecto era una apuesta por la levedad. La destilación del idioma hasta su esencia, para desde allí empezar a reconstruirlo. Bastaba relajarse, ceder ante la corriente del lenguaje y dejarse llevar por esas mismas aguas que habían terminado por depositarlo en esta pequeña casa de San Antonio de los Cobres, desde la cual Sarapura continuaba explicándole, con total parsimonia, la génesis del último proyecto de Aliza Abravanel.

–Sí, la conozco mucho antes de los libros –respondió Julio–. Pero vos también la conocés desde hace rato, ¿no? –añadió.

–Sí, desde aquel viaje –dijo Sarapura, antes de explicarse.

En los años ochenta, su padre había sido el guía de Aliza en sus viajes por la región, y tal vez por eso había sido a él a quien la escritora contactó tan pronto decidió que pasaría sus últimos años en el desierto. Por esos años su padre andaba trabajando en las salinas, por lo cual decidió delegar en él el pedido de Abravanel. Comenzó así una relación que al cabo de los años devendría en colaboración, pero que en un principio estuvo marcada por las más mundanas de las tareas. En esos primeros días, antes de la llegada de Walesi y Escobar a Humahuaca, Sarapura la ayudaba en las labores más básicas: con la compra de alimentos, con los arreglos de la casa, con el transporte al pueblo y de regreso. Poco a poco empezó a tomarle cariño.

–La vi riñendo contra las palabras que no le llegaban y me interesé por su condición –dijo–. Pasaba las noches leyendo sobre las distintas terapias disponibles, memorizando estrategias que después intentaba utilizar con ella –agregó.

Por esos días Aliza luchaba sin éxito por comenzar el último libro de la tetralogía: esa novela que, bajo el título de *Los estratos*, correspondería al elemento de la tierra en su ciclo de novelas ecológicas. Más de una vez, durante aquella época, fue testigo de su frustración ante ese proyecto que parecía sobrepasarla. Conmovido, decidió tomar en serio el asunto de las terapias, seguro de que con su ayuda Aliza podría mejorar.

–No recuerdo en dónde, pero en algún lugar leí de una terapia lingüística basada en asociaciones musicales y recordé que cuando primero la conocí ella mencionó su afición al piano, así que le propuse que lo intentáramos.

Para su sorpresa, tras las quejas iniciales, Aliza aceptó. Y así, por más de dos años, se habían sentado junto al piano del pueblo, buscando reconstruir a base de ritmos los puentes que la enfermedad borraba. Poco podía saber que esa misma terapia sería la que les

abriría el camino hacia la futura concepción y confección del diccionario.

Sobrecogido, Julio lo dejaba hablar, mientras empezaba a apreciar cómo, a pesar del minimalismo que caracterizaba la casa, se encontraban en ella claros signos de la amistad entre Sarapura y Abravanel. En unos estantes cercanos a la cocina, junto a un estéreo y a una pila de viejos CD, logró ubicar una serie de libros que supuso habían pertenecido a Aliza. Antiguas ediciones de Onetti, de Woolf, de Faulkner, de Bernhard. En los instantes en los que Sarapura, disculpándose, volvía a perderse en la cocina para revolver la sopa que preparaba, había llegado incluso a distinguir, entre el montón de libros allí presentes, una copia en español de *Bajo el volcán*.

–Por esos días ella empezó a incluirme en sus tentativas de escritura –comentó Sarapura mientras encendía un cigarrillo.

Inicialmente, su aporte fue menor: el recuerdo de alguna palabra olvidada o la sugerencia de algún sinónimo dentro del proceso de redacción de lo que sería *Los estratos*. Paulatinamente, Aliza empezó a incluirlo en todo, tal vez consciente de que su estado requería una suerte de escritura a cuatro manos. Fue en una de esas tardes, mientras revisaba el archivo de la escritora en búsqueda de un cuento que esta le había pedido, cuando encontró la carpeta en la que aparecía garabateada, a modo de título tentativo, una frase que le sonó extraña: *Diccionario de la pérdida*. Abrumado por la curiosidad, la abrió, y al empezar a leer le sorprendió encontrar lo que parecía ser una suerte de alegoría sobre la pérdida del lenguaje. Confundido, convencido de que la escritora no estaba en condición para haber escrito esas páginas, las guardó.

–Esa semana me la pasé callado, intentando entender lo que había leído.

Diez días más tarde, cuando volvió a husmear, esta vez a escondidas, en el archivo, comprendió que aquellas páginas parecían haber sido escritas antes de la llegada de Abravanel a Humahuaca.

–Antes de la afasia –recalcó.

Impresionado por su carácter inexplicablemente premonitorio, decidió llevárselas a casa. Fue allí donde, tras terminar de leer el insólito relato, convencido de su carácter autobiográfico y verídico, decidió comentarle a Aliza su hallazgo.

–Al principio no me quiso decir nada –explicó Sarapura.

–¿Y cómo lograste que aceptara? –preguntó Julio.

–Poco a poco, con paciencia.

En esas semanas iniciales, Abravanel se negó a reconocerse en aquellas páginas. Continuaron las terapias y las tentativas de avanzar en la escritura de *Los estratos*, hasta que quedó claro que la

elaboración del proyecto excedía los límites impuestos por la enfermedad. Fue por esa época cuando, tal vez reconsiderando su situación, la escritora decidió regresar sobre su vieja tentativa. Debió de haber sido por aquellos meses cuando Aliza comenzó a imaginar el objetivo que terminaría por ocuparlos. En los meses fríos, ventosos y secos del invierno desértico, comprendió que, más que un último esfuerzo, aquel proyecto requería una nueva estrategia. Se entregó entonces al proyecto que ocuparía sus días finales.

–Ese diccionario que te ha costado ya un viaje y que te ganará un chapuzón si no me apuro con el locro –remató Sarapura.

Viéndolo caminar hacia la cocina, Julio se aventuró a mirar por las ventanas que lo rodeaban. Sarapura tenía razón: las horas habían terminado por ennegrecer el cielo. A lo lejos, los rieles del tren a las nubes jugaban a perderse entre lo oscuro, como si esperasen la llegada de un famoso equilibrista. Ya era hora de partir, pensó, mientras veía cómo Sarapura regresaba con dos sopas y lo que parecía ser un libro bajo el brazo. Comprendió que ya era tarde para excusas cuando vio cómo su contertuliano colocaba sobre la mesa una vieja carpeta en la que se leía: «Diccionario de la pérdida.» Puesto así, el manuscrito se veía sencillo, casi ramplón: el rústico proyecto de algún muchacho de escuela primaria. Pocos hubiesen podido imaginar que se trataba de la culminación de las complejas y barrocas cuartillas que él había empezado a leer días atrás. Sin explicar mucho, Sarapura abrió el cuaderno hasta que de entre sus páginas cayó un papel solitario en el que aparecía escrito: «Para Julio Gamboa, quien sabrá encontrar el camino que lleva a estas páginas.» Julio se sorprendió al descubrir que la caligrafía era distinta, más redonda y serena que los trazos que siempre caracterizaron la letra de Aliza. Lo que escuchó a continuación despejó sus dudas. Mientras le daba sorbos a la sopa, Sarapura pasó a contar cómo él, una vez concebida la escritura coral del proyecto, se había entregado al estudio de la obra de Abravanel, en un intento por asegurarse de que el manuscrito mantuviese la unidad de estilo.

–Algo así como los arreglos de piano para cuatro manos –explicó.

Pasó un par de años intentando encontrarse a sí mismo en la voz de Abravanel, copiando de memoria y luego borrando extensos fragmentos del manuscrito, hasta que una tarde, sentado en un bar, creyó entender el pulso de esa voz que lo acompañaría en la elaboración del texto que Julio tenía entre manos. Con el miedo de encontrarse en el cuaderno, Julio prefirió mantenerse fiel a la intuición que le decía que era hora de partir. Ya tendría tiempo en los días venideros para acercarse al cuaderno.

–Siento la partida tan abrupta –dijo Julio–, pero me toca atravesar

las salinas en pleno aguacero.

–Tenés razón, las lluvias de verano no perdonan –contestó Sarapura, dándole una palmada en el hombro.

Despidiéndose de él, Julio pensó que era extraño que su nombre no apareciese en la portada del cuaderno y que no pidiese ser incluido en lo más mínimo. Lo imaginó unos meses más tarde, de vuelta al trabajo en esas salinas que agotaban los ojos y quebraban la espalda. Ya de salida, volvió a mirar la foto que lo ubicaba junto a Aliza, sonrientes sobre la llanura blanca. Mirando las nubes oscuras que cubrían la cordillera, sonrió al pensar que Aliza tenía razón: el truco yacía en aprender a pasar de una orilla a la otra sin dejar de hablar. Con el aguacero inminente, se despidió y se disponía a caminar hasta la estación de micros cuando divisó a lo lejos un taxi.

5

En su trayecto de vuelta a Humahuaca, Julio recordó una frase sencilla de Sarapura que había esbozado como una suerte de conjetura: «Solo aquel que se sabe condenado puede ver con nitidez el camino de la salvación.» Perdido como estaba en el relato de la confección del diccionario, no le hizo caso. Ahora, sentado en el taxi que se abría paso entre el aguacero, revaloraba lo dicho. Sarapura tenía razón. Pensó en Kafka, imaginando parábolas de la salvación imposible mientras en torno de él crecían, todavía calladas, las futuras fuerzas del nazismo. Pensó en Proust, asmático, escribiendo desde la cama oraciones con un aliento perfecto. Pensó en el propio Nietzsche, firmando sus diatribas desde los márgenes de la locura. Pensó, por fin, en Aliza, a quien la enfermedad y el destino le habían deparado encontrar justo al final el lente desde el cual entender su historia familiar. Recordó particularmente las páginas finales de *Un idioma privado*, en las que Aliza, tal vez consciente de que la voz propia se desvanecía, decidía apoyarse en voces ajenas. Citas ubicadas a modo de collage entre las páginas, como si se tratase de ruinas a partir de las cuales imaginar las siluetas de un mosaico todavía irreconocible.

Algo parecido había visto en las páginas del diccionario que Sarapura recién le había mostrado: un coctel de fotografías, objetos encontrados, definiciones y pequeños fragmentos que le hicieron pensar en los haikus que su abuelo le hacía memorizar de niño. Contrario a esos cuadernos infantiles, a los que se acercaba con ingenuidad y regocijo, algo le hacía poner a un lado el cuaderno recién hallado. Testigo de la manta gris que cubría las salinas, Julio recordó la obra en construcción con la que Walesi y Escobar pretendían rendir homenaje a la memoria de la escritora: ese mapa trazado en tiza blanca sobre las arideces del desierto, cuyos contornos las lluvias estarían disolviendo en ese instante. Sintió inicialmente pena por los dos artistas. Tantos meses de esfuerzos para ver cómo la naturaleza se tragaba su obra. Una segunda reflexión le hizo pensar que aquella era su perfecta culminación. La naturaleza retomando su lugar entre los laberintos de la cultura, adentrándose gradualmente entre sus pasillos hasta imponer su voluntad.

Seguía lloviendo cuando llegó a Humahuaca. El pueblo, desprovisto de los artesanos que solían puntuar el paisaje, parecía más triste y solitario. Repentinamente locuaz, apuntando a una escuela cercana, el taxista pasó a comentar los múltiples viajes que Eva Perón hizo por la

región a principios de los años cincuenta, de los cuales quedaban a modo de evidencia una docena de colegios medio vacíos. Julio lo dejó hablar, feliz de regresar a casa tras un largo día. Recordó cómo esa misma madrugada había creído ver, centelleante, un punto fijo en plena noche y cómo había sido aquella ilusión la que lo había forzado a partir en busca de Sarapura. Ahora regresaba, con el diccionario a cuestas y la sensación de haber descubierto el enigma detrás del manuscrito. Viendo surgir, tras la cortina de lluvia, las casas de la comuna, se preparó para referir sus hallazgos a Olivia Walesi, pero le sorprendió encontrar a Clarke tirado en el piso y la casa en absoluto silencio. Aliviado, dejó caer el diccionario sobre el escritorio y se tiró en la cama junto al perro. Cuando minutos más tarde finalmente escuchó que alguien abría la puerta, prefirió hacerse el dormido. Ya tendría tiempo para descifrar su viaje a las Salinas Grandes.

Más tarde solo quedaría la risa. La resonancia de esa risa que al principio creyó era llanto, luego sollozo, luego alarido o suspiro, pero que supo reconocer como lo que realmente era cuando finalmente se atrevió a dejar la mesa con la partida de ajedrez a medias y adentrándose en los pasillos, persiguiendo los ecos de aquel rumor anárquico, terminó por toparse con una puerta entreabierta tras la cual vio la escena que más tarde relataría: el cuarto perfectamente blanco excepto por un reloj de mesa y junto al reloj la enfermera intentando calmar al antropólogo, mientras sus ojos, irreconocibles, miraban riendo el amasijo de cintas que había dispuesto a través del cuarto a modo de enorme e infantil telaraña. Ese embrollo de cinta vuelta inútil en la que mi padre supo reconocer el final de la historia que ese hombre le había contado por los pasados cinco días. Una historia de la que se había sentido brevemente heredero, que terminaba abruptamente, al ritmo con el que la enfermera calmaba al paciente, mientras a su lado, apoyada sobre la puerta, otra enfermera más joven de pelo rojizo miraba la escena y tal vez por nerviosismo, inmadurez o mero contagio pasaba a reír.

Bastaría decir:

«Un escritor es algo extraño. Es una contradicción y también un sinsentido. Escribir también es no hablar. Es callarse. Es aullar sin ruido. Un escritor es alguien que descansa con frecuencia, escucha mucho. No habla mucho porque es imposible hablar a alguien de un libro que se ha escrito y sobre todo de un libro que se está escribiendo.»

Marguerite Duras, Escribir

Escribir es, a veces, hablar en silencio.

Sentado en el avión que lo devolvería a Buenos Aires, sintió primero la fuerza de la gravedad marcando el despegue, seguido por ese instante, agraciado, en el que llegando al cielo el avión ganó finalmente postura y todo se volvió liviano e ingrávido como las mismas nubes. Solo entonces se permitió pensar en Raúl Sarapura. Lo imaginó en uno de sus momentos de tedio, sentado en una mecedora tomando mate, mirando con ojos perdidos hacia esa serranía sobre la cual de vez en cuando se veía despuntar el célebre tren. Lo adivinó más relajado, consciente de que el secreto de Aliza Abravanel ya andaba lejos y de que su función de guardián llegaba a su fin. Sintiendo el peso de la responsabilidad recién heredada, Julio abrió su mochila. Removió los calcetines y las camisas hasta que encontró, entre el reguero de cosas que lo habían acompañado durante los pasados días, el espacio preciso en el que había ubicado con cautela los dos manuscritos que cargaba a cuestas.

Segunda parte
Diccionario de la pérdida

Leías diccionarios como otros leen novelas. Cada entrada es un personaje, decías, que uno puede volver a encontrar bajo otra rúbrica. Las tramas, múltiples, se construyen a lo largo de una lectura aleatoria. Según el orden, la historia cambia. Un diccionario se parece más al mundo que una novela, pues el mundo no es una secuencia de acciones, sino una constelación de cosas percibidas.

ÉDOUARD LEVÉ, *Suicidio*

1

La madrugada era isla y refugio. El zorro había vuelto a desaparecer, dejando la calle al inclemente cuidado de la tormenta. Julio constató su ausencia antes de regresar al rostro que lo intimaba desde la pantalla. A media luz, como si la fotografía hubiese sido tomada al filo de la tarde, los ojos cansados de un hombre de perfil cobrizo trazaban la ilusión de un destino. Creyó distinguir, en esa mirada esquiva, el sentido que había perseguido infructuosamente por los pasados días. Al pie de la foto se leía: «Juan de Paz Raymundo en su Teatro de la Memoria, Amajchel, Guatemala.» Reconoció la localidad con la alegría de quien comienza a vincular claves, pero en vez de delinear de inmediato su hallazgo, prefirió regresar al rostro: sin ser tímido, algo en él parecía retraerse. Tras la ventana, envuelta en un manto blanco, la madrugada imitaba ese doble gesto de entrega y de ocultamiento.

Muchas veces, a través de los años, el sofá le había servido de resguardo. En más de una noche de insomnio había ido a tirarse allí, de cara a ese ventanal tras el cual podía divisar esa calle que conocía tan bien. Cierta tranquilidad y cierta paz inundaban la casa a esas horas tempranas, cierta lucidez que más tarde el bullicio del día a día se encargaba de sepultar. Sin despertarla, besaba a Marie-Hélène, tomaba un libro e iba a recostarse en ese sillón desde el cual había aprendido a mirar la madrugada con ojos de búho, atento a las escenas mínimas que se esconden tras la monotonía de la noche a oscuras: ocasionales clamores de jóvenes borrachos, el vaivén de los animales nocturnos, siluetas de otros insomnes iluminadas a contraluz. Historias nimias, en búsqueda de un testigo paciente y atento. Se sentaba allí, al amparo de una pequeña luz, y se entregaba a la lectura hasta sentir que el universo del libro se confundía lentamente con el mundo tras la ventana.

Usualmente un grito de su esposa lo invitaba de vuelta al cuarto. Hoy, en cambio, había sido el recuerdo de su voz lo que terminó por despertarlo del todo.

–Amajchel –creyó escucharla decir.

Inútilmente, giró su cuerpo buscándola, pero los pliegues fríos de las sábanas terminaron por confirmar lo que ya sabía: que su esposa andaba lejos y que aquella expresión solo hacía resonancia de las páginas que había estado leyendo esa misma tarde. Desde su regreso la casa entera se había convertido en una cámara de ecos, entre cuyas

paredes la voz de Marie-Hélène jugaba a confundirse con la de Aliza. Sin evocarlas, le llegaban voces, frases y expresiones a medio formar, construyendo ese furtivo diálogo que ahora sentía infiltrarse hasta en sus sueños.

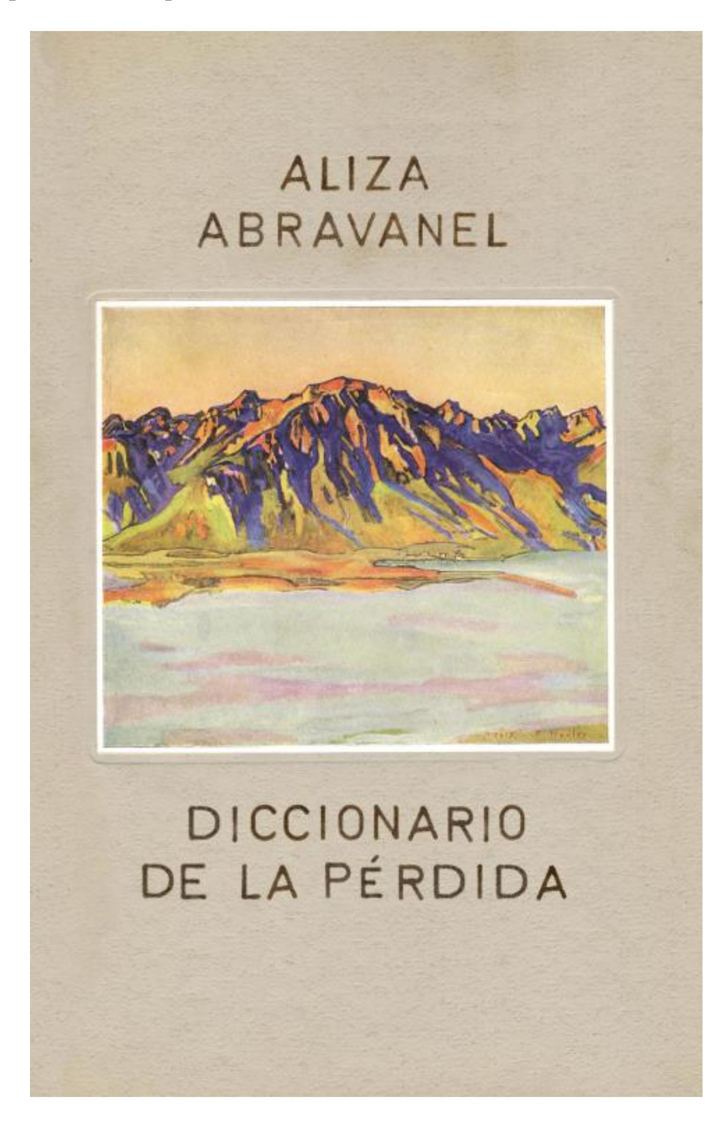
Insomne, había tomado en la mano los manuscritos de Aliza y fue a sentarse en el sofá. Afuera, la tormenta de nieve, que apenas había comenzado llegada la tarde, amenazaba con borrar el paisaje. Cubierta de blanco, la calle se asemejaba a las desérticas salinas que recién había dejado atrás. Más allá del viento que zarandeaba los copos, poco se movía entre todo aquello. Aun así, bien adiestrado, su ojo logró distinguir los contornos de un zorro solitario que afrontaba la tempestad sin temor. Lo reconoció de inmediato: había aparecido de la nada a su regreso de Humahuaca, usualmente acompañado por dos zorros más pequeños. Solía verlos por las tardes, merodeando los predios del jardín de su vecino, buscando comida por los botes de basura o protegiéndose de la lluvia bajo el techo del garaje.

–Te comportas como un perro –había dicho MarieHélène.

La evocación de la frase sobre la casa vacía acentuaba las diferencias entre aquellos zorros y el perrito tembloroso que dos semanas atrás lo había mirado desde la jaula. Tal vez el truco estaba allí: en aprender a pasar de la domesticidad al nomadismo. Hoy los dos zorros más pequeños se habían esfumado, dejando a su líder a la intemperie, aislado y expuesto como un tenaz explorador ártico. Acompañado por ese animal en cuyos vaivenes deseaba reconocerse, había retomado la lectura. Leía algunas entradas y luego se distraía mirando por la ventana. Constataba el itinerario del zorro, el avance de la tormenta y la desaparición de esos trineos y Santa Clauses que ya mismo comenzarían su camino hacia el desuso.

Ahora, sin embargo, el zorro había vuelto a desaparecer. Julio lo buscó entre la ventisca, allí donde lo había ubicado antes: no estaba ni en las escalinatas de la casa del vecino, ni en el garaje, ni junto a los autos. Sobre el paisaje absolutamente desierto, la tormenta reinaba sin pausas. La nieve se había tragado la noche, abriéndole el camino hacia la revelación que recién creía tener. Sin poder compartir el hallazgo con nadie, regresó a la pantalla. Allí estaban: los ojos color azabache seguían confrontándolo desde lejos, envueltos en un aura de lucidez que le recordó a Aliza. «Juan de Paz Raymundo en su Teatro de la Memoria, Amajchel, Guatemala», volvió a leer el pie de foto. Tomó en la mano el *Diccionario de la pérdida* y lo hojeó hasta llegar a la letra M. Allí pudo leer: «Sí: soy la muda que vive en el teatro de la memoria de Giulio Camillo.» Un poco más abajo encontró la línea que buscaba: «Recuerdo la mirada muda de Juan de Paz Raymundo.» En la semana pasada había leído la frase decenas de veces, pero solo ahora

comprendía su importancia.



2

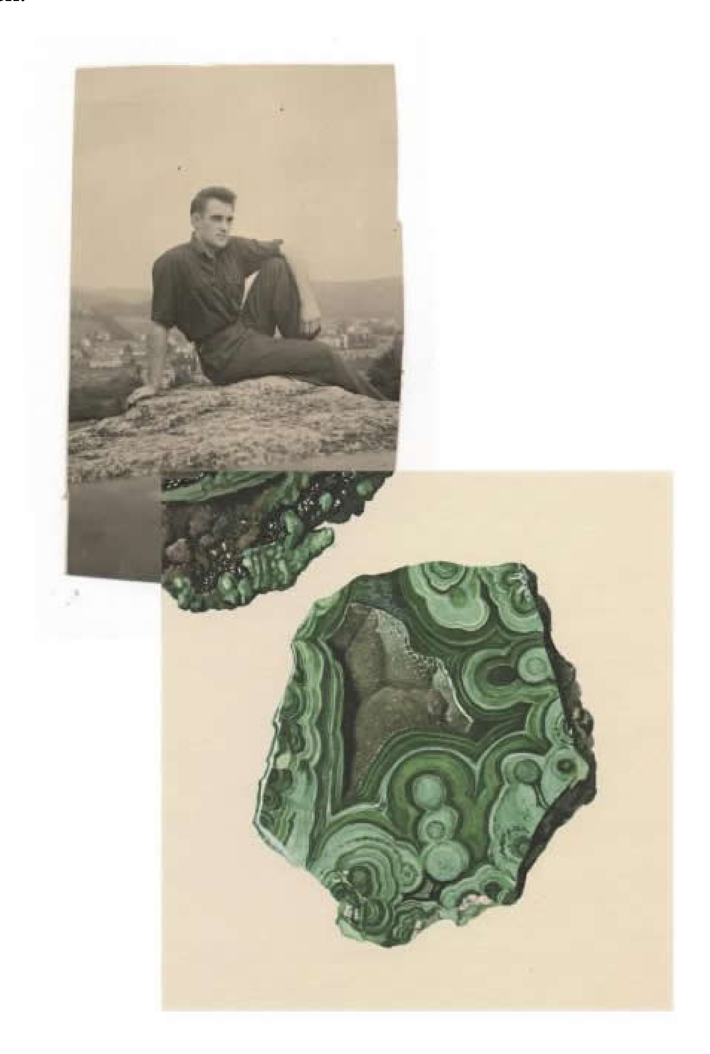
No había sido fácil llegar hasta allí. En un principio el camino que conducía de *Un idioma privado* al *Diccionario de la pérdida* le pareció tan distante, intrincado y remoto como aquel que lo hubiese llevado de Humahuaca hasta Amajchel. Regresó a Cincinnati justo a punto de comenzar la Nochebuena, solo para encontrarse con la casa vacía y el árbol de Navidad amarillento. Había olvidado tirarlo, por más que Marie-Hélène así se lo pidió, como si muy en el fondo albergase la esperanza de encontrarla a su regreso.

–¿De vuelta a la familia? –le había preguntado el taxista.

Y él, avergonzado, asintió en silencio, mientras por la ventana veía surgir las herrumbrosas siluetas de Gary Works, la planta acerera que, con sus vapores y altos hornos, le hicieron pensar en San Antonio de los Cobres y en Raúl Sarapura. Luego, las ruinas industriales dieron paso a los suburbios que conocía tan bien y comprendió que lejos quedaba Humahuaca, con sus comunas artísticas y sus fiestas al aire libre. El árbol de Navidad, seco pero perfectamente decorado, terminó por darle la bienvenida.

En un intento por distraerse, comenzó por esos días a pasar varias horas en la oficina. Salía de la casa temprano, poco antes de que saliese el sol. Le gustaba toparse con el amanecer conforme llegaba al campus vacío de estudiantes y repleto de nieve. Llegaba a la oficina, colaba el café y dedicaba las próximas horas a leer al azar algunas páginas del manuscrito de *Un idioma privado* y a buscar información sobre los Nataibo y sobre Von Mühlfeld, sobre Abravanel y sobre Juvenal Suárez. Cuando se cansaba, sacaba el diccionario y lo ponía sobre la mesa. Le enternecía observar su sencilla tapa de encanto casi escolar, sobre la cual Aliza había trazado su nombre en torno a un dibujo de las coloridas serranías que acababa de dejar atrás. Lo abría y ojeaba el collage de imágenes que serpentinamente ilustraba las entradas: viejos ficheros escritos a máquina, dibujos infantiles y sellos postales, documentos de archivo que remitían al mundo de la ecología mineral, antiguas fotografías rotas o manchadas en las que Julio la buscó a ella sin éxito. Sin prisa, se entregaba al gusto de reconocer allí estampas de las historias que recién había leído, con la espontaneidad de aquel que recuerda, más que las tramas, las portadas. Llegadas las cinco de la tarde cerraba la oficina y caminaba de vuelta a casa, consciente de que al abrir la puerta los restos de su pelea con Marie-

Hélène le saldrían al paso: la maceta rota, la tierra desperdigada sobre los azulejos, la maleta a medio hacer. Negarse a limpiarlo era su forma de aceptar que el problema seguía allí, aun cuando todo pareciese en orden.



De aquellas lecturas iniciales, una imagen en particular llamó su atención. Un retrato en blanco y negro en el que aparecía un hombre apuesto, posando sobre una roca, mientras sobre la lejanía se vislumbraba un puñado de casas. La fotografía le hizo pensar en Elvis. Esa referencia, que ubicaba la foto en los años sesenta, le sugirió que el que allí posaba era el padre de Aliza. Una segunda coincidencia le convenció de que tenía razón. Superpuesto sobre la imagen asomaba el

corte transversal de una roca. El interior había sido retocado digitalmente resaltando la geometría de las formas minerales. Un juego visual que volvía a repetirse páginas más adelante, esta vez trastocando un retrato del filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein.

A media tarde, Julio había reconocido el semblante con nostalgia. Recordó que había sido Aliza quien, camino a Guatemala, primero le había hablado del excéntrico pensador.

–Me fascina Wittgenstein, a pesar de que me recuerda a mi padre.

Creyó verla recostada en la parte de atrás de la Cherokee, leyendo una novela de Thomas Bernhard en la que decía encontrar las huellas del filósofo. Evocó cómo, durante su viaje, el recuento de la vida del austriaco había coincidido con el panorama de armas que veían tras la ventana.

De esa época ya remota en la que la lectura de *Corrección* los había llevado hasta las excentricidades del filósofo, recordaba el asombro que causó en ellos los giros místicos que su pensamiento adoptaría tras toparse con las catástrofes de la Primera Guerra Mundial. A Aliza, en particular, le cautivaba la decisión que Wittgenstein había tomado a mediados de 1914, convencido de que solo la confrontación directa con la muerte sería capaz de producir en su vida el sentido que inútilmente buscaba en la academia. Esa decisión de dejarlo todo para enlistarse en el ejército austrohúngaro despertaba en ella la mayor admiración, convencida de que aquellos eventos ilustraban la dramática tesis que la seducía por esos días: la idea de que solo frente al abismo el pensamiento encuentra claridad.

Era 1980. Recién cinco años atrás había caído muerto en El Salvador el poeta Roque Dalton y el recuerdo del fallecido líder sandinista Carlos Fonseca Amador volaba aún cercano sobre la memoria centroamericana. No era de extrañar que Aliza, la joven punk que había llegado a Nicaragua buscando escapar de la asfixiante presencia de sus padres, la joven fotoperiodista que como el propio filósofo había cambiado las aulas de Cambridge por los temblorosos campos de batalla, sintiese encontrar en su desafiante decisión una especie de faro.

–Imagínate, el *Tractatus* lo terminó de escribir desde un campo de prisioneros –le había dicho ella.

Julio creyó reconocer por qué había sido Wittgenstein y no Dalton el objeto de aquella devoción temprana. Presintió que lo que les fascinaba del austriaco era esa valentía para apostar, incluso en la guerra, por el pensamiento. Una valentía que poco tenía que ver con la literatura comprometida de la época y que quedaba retratada en las tonalidades místicas que sus ideas tomarían por esos años. Ese paso mediante el cual la lógica matemática se abría hacia una meditación más profunda, capaz de señalar hacia lo inefable. Una apuesta total

por la atemporalidad del arte que la propia Abravanel evocaría dos años más tarde cuando decidió que atravesarían la región en pleno conflicto armado. Mirada así, la idea le pareció clara y bella: no tanto llevar la guerra hacia el pensamiento ni el pensamiento hacia la guerra, sino aprender a habitar la breve paz que se entreabre cuando ambos se dan la cara.

Ese contrapunteo entre la imagen del padre de Aliza y la de Wittgenstein había sido el puente a través del cual las entradas del texto empezaron no solo a tener sentido sino a conjurar la memoria de su antigua amiga. Julio intuyó, por primera vez, su lugar dentro de todo aquello y la oscura lógica que marcaba el paso de un manuscrito a otro. Desde su llegada a Cincinnati se sentía impotente ante el diccionario: demasiadas entradas posibles, demasiados recorridos en clave. Ahora finalmente creía ver un camino posible.

Esa misma tarde, consultando la biografía del filósofo, encontró el dato que terminó por convencerlo de que se encontraba en la ruta correcta. Leyó cómo Wittgenstein, tras su regreso a Cambridge en los albores de la Segunda Guerra Mundial, había concentrado sus esfuerzos sobre un tema central: la imposibilidad de un idioma privado. La coincidencia entre aquellas investigaciones y el título del manuscrito póstumo de Abravanel terminó por despertar en él otra memoria. Recordó cómo en el camino hacia Honduras la propia Aliza intentó explicarle el concepto.

–Imagínate que al nacer te dan una cajita con un escarabajo adentro. Te dicen que es tan valioso e íntimo que nadie salvo tú puede verlo.

–Mundo raro –respondió él riendo.

Luego ella había pasado a explicar cómo en el experimento mental del filósofo todo el mundo iba regodeándose de su escarabajo, sin haber visto otro más que el propio.

–¿A qué se refieren, en ese mundo hipotético, cuando utilizan la palabra escarabajo? –remató.

Ante esa pregunta Wittgenstein respondía: al acto social de imaginarlo, nunca al escarabajo en sí, que bien podría no existir. A Julio el experimento le había gustado a pesar de su retorcida lógica o tal vez precisamente a raíz de ella. Frente al jardín del campus repleto de nieve, volvió a imaginar ese universo kafkiano, en el que todos llevaban a cuestas su caja y dentro de ella su escarabajo, cada cual paranoicamente imaginando las diferencias entre lo que albergaban las cajas, incapaces de saber si hablaban de lo mismo o si a escondidas un dios invisible se reía a carcajadas de su broma. Wittgenstein, sin embargo, no lo imaginó en clave cómica. El austriaco había comprendido que bastaba cambiar el enigmático escarabajo por la palabra *dolor* para acentuar la relevancia de aquella oscura parábola.

Aquella memoria lo hizo regresar a la fotografía en la que el rostro del filósofo aparecía recortado a medias, la boca convertida en piedra. Bajo ese retrato, se hallaba una cita: «Otra persona no puede tener mis dolores. ¿Cuál sería *mi* dolor?» La posibilidad del lenguaje se jugaba en esa frontera en la que dos seres intentaban comentar sus penas. Frente a él, abismal, profunda, dolorosa, la mirada del hombre que había pronunciado aquellas palabras se mostraba como prueba de su certeza. Julio intentó sacarse de encima la temible clarividencia recordando la risa que recién le había provocado la idea de ese mundo repleto de escarabajos, pero el recuerdo de su amiga volvió a salirle al paso. Avanzó en las páginas hasta llegar a la entrada dedicada a la palabra *privado*. Sobre el viejo fichero, bajo la etimología griega del término, ella había escrito: «Pienso en Juvenal Suárez, pienso en mí: pobres idiotas, dirían los griegos.»



paisaje,
palabra,
pérdida,



privado,
pureza

En latín la palabra "idiota" proviene del griego antiguo ἰδιώτης (idhiótis), significaba "un ciudadano privado, individual". Se utilizaba para referirse, en la antigua Atenas, a aquel que decide apartarse de la vida pública.

Pienso en Juvenal Suárez, pienso en mí: pobres idiotas, dirían los griegos.

—

Mientras tomaba fotografías de aquel juego de canicas o "cincos", uno de los niños tomó nota de la cámara que los miraba. Caminó hasta mí y me increpó en su idioma. Yo contesté en español, pero rápido comprendí que era inútil: un abismo se abría entre mi lengua y la suya. Aquello era un diálogo entre idiotas condenados a no entenderse.

3

Ahora, inmerso en la madrugada, Julio creía reconocer, en el rostro desplegado sobre la pantalla, la mirada aguda y atormentada que antes había encontrado en Wittgenstein. Los mismos ojos cansados tras los cuales se intuía la pasión de quienes han dedicado su vida a perseguir una idea hasta sus últimas consecuencias. Más abajo, el resto de la nota periodística daba cuenta de ese proyecto, revelando los contornos de la obsesión que había llevado a Juan de Paz Raymundo a dejar atrás la ciudad y a internarse en los predios olvidados de Amajchel.

Inicialmente, al entrar en la noticia, Julio imaginó que se trataba de un perfil literario. En cambio, se topó con un artículo sobre las atrocidades cometidas durante el genocidio guatemalteco de los años ochenta. Según la nota pasaba a explicar, Raymundo había construido, sobre la intemperie de uno de los pueblos arrasados por las fuerzas militares, un enorme teatro que, según sus teorías, ayudaría a los sobrevivientes a rescatar las memorias sepultadas tras el trauma de lo vivido. Decía basar su modelo en los trabajos del filósofo renacentista Giulio Camillo, cuyo texto póstumo *L'idea del theatro* remitía tanto a los estudios mnemónicos griegos como a las ciencias herméticas medievales, en su intento por imaginar una teoría del conocimiento que fuese a la vez una puesta en escena del recuerdo. Siguiendo aquellos esquemas había configurado su propio teatro de la memoria, mediante el cual buscaba sacar al dolor del olvido.

Una ráfaga estremeció las ventanas, interrumpiendo su lectura y tentándolo a mirar a su alrededor. Ignorando la tormenta, la casa parecía dormitar, sumergida como estaba en una quietud absoluta. Era en noches como esa en las que la ausencia de Marie-Hélène se hacía más patente que nunca. Había sido su voz la que lo había despertado en plena madrugada, regalándole la clave que lo había llevado hasta aquel descubrimiento. Pero ella no estaba allí. A veces llamaba por las mañanas, más que nada para cerciorarse de que Julio no se sintiese solo. Le contaba anécdotas de su familia y le explicaba cómo, contrario a él, había llegado a entender que tantos años lejos de Francia habían terminado por agringarla.

–Casi me matan mis padres cuando les dije.

Él la escuchaba y reía, pero no podía evitar sentir que algo en su voz se alejaba. En las noches en las que, incapaz de hallar el sentido de los manuscritos, creía toparse con un camino sin salida, solía ir hasta el

cuarto en el que se hallaba el estudio de arquitectura de Marie-Hélène. Le gustaba observar las maquetas, esos mundos en miniatura que se abrían hacia hipotéticos futuros. Últimamente, ante su ausencia, esos modelos tomaban, no obstante, el mismo carácter espectral que ahora, en media tormenta, amenazaba con inundar la casa.

Un teatro de la memoria, repitió Julio en voz alta. Intentó imaginar a Juan de Paz Raymundo envuelto en la construcción de aquel delirante proyecto, pero la imagen de Aliza volvió a distraerlo. Tal vez era esa su intención secreta: forzarlo a conjurar aquel pasado que él mismo, sin saber exactamente por qué, había intentado borrar. Pasó las páginas del diccionario hasta llegar a toparse con la fotografía de Wittgenstein. Comprendió entonces su error: no era cansancio lo que retrataban sus ojos sino la extraña lucidez de los insomnes. Luego volvió a mirar a Juan de Paz Raymundo. Allí estaba, increpándolo desde esa otra orilla hacia la cual él sentía dirigirse.

lenguaje, llanto, **lucidez**, lugar...

Extraviar el lenguaje. Perder el lugar común.

Explorar la intemperie
desprovista de banderas.

La lucidez: mirar en plena pampa al conejo que escapa.

Empezar a hablar una vez el lugar
común cae.



De aquel pueblo recuerdo las sonrisas de los niños y sus miradas puestas sobre el suelo. Un círculo, blanco, delineaba el terreno de juego y el resto no importaba. Tabula rasa, tierra arrasada: las canicas batallando entre las ruinas. Y la sensación de que ninguna fotografía sería suficiente.

4

El juego de resonancias entre el padre de Aliza y Wittgenstein le había abierto el camino antes vedado. Entrevió que el *Diccionario de la pérdida* no era sino el reverso idéntico de *Un idioma privado*. En más de una ocasión había vislumbrado que el diccionario estaba compuesto por una serie de inversiones. Las fotografías aparecían dos veces, primero mostrando el lado frontal y luego el dorso. Era en esa faceta usualmente invisible en la que se hallaban muchas veces las claves de la interpretación. Sin saberlo, esa teoría del reverso había guiado su lectura de la vida del filósofo como entrada hasta la vida del padre y ahora se extendía como una intuición general: si llegaba a entender el significado de la imagen que allí se trazaba entendería su propia vida como el negativo fotográfico de la de Aliza.

El recuerdo de su amiga riendo mientras hablaba de los escarabajos de Wittgenstein le proveyó la otra clave: sospechó que debía seguir las rutas esbozadas por esa risa. Los caminos que, dentro del texto, lo guiaban por las serpentinas calles centroamericanas. «¿Inscribir aquí *tu* nombre convierte a esto en una carta?», había escrito ella en una de las hojas finales. Al principio le había extrañado encontrar allí esa pregunta sin aparente destinario. Pensó que podría ser el padre, pero los ecos de las memorias inconclusas terminaron por convencerlo de que se trataba de él mismo. Aliza Abravanel había imaginado aquellas páginas como una carta en la que le recriminaba algo. Y esa carta la enviaba desde Guatemala. Amajchel era el reverso idéntico de Humahuaca.

zenón



Zenón de Elea, filósofo griego que vivió cinco siglos antes de Cristo, dedicó muchas horas a pensar la posibilidad del movimiento. Famosa es ya su paradoja en torno a Aquiles y la tortuga, en la cual el guerrero griego se muestra incapaz de alcanzar a la tortuga por más que infinitamente llegue a acercarse a ella.

El mundo de Zenón era uno en el que se podía llegar a estar infinitamente cerca del otro pero nunca junto a él.

—

Al final del viaje
la inmensa lejanía.

Esa tarde la nieve lo forzó a quedarse en la oficina hasta tarde. Animado, retomó la lectura desde aquel nuevo ángulo. Creyó comprender que los rodeos con los que trataba al diccionario no eran más que digresiones para evitar la culpa que sentía frente a él. Dejó a un lado los fragmentos enigmáticos y se dedicó a leer la narrativa centrada en torno a Guatemala. Pudo entrever la presencia de una escena traumática que Aliza no había logrado olvidar. Él no había estado allí, precisamente porque no se había atrevido a seguirla hasta el final, hasta ese punto en el que todo desembocaba en una escena sencilla pero punzante en la cual un grupo de niños jugaba a las

canicas entre las ruinas de un pueblo convertido en tierra arrasada. «¿Y *tú* qué sabes?», leyó que le increpaba la voz de las últimas páginas, y supo reconocerse en ese tú, ignorante e inútil, incapaz de cruzar la frontera que separaba el dolor propio del dolor ajeno. Recordó los escarabajos y se dijo que el austriaco tenía razón: el lenguaje solo servía si alguien se atrevía a cruzar aquella frontera. La imagen de Aliza en batalla con su afasia, intentando contar una última historia desde las lejanas tierras de Humahuaca, acabó por corregir su intuición: la literatura era precisamente eso que surgía cuando el lenguaje naufragaba. El diccionario era el último esfuerzo que Aliza había dedicado a narrar la cadena de naufragios que desembocaba en esa carta en la que le recriminaba su falta de valor y le delegaba aquellos fragmentos a modo de ruinas desde las cuales reconstruir la experiencia perdida. Julio paró su lectura y alzó la mirada. Afuera, la nieve había parado de caer y se extendía como un manto de olvido.

Regresó a casa caminando, dejándose llevar por la exigua luz de los faroles. Sus pasos, hundiéndose sobre la nieve todavía intacta, le daban serenidad, ayudándolo a organizar la multitud de impresiones. *Neves*, recordó que decía a modo de ecolalia Aliza en el diccionario, y quiso por un segundo que el lenguaje y la memoria también fuesen así: relámpagos de sentido, capaces de expresar de un golpe la totalidad de un mundo. *Nieves, naves, nubes*: el mundo reducido a una expresión básica. Recordó que en su lectura, una fecha en particular –aquel aciago 10 de abril de 1982 en el que la escritora decía haber cruzado la frontera entre El Salvador y Guatemala– surgía como el agujero negro en torno al cual se congregaba ese universo de trozos dispersos. Una fecha que condensaba el texto y que le hacía pensar en el *road trip* que a principios de la primavera habían emprendido juntos. En el trayecto de vuelta a casa intentó nuevamente conjurar los detalles del viaje.



A falta de habla, el infante juega.
Su juego imita, a escala, la sociedad.
Recuerdo que de niña mi padre siempre repetía:
"Cuidado con los juegos"
Como si supiese que también los juegos tienen consecuencias.

—

El 15 de abril de 1982 llegué a la zona de Amajchel y encontré un pueblo en ruinas.
Y en medio de esas ruinas, como si nada o muy poco hubiese ocurrido, vi a cinco niños K'iché' jugando a las canicas.
"Cincos", les llamaban ellos.
"Matacocha", se llamaba el juego.
Intuí que en aquel juego, en la sutil violencia de su nombre, se imitaba algo siniestro.
Toma fotos, me habían dicho.
Y así lo hice.

Recordó las tardes de ansiedad y expectativa que precedieron a su salida, las quejas de su madre y el rumor que hacía el motor de la Jeep Cherokee de su padre cada vez que prendía. Se vio en las aguas termales al sureste de Liberia, camino hacia Nicaragua, y luego tomando cervezas en Managua junto a un grupo de sandinistas amigos de Aliza, antes de partir hacia el norte, donde las siluetas del volcán Momotombo parecían esperarlos hacía siglos. Salvó del olvido una tarde, ya en Honduras, a orillas del río Nacaome, y tras ella otra memoria frente al impresionante cerro las Minas. Vio a Aliza al volante entre las calles salvadoreñas, en lo que debieron haber sido los últimos días de marzo de 1982 o los primeros de abril, cuando la presencia de la guerra en aquellas tierras se hacía patente. Rescató incluso la imagen de la frontera repleta de soldados. El recuerdo le

hizo volver a sentir la ansiedad que lo acompañaría a través del resto del viaje, a pesar de que ella intentase calmarlo leyendo a viva voz poemas de Roque Dalton, como quien desafía a los dioses gritando blasfemias. Se vio joven y nervioso, camino hacia el norte, acercándose peligrosamente a esa fecha en la que se separaría finalmente de Aliza.

No logró recordar mucho más. «No sé lo que vi aquel día», había escrito ella en referencia a la escena entrevista en Amajchel, pero la frase bien servía para describir su situación frente a los sucesos de ese 10 de abril. Intentó recordar el nombre del pueblo en el que había dejado a Aliza, pero un sonido lo distrajo. A las afueras de la biblioteca, desde unos pastizales cercanos, una familia de venados lo miraba atentamente. Por más que la escena se hubiese repetido a través de los años, siempre guardaba algo de quimera y de delirio, más ahora que la nieve parecía suspender el tiempo, subrayando la fragilidad del suceso. Buscó acercarse a los venados a paso lento, pero el ruido de fondo de una bicicleta cercana los distrajo y se tuvo que contentar con verlos desaparecer nuevamente camino hacia el bosque.

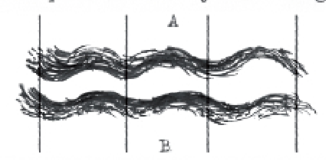


recuerdo,

río,

risa.

Según Saussure este río doble es la imagen del pensamiento y del lenguaje.



El truco sería entonces aprender a pasar de una orilla del río a la otra, sin dejar de hablar.

Recuerdo que en algún momento, el niño paró de hablar y apuntándome, comenzó a reír. Los otros niños pararon entonces sus juegos y rieron al unísono.

5

Los ecos de aquella escena reverberaban ahora que la tormenta comenzaba a amainar, dejando la calle tan huérfana y sigilosa como la había encontrado aquella noche. Julio contempló el límpido paisaje y recordó la fotografía de Aliza junto a Sarapura sonriendo desde las salinas de Jujuy. «El truco sería entonces aprender a pasar de una orilla del río a la otra sin dejar de hablar», decía al pie de la foto. En plena madrugada la frase le hizo sonreír, mientras regresaba a la noticia que tenía enfrente.

En este nuevo recorte de periódico, Juan de Paz Raymundo aparecía de costado, capturado a medio gesto. Con las manos al aire y los ojos dirigidos hacia lo alto, parecía invocar la presencia de un ausente, aunque lo más probable era que la foto lo hubiese topado desprevenido, mientras hablaba. En la muñeca izquierda llevaba un brazalete de coloridos patrones que se extendían primero hasta la camisa de cuello abierto y luego hasta el sombrero de lana del que rebosaba un largo y ondulado pelo oscuro. Su piel morena y sus ojos rasgados delataban facciones indígenas, pero Julio no supo distinguir si se trataba de un K'iche' o de un Kaqchikel. Retratado así, in fraganti en plena plática, su perfil ganaba un aura de misterio que solo se acrecentaba en un segundo vistazo, cuando se notaba el sinnúmero de objetos que le rodeaban: botellas vacías, velas de santos, periódicos, esculturas y un puñado de viejas fotografías que él intentó descifrar sin éxito.

–Se trata de desenterrar el pasado –le había dicho al periodista, intentando explicar la lógica de su teatro.

Mirando la imagen, Julio repasó la larga cadena de supervivientes que había perseguido hasta llegar a aquel hombre. Pensó en Elisabeth Förster-Nietzsche y Bernhard Förster, perdidos entre las ruinas de su propio delirio. Pensó en Karl-Heinz von Mühlfeld y en Yitzhak Abravanel, recluidos en sus intentos por salvar una historia ajena. Pensó en Juvenal Suárez, sumido en la vieja mansión de Nueva Germania, arcano guardián de una cultura entera. Pensó en el juego de ecos y de legados que impulsaba hacia delante una historia tenazmente anclada en el pasado. Pensó en Aliza, esbozando aquellas páginas como quien le escribe una carta al futuro, consciente de que ya no estaría allí para rendir testimonio pero confiada de que su escritura sabría resonar en ese presente del que ya no era parte.

«Soy la muda que vive en el teatro de la memoria de Giulio Camillo», había escrito ella.

Julio intentó imaginarla allí, entre la colección de bártulos que rodeaba a Juan de Paz Raymundo, pero fue el recuerdo del rostro de Marie-Hélène el que le salió al paso. A fin de cuentas, había sido su voz, hallada a medio sueño, la que había acabado por dirigirlo hasta la encrucijada en la que se encontraba, proveyéndole la última pieza que necesitaba para ordenar el mosaico que había intuido horas atrás.

6

Esa misma tarde, presintiendo que el corazón del laberinto se hallaba en Guatemala, Julio se había sentado a releer todo de principio a fin. De cara a ese cuaderno cuya miscelánea le devolvía al gozoso desorden de los almanaques infantiles, distinguió la lógica detrás de los cinco elementos que componían aquel ecléctico collage: ubicó las entradas enciclopédicas, las memorias familiares, las anécdotas del viaje centroamericano, las juguetonas imágenes y las citas literarias que conocía ya casi de memoria. Una última serie de fragmentos escapaba a su clasificación.

Escritos en primera persona, no tenían ni la austera objetividad de las entradas enciclopédicas ni el minimalismo de las entradas sobre el viaje por el istmo. Parecían en cambio nimias memorias de infancia. Confundido, buscó entender el rol que jugaban aquellos extractos dentro del texto. El tono le hizo pensar en una cita de Juan Rulfo incluida en el diccionario. Tal vez se trataba de citas literarias no atribuidas. De serlo, internet sabría rastrear su procedencia. Abrió el buscador y tecleó una de las frases: «¿Oyes? A veces parece como si la montaña quisiera decir algo. No me extraña. Este pueblo está lleno de ecos.» Al no encontrar nada, se decantó por otros caminos. Llegada la noche, aún sin éxito, decidió que lo mejor sería dormir. Fue la voz de su esposa la que horas más tarde terminó por darle la inspiración necesaria para proseguir la búsqueda.

–Amajchel –había creído escucharla decir a medianoche.

Y junto a la voz, Julio sintió crecer la intuición que esa tarde le había guiado hacia aquellas frases huérfanas. Incapaz de retomar el sueño, caminó hasta el sofá y abriendo el diccionario buscó los fragmentos allí donde los había encontrado antes. La contundencia poética de uno de ellos volvió a llamar su atención: «¿Memorias de infancia? Qué memorias querés que tengamos si hasta para ver el fuego arder nacimos viejos.» Abriendo su computadora, volvió a teclear la frase tal y como lo había hecho antes, pero esta vez sí vio cómo la cita aparecía en un par de resultados. El título de uno de ellos le sonó familiar: *Un teatro para la memoria*.

Había sido la voz de Marie-Hélène a medianoche la que lo había conducido hasta la noticia que tenía frente a sí y era ella quien volvía a salirle al paso ahora que finalmente creía acercarse al significado secreto de aquellas páginas. Intentando distraerse, Julio volvió a la

cita que había reconocido a medio párrafo: «¿Memorias de infancia? Qué memorias de infancia querés que tengamos si hasta para ver el fuego arder nacimos viejos.» No se trataba de una cita literaria sino de uno de los testimonios pronunciados en aquel inusual teatro.

Julio creyó entrever que era en dirección a esas voces hacia donde Aliza quería dirigirlo. La llama parpadeante de esos testimonios había marcado el camino a seguir en plena tormenta. Una segunda voz, dirigida en dirección opuesta, lo detuvo.

«¿Y *tú* qué sabes?», recordó que había escrito Aliza.

De cara a la ventana, tras la cual la tormenta empezaba a ceder, la pregunta regresó a él, pronunciada ya no por su antigua amiga sino por su propia esposa.

–¿Y *tú* qué sabes? –juzgó que le recriminaba MarieHélène con el mismo tono tierno pero sensato que le había escuchado diez días atrás.

Tenían razón: de todos los personajes de esa historia era él el único que se negaba a aparecer en escena, el único que, temeroso, se escondía. Frente a las voces que le venían del pasado, supo que llegaba la hora de pasar al acto. A media madrugada, el rostro que tenía frente a sí tomó el espesor de una llamada y de un destino.

¿Oyes? A veces parece como si
la montaña quisiera decir algo.
No me extraña. Este pueblo está
lleno de ecos. Y, sin embargo, lo que
más me hace falta es el silencio
de la montaña. Mi padre siempre
nos decía que eso era lo que los
soldados nos habían quitado. La
naturaleza nos envolvía, como la
madre a sus hijos. Y en ese silencio
cantaban pájaros y rechinaban los
animales. Luego vino la ciudad y ese
trajín que sofoca, como si buscasen callar
con ruidos el malestar de la conciencia
sucia. Yo te puedo decir: la mañana
que vinieron a matar a mi padre, la
montaña me arropó.

imagen, inefable, **infancia**, intemperie...



Infancia:
Del lat. "infantia", significando
"incapacidad de hablar".
Del lat. "in", significando "no"
Y del lat. fare-/fant significando
hablar.

"De cada una de estas misteriosas
subversiones del mundo
nace esa prole de niños desheredados
que no tiene ni aquello que ya fue
ni aquello que será."
- Rilke, "Séptima elegía"

7

El zorro había aparecido hacia el final de la noche, cuando el amanecer ya se empezaba a insinuar. Julio lo ubicó allí donde lo había visto antes: junto a los arbustos de la casa del vecino. Iba y venía, de las escalinatas hasta el garaje, el único movimiento sobre la *tabula rasa* del paisaje ahora en calma. Era difícil saber qué buscaba el animal con su indagar ansioso, pero poco importaba: lo esencial era entregarse a sus andanzas como quien lee alegorías sobre la nieve aún fresca. Dos casas más abajo alguien había prendido la primera luz. Pronto llegaría el día y el zorro desaparecería nuevamente.

Julio miró el reloj. Sería ya casi mediodía en París. Buscando distraerse, volvió al par de fotografías que el recorte de periódico incluía bajo el perfil de Juan de Paz Raymundo. Divisó la colina de la que se hablaba. Un monte con árboles y pasto como cualquier otro. Un terreno baldío sobre el cual era difícil imaginar que había existido una aldea. A lo lejos logró ubicar el teatro: imponente en su estructura de techo triangular, emergía solitario sobre la pendiente de la montaña. «¿Oyes? A veces parece como si la montaña quisiera decir algo. No me extraña. Este pueblo está lleno de ecos», recordó haber leído en el diccionario. La frase que había capturado su atención esa misma tarde iluminaba a la perfección la imagen que observaba.

Humahuaca, Cincinnati, Amajchel: era extraño trazar la inesperada equivalencia entre aquellos tres desiertos. Julio intentó imaginar el juego de correspondencias que recién había intuido, pero solo logró rescatar la imagen del joven Yitzhak Abravanel, sentado de cara a las nevadas montañas de Zermatt, escuchando el relato que llevaba de Karl-Heinz von Mühlfeld hasta Juvenal Suárez. Entreviendo el camino a seguir, miró hacia fuera: una liviana y grácil nieve caía sobre la calle y algo en él sintió que ver nevar es siempre ver nevar dos veces. Regresar a una lejana infancia de la que ya no tenemos recuerdo.

Tercera parte
Teatro de la memoria

Quizá un lenguaje para los finales
exija la total abolición de los otros lenguajes,
la imperturbable síntesis
de las tierras arrasadas.
O tal vez crear un habla de intersticios,
que reúna los mínimos espacios
entreverados entre el silencio y la palabra
y las ignotas partículas sin codicia.

ROBERTO JUARROZ, «No tenemos un
lenguaje para los finales...»

1

Alguien, tal vez el propio Juan de Paz, había dejado la ventana abierta, dando paso a los gorriones cuyos vuelos trazaban, sobre la sala tan enorme como fría, el itinerario de una posible descripción. Entraban por la ventana del fondo derecho, subían hasta la bóveda piramidal delineada por el techo de palma, bajaban en picada hasta la mesa central repleta hasta el tope de maquetas arquitectónicas, revistas viejas y negativos fotográficos a medio estudiar, antes de pasearse por los costados de aquella habitación que mucho tenía de laboratorio olvidado, acotada como estaba por dos formidables pizarras negras en las que se podían distinguir, escritas con caligrafía impecable, una docena de citas que hubiese sido bueno leer con cautela en ese instante si no fuese porque los gorriones, impacientes y juguetones, retomaban su ansioso viaje, remontando el vuelo hasta posarse brevemente sobre el piso repleto de antiguos periódicos en los que las manchas de café se alternaban con los excrementos de esos mismos pájaros que ahora volvían a salir por la ventana que los había visto llegar, no sin antes sobrevolar, de pasada, el cuadro que yacía colgado al fondo de la habitación, junto a dos fotografías idénticas, en blanco y negro, de una aldea en ruinas. Solo entonces, regresando a su sigilo inicial, el espacio volvía a ganar ese espesor tan particular que lo asemejaba al interior de un barco náufrago, en el que el tiempo permanecía, congelado, desde hacía décadas.

La mirada podía finalmente asentarse, relajarse y leer algunas de las citas que adornaban las pizarras. Latín, castellano y quiché se alternaban caprichosamente entre el mosaico:

«Non est intelligere sine fantasmate.»

«Unb'ie' Kul tetzik akunb'ale' ukab'ale' vekat tze'i.»

Más abajo, en líneas conectadas a las anteriores por una serie de flechas, aparecía copiado parte de un poema:

Acerca del dolor jamás se equivocaron
Los Antiguos Maestros. Y qué bien entendieron
Su función en el mundo. Cómo llega
Mientras alguno cena o abre la ventana
[...]
Por ejemplo, en el Ícaro de Brueghel:
Con qué serenidad
Todo parece lejos del desastre.

W. H. Auden, «Musée des Beaux Arts»

Versos que incitaban a parar de leer y a volver a echarle una mirada al cuadro que impasible miraba la habitación desde las alturas. En esa pintura –al pie de la cual se leía, inscrito sobre placa dorada: *Paisaje con la caída de Ícaro*– se retrataba una escena aparentemente anodina: un labrador, un pastor y un pescador de caña proseguían sus labores a pleno sol mientras a lo lejos las carabelas empinaban sus caminos hacia altamar. En una esquina del paisaje, el pintor había trazado las piernas náufragas del pobre Ícaro en su caída trágica. Ubicada entre las dos fotografías del pueblo en ruinas, la imagen parecía darle la razón al poeta: el mundo proseguía su camino a ciegas, indiferente al sufrimiento ajeno.

La mirada hubiese querido posarse más tiempo allí, llegar a entender la compleja realidad del desastre que la pintura de Brueghel narraba con mesura, si no hubiese sido porque en ese instante los gorriones volvían a inundar la sala con sus vuelos y la vista, siempre presa fácil de la distracción, volvía a perseguirlos en sus andanzas, convencida de que el revolotear de los pájaros trazaba en el aire un idioma secreto. Y así Julio se había dejado llevar por las maromas aéreas de los pájaros que ahora sobrevolaban la sala nuevamente, revolcando el tiempo estancado, trayendo en sus patas pequeñas flores a modo de obsequio, como si se tratase de aportar aires nuevos a esa casa en la que la fragilidad del silencio se veía interrumpida esporádicamente por breves murmullos que traían a la memoria viejas conversaciones inútiles. En ese segundo vuelo, la ruta de los gorriones había desdeñado el techo, prefiriendo mantenerse a ras de suelo, como si buscasen allí las huellas del dueño ausente. Primero saltaron sobre la silla de mimbre, vacía y solitaria, para luego acercarse al colchón en el que de seguro dormía el hombre que justo se había excusado para ir al baño. Junto al catre, entre herramientas herrumbrosas y lo que parecían ser objetos radiofónicos descompuestos, se divisaba una taza de café y el plato de maíz a medio comer que los pájaros picotearon por unos segundos, antes de retomar el vuelo e ir a posarse sobre un par de tableros de corcho.

Ubicados en el reverso de cada una de las puertas principales, los tableros mostraban fotografías, recortes de periódicos, artículos y afiches. Una mirada atenta hubiese podido distinguir cómo se alternaban noticias sobre el proceso judicial contra el general Efraín Ríos Montt con afiches de manifestaciones y reportes forenses. Un obituario, dedicado a la escritora Alicia Abravanel y firmado por la Comuna Artística de Humahuaca, aparecía mezclado entre esa

amalgama de papeles que en otra instancia le hubiese hecho pensar a cualquiera en una comisaría o en una serie de detectives.

Pero los pájaros no podían leer.

Inquietos, retomaron el vuelo hasta perderse por los dos pasillos laterales, los cuales, ubicados al fondo, daban la sensación de que la habitación seguía hasta perderse en el infinito. De allí venían los murmullos que cada tanto remontaban su camino hasta la sala, para luego disiparse, dejándola tan fría y silenciosa como lo estaba ahora. Entonces, para evitar la claustrofobia de aquel mundo repleto de ecos, no quedaba otra que mirar por las ventanas. Entregarse a la promesa que allí se asomaba: la fuerza de la naturaleza en todo su esplendor, palpitante en plena tarde, cubriendo la montaña con un manto verde que la asemejaba a un placentero jardín. Era tentador distraerse, imaginar posibles fugas y posibles descansos. Pero justo cuando se creía encontrar algo de paz, volvía a brotar la memoria del pueblo que alguna vez había estado allí y con ella los gorriones que, cansados de jugar entre las oscuras galerías de fondo, volvían a la luz, cargando consigo los rumores de las voces anónimas que despertaban a los cinco impecables labradores que yacían tirados sobre el suelo. Entonces finalmente aparecía él. Con un simple gesto de mano calmaba a los perros, antes de pasar a sentarse en la silla vacía.

2

Mirándolo, Julio pensó que parecía un rey cansado, perdido en el laberinto de ecos que él mismo había pacientemente construido. Más alto de lo que hubiese imaginado, encogido por la carga de ese pasado que llevaba a cuestas, imperioso pero sin imperio, se equilibraba entre formas del rencor, la timidez, la pasión y la fatiga. Iba vestido con una desgastada camisa de algodón blanco sobre cuyo cuello, bordado con coloridos arreglos, caía un collar de cuencas. La luz que entraba por la ventana trasera resaltaba la cicatriz que le cruzaba la ceja izquierda, casi hasta llegar a esa boca en la que por momentos se sugería una sonrisa que nunca terminaba por llegar o que igual desaparecía tan pronto llegaba, como si desconfiase de cualquier amistad. Un rey al que nadie notificó del final de la guerra, añadió Julio para sí mismo, mientras veía cómo Juan de Paz Raymundo volvía a pararse, tomaba el café en la mano y, evadiendo los perros semidormidos, cruzaba la sala.

–¿Conocés la historia de Simónides de Ceos?

Señalaba un retrato antiguo clavado contra el tablero de corcho: un hombre rubio, de pelo ondulado y severo rostro, vestido en un arcaico atuendo cortesano, quedaba allí retratado a medio gesto. En la misma página, más abajo, alguien había escrito: «Simónides de Ceos, poeta griego, *c.* 556 a.C.- 468 a.C.»

–Por lo visto un poeta –respondió Julio riéndose.

–No te me hagás el gracioso, Gamboa. ¿Querés que te cuente... el origen del teatro, o no?

A veces parecía detenerse a media oración, rebobinar lo dicho como previendo errores, como evitando tartamudear. Las manos paraban su ansioso vaivén, como si finalmente bajase la guardia, y Julio creía distinguir, más allá de las máscaras, el rostro que había visto en fotos.

Leyendo el puñado de notas periodísticas que había encontrado sobre aquel hombre y su proyecto, se había hecho la idea de un individuo bajo, recatado y discreto. Ahora que lo tenía de frente podía ver su error. Tendría apenas unos treinta y cinco años pero su rostro mostraba la madurez de un hombre mucho mayor. En su voz se notaba la desconfianza de quienes han sufrido el abandono. Había quedado huérfano a los cinco, producto de esa guerra cuyas resonancias parecían rodearlos. Desde entonces había tenido que labrarse su propio camino. Tras la destrucción del poblado se mudó junto a un tío

a Ciudad de Guatemala, pero al cabo de una década su tío decidió migrar al norte, dejándolo nuevamente a la deriva. Hijo de la violencia, había encontrado familia en las pandillas de la Mara Salvatrucha que por esos días empezaban a inundar las calles tras las grandes olas de deportación que siguieron a los acuerdos de paz de Chapultepec.

Por cinco años la calle le ofreció una salida a su furia, hasta que una tarde esos mismos hombres por los que estaba dispuesto a morir decidieron que en sus filas no había espacio para un indio como él y resolvieron dejárselo saber a golpes. Lo salvó un cura que pasaba por aquella esquina justo cuando los mareros se preparaban para darle el golpe de gracia. Tuvo la suerte de que el jesuita conocía a uno de los pandilleros y lo convenció de que lo dejase vivir. Moribundo, los escuchó alejarse entre gritos de *indio cholero* que lo regresaron a las traumáticas memorias de infancia.

–De la violencia no se escapa –dijo.

Y tenía razón. De esos duros años le quedaba la profunda cicatriz que le cruzaba el rostro en diagonal y el impresionante tatuaje que cubría a plenitud su pecho y espalda hasta enredarse cual serpiente barroca sobre los comienzos de su cuello. Le quedaba también la voz oscura, entrecortada pero serena, de aquel que se sabe un superviviente. Esa misma voz con la que pasaba a contarle el origen del teatro.

La historia del Teatro de la Memoria comenzaba con una anécdota que se contaba en torno al poeta griego Simónides de Ceos. Una noche, en un banquete auspiciado por un noble de Tesalia llamado Escopas, Simónides fue invitado a declamar un poema lírico en honor a su anfitrión. Entonó el poema con precisión y gracia, pero cometió el error de dedicarles varias líneas a los héroes mellizos Cástor y Pólux. Celoso, Escopas había declarado que solo pagaría la mitad de lo prometido. Minutos más tarde, alguien llamó a la puerta pidiendo hablar con Simónides. Al salir, el poeta no halló a nadie, pero presenció cómo un terremoto reducía la casa a escombros, matando al anfitrión y a sus huéspedes. Tan grande fue la ruina que los familiares no habrían sido capaces de encontrar los cuerpos si no hubiese sido porque Simónides recordaba con precisión dónde se habían sentado. Ese mapa mental, signo de una memoria prodigiosa, salvaría a los desafortunados huéspedes de una muerte ingrata.

«De esa catástrofe nace mi arte», dijo Juan de Paz, mientras su dedo recorría el tablero, trazando el trayecto de eso que llamaba *su arte* y que comenzaba con aquella anécdota.

Dio dos sorbos a su café y, alejando un pájaro que había ido a posarse sobre el corcho, apuntó a un par de imágenes en las que se

veía el bulto de dos hombres que Julio, viendo la corona de laurel que les adornaba la frente, reconoció como romanos. Cicerón y Quintiliano, le escuchó exclamar, mientras pensaba cuán extraño era escuchar a ese hombre tatuado, antiguo militante de las maras, hablar de oratoria y mnemotécnica en plena montaña.

–Vos te reís, pero los libros me salvaron –añadió, como si le adivinase el pensamiento.

Había pasado el período de convalecencia en la residencia del jesuita, perdido entre libros que el cura le traía por docenas, intentando retomar a través de la lectura los años perdidos en los laberintos de la violencia. Al principio eran puras novelas policiales, pero poco a poco su gusto fue cambiando. La paliza de los mareros le hizo recordar la traumática infancia que había intentado dejar atrás y desde esa tarde sentía la necesidad de adentrarse en su pasado. Resultó que el cura había colaborado en la elaboración del recién publicado informe *Guatemala, memoria del silencio,* mediante el cual la Comisión para el Esclarecimiento Histórico buscaba elucidar las violaciones de los derechos humanos ocurridas durante el conflicto armado, así que su biblioteca estaba repleta de libros de historia. Durante esos meses de recuperación buscó en esos volúmenes una explicación para el torbellino de terror que diecisiete años atrás le había arrebatado a sus padres.

Con los tableros de corcho como telón de fondo, envuelto en la enorme constelación de afiches políticos, fotografías viejas y artículos periodísticos que allí se mostraban, Juan de Paz Raymundo parecía un hombre extraviado en una formidable telaraña histórica. Gesticulaba como si quisiese abarcarlo todo y en sus ojos se intuía un profundo cansancio del que solo despertaba cada vez que, proveniente de la parte trasera de la sala, el rumor de voces volvía a recomenzar hasta alcanzarlo.

–Las voces del teatro me mantienen atento –decía.

Según contó, al cabo de tres meses había decidido juntarse a los esfuerzos del jesuita. Había pasado a colaborar con distintas organizaciones de derechos humanos, ayudando principalmente con la traducción de testimonios.

–Eran puros ladinos. Necesitaban gente que hablase quiché.

Pasaba las mañanas traduciendo los alegatos que algún día esperaban utilizar contra Efraín Ríos Montt, dijo, mientras apuntaba hacia un par de fotos en las que el antiguo dictador aparecía primero joven y luego más viejo, pero siempre con el bigote abundante. Fue por esos años cuando tuvo la intuición que década y media más tarde terminaría por ubicarlo acá, perdido entre los pastizales de lo que había sido la aldea de su infancia. Confrontado con cientos de

testimonios que relataban en detalle las atrocidades llevadas a cabo por las fuerzas del general Ríos Montt, había entendido que, en su voluntad por retratar los abusos cometidos, los historiadores parecían olvidar el costado más humano de lo que el conflicto significaba para muchos: la desaparición de las memorias más cotidianas detrás de un manto de horror que se encargaba de ahogar cualquier recuerdo ocioso. Él mismo había sentido en más de una ocasión que su infancia era un reino remoto, apartado de él por una muralla de olvido. Y como él había muchos: hombres y mujeres que eran niños durante la guerra y cuyo recuerdo de aquella vida era apenas un rumor lejano. Encontrar la imagen detrás de esa cortina de terror se convirtió en su obsesión privada.

–Fue por esos días cuando me metí al grupo de Antropología Forense.

Un amigo que conocía de sus preocupaciones le habló de Clyde Snow y de la fundación que había ayudado a crear. De todo aquello, a Juan de Paz lo que más le interesaba era el procedimiento: la idea de recrear el pasado a partir de sus ruinas. Por cinco años había formado parte del grupo, explorando las fosas comunes entre las cuales se escondía la temible verdad de los pueblos arrasados. Pero al cabo de un tiempo le perdió el gusto.

–Demasiada ciencia, poca emoción –dijo.

Decidió dejar la empresa a un lado. Desmotivado, había errado por distintos caminos, entre ellos el teatro, las artes y el grafiti, hasta que el recuerdo de algo que había leído durante sus meses de convalecencia le sugirió un camino a seguir. Recordó que en uno de los libros que había tomado prestado del jesuita se mencionaba una larga tradición que buscaba conjurar el recuerdo a través de la construcción de espacios mentales. La idea de que la memoria era un museo que uno podía atravesar en tardes ociosas le pareció magnífica, capaz de animar aquellas memorias que se mantenían ocultas tras los traumas de guerra. Desde ese día se había entregado a esa tradición que a partir de la anécdota de Simónides de Ceos retomaban Cicerón y Quintiliano en sus intentos por reivindicar el arte de la mnemotécnica, pero que hallaba su máxima manifestación en la figura y los trabajos del hombre que Juan de Paz Raymundo pasaba a señalar.

–Tocayo tuyo. Giulio Camillo, un grande.

Julio vio cómo su anfitrión apuntaba hacia un retrato en el que, dibujado a mano, aparecía un hombre modesto, de pañuelo blanco al cuello. Junto a la estampa, un puñado de imágenes esbozaba una estructura semicircular en la que creyó reconocer el modelo del teatro de la memoria en el cual Raymundo había inspirado su construcción. Más abajo, como confirmando esa intuición, aparecía pegada sobre el tablero de corcho una página titular en la que se leía: «L'idea dell

theatro dell'eccellen M. Giulio Camillo.» De ahí parto yo, lo escuchó decir, mientras veía cómo Juan de Paz, tal vez comprendiendo que se acercaba al corazón de su relato, tiraba la borra del café por la ventana y volvía a sentarse en la silla, flanqueado por los perros que ahora, despertando de su sopor, volvían a mirarlo con atención.

Distraído, Julio levantó la mirada y contempló las dos fotografías en blanco y negro que se elevaban a espaldas del hombre. En ellas, cinco o seis viviendas, no tan distintas a aquella en la que se encontraban hablando, aparecían en ruinas. Un par de niños, en cuclillas, miraban confusos a la cámara, mientras en torno a ellos se esparcían las cenizas de un fuego reciente. Intentó buscar las similitudes entre ese pueblo arrasado y la frondosa naturaleza que lo rodeaba, pero solo logró reavivar la memoria de algunas líneas que había leído semanas atrás en el diccionario. Palpó la mochila buscando asegurarse de que el manuscrito todavía estuviese allí y al sentirlo se preguntó si sería un buen momento para preguntarle por Aliza Abravanel. Había reconocido el obituario pegado en el tablero de corcho, pero prefirió no inmutarse, dejando en cambio hablar a ese hombre al que imaginó solitario, guardián de un secreto que contaría a su propio ritmo. Tal vez, pensó mientras lo veía tomar una pausa para jugar con los perros, había llegado el momento de mostrar sus cartas. Mencionar el obituario, la fotografía, el manuscrito que lo había llevado hasta allí. Se disponía a hacer mención de todo aquello cuando sintió que el rumor de voces se reanimaba, proveniente de las galerías del fondo, al tiempo que su anfitrión retomaba la palabra.

–¿Ves? El teatro funciona en *loop*.

–¿Cómo así? –preguntó Julio.

–Reanima el recuerdo cuando uno menos lo espera.

Julio se quedó mirándolo, pensando si por las noches ese hombre dormía, o si las voces lo despertaban a media madrugada, condenándolo al insomnio. Frente a él, un puñado de maquetas mostraban lo que imaginó serían distintos modelos de ese teatro cuyos orígenes su creador pasaba a relatar.

La historia de Giulio Camillo y de su teatro de la memoria era la crónica de una leyenda. Nacido a finales del siglo XV en la Italia del Renacimiento, Camillo heredó de Cicerón y Quintiliano la intuición de que el mundo podía reducirse a un teatro. Se entregó así al proyecto que marcaría su vida y que lo llevaría incluso a las cortes del rey Francisco I de Francia, ante el cual juraría, a cambio de su mecenazgo, mantener en secreto el funcionamiento de aquel teatro en el cual, según se rumoraba, cualquiera que entrase podría disertar por horas sobre diversos temas. Un teatro de madera, repleto de herméticas

imágenes y de referencias al zodiaco, con el que logró seducir incluso a Erasmo, a pesar del tartamudeo que lo caracterizaría de por vida.

Según contó Raymundo, había sido esa mención al tartamudeo de Giulio Camillo lo primero que le había llamado la atención. Durante años él mismo había sufrido de un tartajeo leve que solo se acentuó cuando, al llegar a Ciudad de Guatemala a la edad de seis años, dejó atrás el quiché de su infancia para adentrarse en ese idioma al que todavía asociaba con los soldados que quemaron su pueblo. Al principio se había resistido a aprender castellano con la misma fuerza con la que antes se había negado a dejar aquella aldea de la que no quedaban sino ruinas, pero la fuerza de su tío, para quien aprender español significaba apostar por la supervivencia, terminó por imponerse. Como huella de esa imposición le había quedado el tartamudeo que incluso ahora, años más tarde, a veces lo sorprendía a media oración, forzándolo a retroceder ante lo que súbitamente aparecía como una tierra de nadie.

–Sé qué quiero decir, pero me fallan las palabras –dijo, mientras ponía sobre la mesa dos vasos y una botella de alcohol.

Pasó a comentar cómo, al leer sobre Giulio Camillo y su tartamudeo, se había sentido retratado en aquel hombre. Poco le importó que más de cinco siglos y un océano los separasen. Ambos eran, a fin de cuentas, hombres en batalla con la expresión, buscando métodos para revivir el recuerdo allí donde la naturalidad de las palabras fallaba. Se entregó a la lectura de todo lo que pudiese encontrar sobre ese caballero renacentista y su enigmático proyecto: leyó de sus tentativas por imaginar el teatro como un microcosmos que concentrase toda la memoria del mundo y de sus intentos por convencer a Erasmo. Leyó de su muerte, a la que había llegado sin completar la prometida obra escrita que dejaría testimonio del funcionamiento de su empresa. Esa muerte temprana que lo dejaría sin mostrarle su teatro más que al rey y a un puñado de hombres, pero tras la cual la fama de su nombre y de su proyecto crecería más que nunca, envuelta en misterio, hasta llegar a inspirar el Theatrum Orbis de Robert Fludd y a partir de ahí al propio Shakespeare, cuyo Globe Theater se decía encontraba inspiración en la utópica visión del veneciano.

Fue otro el detalle que terminó por cautivarlo. En uno de los libros leyó sobre el impacto que la obra de Hermes Trismegisto y la tradición del hermetismo había tenido sobre Camillo, llevándolo a valorar, sobre todo lo demás, la elucidación del secreto. Durante la época que había pasado con el grupo de Antropología Forense e incluso durante los años en los que ayudó al cura con la transcripción de los testimonios, le había parecido raro el énfasis que las cortes mostraban en descubrir la verdad, científica y cuantificable, de una experiencia que para él

evadía cualquier explicación.

–Camillo comprendía que no se trata de desnudar el secreto, sino de hacerle justicia –dijo de golpe, como intentando resumir su punto, mientras llenaba los dos vasos e invitaba a Julio a tomar.

Aquella mención al secreto terminó por entusiasmarlo, proveyéndolo a la vez del vínculo que ataba esa historia europea con los relatos mayas entre los cuales había crecido. También en el Popol Vuh, recordó, se hacía alusión al secreto y a la necesidad de cuidarlo.

–¿Nunca lo ha leído? Si no, se lo recomiendo. Es, por así decirlo, nuestro mito de origen –le dijo, pasándole una copia.

Animado por sus hallazgos, cansado de seguirle los pasos al lento quehacer estatal, Juan de Paz se había entregado a la elaboración de esa cámara de memorias en la que ahora se hallaban. Coleccionaba cuanto rastro del pueblo podía encontrar: afiches, vasijas e instrumentos, viejas lámparas o vestimentas, algún que otro mueble que los antiguos vecinos todavía guardaban. Había rastreado a tres o cuatro de los habitantes del pueblo arrasado y, al encontrarlos, les había pedido que recordasen. A partir de esos mementos, había comenzado a elaborar los detalles de aquel teatro en el que se buscaba recrear el espacio que los militares habían intentado sumergir en olvido al momento de prenderlo en fuego.

–Lo que Camillo comprendía es que el recuerdo es cumulativo. Cada nuevo detalle ilumina un mundo.

Por esos días se había mudado de vuelta a los terrenos en los que solía estar el pueblo. Dormía en una tienda de campaña y por las mañanas se entregaba a la construcción. Decidió que la edificación seguiría la arquitectura de las antiguas casas, así que el primer año se la pasó buscando las palmeras con las que construiría el enorme techo que los albergaba. No buscó ayuda alguna. Tampoco era como si alguien lo hubiese ayudado. De lejos parecía un loco o por lo menos un ermitaño, perdido en un proyecto que incluso al propio jesuita le pareció descabellado. Incapaz de hallar financiamiento, había puesto todo su dinero en aquella empresa. Trabajaba tres meses en el proyecto, partía a la ciudad a ganar dinero y, cuando tenía suficiente, regresaba decidido a continuar. Así pasó tres años, hasta que una tarde se paró en medio teatro y sintió despertar en él, espontánea y vivaz, la primera memoria.

–Recordé un gesto particular que mi padre hacía cada vez que terminaba de contarme un cuento. Nada grande, solo un gesto.

Ese recuerdo le había convencido de que el teatro estaba listo. Terminó de limpiar el espacio y a la semana puso un anuncio en el periódico nacional, invitando a todos los antiguos habitantes, supervivientes del genocidio, a visitar el teatro y a reconstruir con su ayuda la memoria de lo que había sido la esencia cotidiana y sencilla

de su pueblo, al margen de las violentas recapitulaciones que amenazaban con relegar aquella época a los empantanados terrenos del trauma. Al cabo de unos días habían entrado las primeras llamadas. Antiguos vecinos interesados en el proyecto, familiares que lo creían muerto, amigos un poco mayores que él que decían reconocerlo a pesar de que él no los recordaba. Esparcidos por toda Guatemala, muchos habían hecho el viaje hasta allí, algunos buscando recuperar el contacto con el amigo perdido, otros buscando salvar memorias extraviadas. La idea del teatro, según explicó, era precisamente esa: que las memorias de los visitantes pasasen a formar parte de su colección de recuerdos. Si alguien en plena sesión decía recordar la forma con que la luna aparecía sobre los atardeceres de primaveras ya remotas, Juan de Paz se aseguraba de que en la siguiente sesión el retrato de ese atardecer apareciese dibujado sobre el telón de fondo.

–La idea, pues, es reconstruir la memoria del pueblo como si se tratase de un museo. –Le llenó el vaso nuevamente y apuntando con la botella hacia las galerías que crecían a sus espaldas añadió–: Pero para qué te cuento a vos, si lo mejor es que lo veas.

Julio, temiendo lo que podía encontrar en ese laberinto de voces, apresuró el trago a modo de *shot* y, con el ardor del alcohol todavía en la garganta, miró a Juan de Paz Raymundo con recelo, antes de dar el primer paso.

3

Sobre la base circular de la cúpula que cubría la plataforma central del teatro encontró tallada una cita: «Así es el relato de lo que todavía está en suspenso, de lo que todavía está callado, de lo que está silencioso, de lo que todavía está sosegado, de lo que todavía está en silencio, de lo que está vacío en el cielo», Popol Vuh. La madera había sido esculpida por una mano diestra en el arte del grabado. Julio persiguió, una por una, las letras de esa escritura circular hasta que llegando al final se topó con el principio y sintió que también la cinta del grabador volvía a rebobinar antes de recomenzar su *loop*, inundando la sala nuevamente con los testimonios que había escuchado hacía apenas unos instantes. Voces como ecos, que laboriosamente intentaban recomponer, mediante el trazado de escenas a primera instancia anodinas, la arquitectura del fantasma que parecía esconderse en torno a él.

Pudo ver cómo Juan de Paz Raymundo había construido el teatro alrededor de las ideas de Giulio Camillo: siete pasillos simétricos dividían los siete pisos de gradas en donde, en lugar del público, se ubicaban las fotografías, dibujos, recortes de periódicos y demás mementos que en torno a la memoria de la aldea había logrado reunir su creador. A esos objetos se sumaba una secuencia de animales dibujados sobre el fondo del teatro que, según comprendió, se referían a los nahuales que recordaban la profunda alianza entre el hombre y la naturaleza. Intentó recordar cuál era su nahual, pero las voces volvieron a distraerlo, devolviéndolo a la lógica espectral de aquel espacio donde el castellano y el quiché se alternaban a la perfección. Se dejó llevar por las voces que volvían a surgir como rumores solitarios.

Verga, Juan de Paz, la verdad es que hacés preguntas tontas. No, no tuvimos infancia. ¿Qué infancia íbamos a tener si a los cinco años aprendimos a plantarle trampas al ejército? Ahora me llamás y me pedís que recuerde. Memorias del pueblo y no de la violencia, pedís. Pues ¿qué te voy a contar? No tuvimos infancia. A menos que la infancia fuese esa locura que vos llamás historia y su signo fuese el fuego. De eso sí me acuerdo. De las noches en las que mi tío, para ganarle la partida a la oscuridad, regresaba cansado, la bolsa repleta de leña. La nitidez con la que el fuego crecía, devorando poco a poco el ocote. Recuerdo mirar la

llama parpadeante y pensar que ni siquiera contemplar el ocote arder era para nosotros un acto de inocencia. ¿Memorias de infancia? Qué memorias de infancia querés que tengamos si hasta para ver el fuego arder nacimos viejos.

En el centro del teatro, colgando de un pendiente, un micrófono marcaba la escena. La idea, imaginó, era que llegado el momento, al sentir el escozor del recuerdo, los visitantes se acercasen a él y registrasen sus historias. Así quedaban grabados los relatos que, una vez vertidos al castellano por la voz tartamuda de Juan de Paz, se incorporaban nuevamente a esa cinta en la que las voces en quiché jugaban a perderse entre sus traducciones. Cerrando los ojos, Julio intentó trazar las reverberaciones que marcaban el paso de una lengua a otra, pero solo logró rescatar la resonancia ininteligible, pero no por eso menos bella, del habla original. Paradójicamente, sintió que aquel era un idioma que caminaba hacia delante retrocediendo y que lo que en el habla de su anfitrión pudiese parecer un leve tartamudeo no era sino una forma de permanecer fiel al espíritu intraducible de esa lengua que ahora volvía a inundar la sala como si estuviesen en una iglesia medieval.

La acústica del espacio ayudaba a producir el juego de ecos que había escuchado a través de la tarde. Los relatos, emotivos pero herméticos, se diseminaban por el espacio despertando también en él la voluntad del recuerdo. Pensó en la voz, remota e inapresable, de Juvenal Suárez, tal y como la debió haber escuchado Aliza en la grabadora de su padre. Rememoró la diatriba que el último de los Nataibo, negándose a hablar español, había dejado a modo de testamento y, junto a ella, la sentencia que llevó a Von Mühlfeld a la locura: «En el pasaje de una cultura a otra siempre queda algo aunque no haya nadie allí para recordarlo.» La conjunción de aquellas dos memorias lo llevó a preguntarse cómo sería el teatro cuando nadie lo habitaba. Imaginó el cuchicheo de los monólogos repicando contra el escenario vacío, repitiéndose indiferentes ante la presencia muda del centenar de objetos que Juan de Paz Raymundo había ubicado entre las gradas.

La imagen le pareció siniestramente cercana al olvido.

Alguien en su niñez le había dicho que recordar significaba volver a traer al corazón y esa lección infantil le hacía sentir que Von Mühlfeld se equivocaba: sin testigos no había memoria. Tal vez eso comprendió Aliza al momento de dejarle el manuscrito a modo de herencia. Aquella historia pedía un nuevo heredero, un último testigo.

Intentando sacarse esas ideas de encima, temeroso de que el alcohol

estuviese volviéndolo dramático, Julio buscó distraerse analizando algunos de los recortes de periódicos ubicados entre las gradas. Nada excepcional. En vez de los esperados recortes de guerra, Juan de Paz Raymundo había ubicado una decena de artículos sobre las noticias más cotidianas ocurridas durante los años del conflicto armado: reportes del clima, partidos de fútbol, noticias locales e internacionales sobre las cuales había superpuesto, a modo de collage, imágenes del pueblo tal y como se veía ahora. Julio reconoció la montaña por la que había caminado aquella misma mañana junto a su anfitrión, esos terrenos por los cuales los perros corrían a gusto y entre los cuales la memoria de la violencia parecía ceder ante el paso de la naturaleza. Había llegado hasta allí buscando una explicación, un punto final a la historia que Aliza le había propuesto a modo de rompecabezas, solo para encontrarse con un claro en pleno bosque y los fantasmas de aquella voz que ahora volvía a repetirse.

Después de nuestra partida acordaos de nosotros. No nos dejéis en olvido. Evocad nuestros rostros y nuestras palabras. Nuestra imagen será rocío en el corazón de los que quieran evocarla.

Frases del Popol Vuh y del Chilam Balam aparecían dispersas entre los testimonios. Pequeñas citas que a modo de epígrafes puntuaban el texto brevemente, para luego desaparecer tras la fuerza de su anonimato.

¿Oyes? A veces parece como si la montaña quisiera decir algo. No me extraña. Este pueblo está lleno de ecos. Y, sin embargo, lo que más me hace falta es el silencio de la montaña. Mi padre siempre nos decía que eso era lo que los soldados nos habían quitado. La naturaleza nos envolvía, como la madre a sus hijos. Y en ese silencio cantaban pájaros y rechinaban los animales. Luego vino la ciudad y ese trajín que sofoca, como si buscasen callar con ruidos el malestar de la conciencia sucia. Yo te puedo decir: la mañana que vinieron a matar a mi padre, la montaña me arropó.

Dos ventanas laterales, abiertas a medias, dejaban pasar la luz que iluminaba el espacio. En todo el teatro no había lámparas. Sintiéndose ligeramente claustrofóbico, Julio miró hacia fuera y pensó en Aliza, en Humahuaca y en la inesperada correspondencia que ligaba aquella montaña al desierto en el que acababa de estar. Recordó el mapa que a modo de memorial Walesi y Escobar habían construido sobre las llanuras del norte argentino. Los imaginó intentando reconstruir cada año aquella obra que los aguaceros de verano más tarde destruirían y la imagen terminó por devolverlo a ese teatro que Juan de Paz, cual Sísifo en eterno afán, construía tenazmente contra el olvido.

Frente a él, cinco maquetas de madera daban cuenta de los avances de su titánica empresa. Al borde de cada una de ellas, aparecía la fecha de elaboración. La primera databa de hace año y medio, y la última de hacía apenas un mes. Julio pudo ver el progreso. Lo que en la primera maqueta era apenas el esbozo rudimentario de un par de casas genéricas se convertía, en la última representación, en una detallada cartografía de lo que había sido ese pueblo. Podían distinguirse las casas con los nombres de los antiguos vecinos, las pequeñas zonas de juego y de cocina, la entrada de la aldea e incluso los animales que pastoreaban en los predios cercanos. Los habitantes aparecían representados por diminutas estatuillas de jugadores de fútbol que le hicieron recordar las tardes de su niñez en las que, acodado contra el suelo, jugaba a recrear imaginarios partidos con un puñado de figurines que su padre le había traído de Argentina. Se preguntó si sería capaz de reconstruir el barrio de su infancia con la misma precisión con la que aparecía retratada allí aquella aldea, pero al intentarlo solo logró evocar el olor de la tierra tras las tardes de lluvia. Comprendió entonces la dificultad que asediaba al proyecto de Juan de Paz: dada la ductilidad de la memoria, las maquetas pronto se reproducirían con la misma prisa con la que se multiplicaban las especificidades en el recuerdo.

En las tres maquetas más recientes, demarcando los bordes del terreno, reconoció los contornos del río que su anfitrión le había enseñado esa misma tarde. Habían caminado un cuarto de hora, hasta que bajando una cuesta los perros se lanzaron a correr tras escuchar el rumor del agua. Se habían tirado a descansar un rato allí, mientras Juan de Paz le explicaba el pasado del pueblo antes de la guerra.

Escuchándolo, Julio supo que llegaba tarde a aquella historia.

Durante el trayecto había intentado evitar pensar en Aliza, prefiriendo concentrarse en detalles puntuales y pragmáticos, pero el relato de su anfitrión le había hecho pensar en la silueta que habría trazado la joven Abravanel sobre esos terrenos, más de treinta años atrás. La imaginó con la cámara colgada al cuello y la mirada desafiante recorriendo los poblados en plena guerra.

Llegaba tarde, pero llegaba, aunque lo único que quedase fuera la memoria de lo que había sido.

Escuchando las aguas, recordó el pequeño río que aparecía dibujado junto a la fotografía que había visto en San Antonio de los Cobres, esa imagen que la ubicaba a ella y al galgo sonriendo junto a Raúl Sarapura entre las salinas. «El truco sería entonces pasar de una orilla a otra sin dejar de hablar», recordó que decía la cita esbozada al margen del dibujo, esa cita que volvía a aparecer en el manuscrito que traía a escondidas en su mochila. Pensó en sacarlo y ofrecérselo a Juan

de Paz. Hacer de mensajero y partir nuevamente hacia el norte. Mirándolo, supo que aquello sería repetir el gesto de cobardía que años atrás terminó por separarlos. Si había hecho el viaje hasta allí era para adentrarse hasta encontrar el final del enigma que había sido Aliza. Llegar a encontrarla allí donde antes la había perdido. Su viaje, comprendió, era un viaje de duelo, una forma privada de llegar a términos con esa memoria que ahora, tres horas más tarde, parecía brotar junto a aquellas voces que se debatían contra el olvido.

De niña solía ir con mi madre al río. Ella iba con las demás mujeres a recolectar jutes y yo me divertía jugando con la corriente. Jugaba, también, a agarrar los peces que se escurrían entre las aguas. Lo había olvidado hasta hoy. He visto la imagen del río entre las gradas, junto a las viejas vasijas de mi madre, y de repente la he recordado cantando junto a sus amigas. Llegaban temprano, evitando las lluvias de la tarde, y a eso de las diez ya estaban de vuelta. En esas dos horas yo era más feliz que nunca. He recordado, también, que fue por allí, por el río, por donde entró el ejército. Fue de mañana, casi madrugada...

La cinta seguía y en ella se volvía a escuchar la voz de Juan de Paz quien, interrumpiendo, le recriminaba a la testigo aquella evocación de la violencia. Julio se sintió incómodo, como si sin querer entorpeciese una disputa ajena. Era raro estar allí en medio de esas confesiones íntimas, inmiscuirse en experiencias tan lejanas a su vida.

Buscó escapar del sinsabor explorando las gradas. Bajo las imágenes y los objetos, a modo de archivo, se hallaban pequeños ficheros con distintos temas. Se animó a abrir uno en el que se leía «Secreto» y dentro del cual encontró medio centenar de fichas parecidas a las que aparecían en el diccionario de Aliza. Tomó una en la mano y leyó.

Recuerdo que una tarde, por ahí del 79, pasaron dos ladinos por el pueblo. Andaban perdidos o tal vez explorando. Le pidieron direcciones a mi padre. Él sabía castellano por los años que pasó en la costa, trabajando en la finca. Recuerdo mirarlos maravillado, pensando que hablaban en una lengua secreta que yo no podía entender. Como si hablasen en un idioma secreto que era el idioma de la adultez y del poder.

En la parte de atrás de la ficha, una cita acompañaba al testimonio:

A quienes es debido hemos revelado nuestros secretos. Del arte de la escritura saben los que deben saber y nadie más.

Como esa había cientos. Tarjetas conservadas en decenas de ficheros incrustados al pie de las gradas. Girando la que tenía en la mano, Julio volvió a leer el testimonio mientras a sus espaldas escuchaba cómo la cinta seguía su trayecto y lo leído se confundía con lo escuchado. Tuvo

la impresión de haber visto aquello en alguna parte. Desde la llegada de la carta de Olivia Walesi tenía la sensación de vivir dentro de una muñeca rusa, acercándose lentamente hacia el abismal centro que ahora intuía.

Sintió frío. Junto al flanco derecho del escenario, una ventana rota había sido inadecuadamente cubierta con un par de bolsas de basura. En una ocasión, le había explicado horas antes Juan de Paz, uno de los testigos, enfurecido, había lanzado una de las vasijas contra la ventana por la cual ahora sentía entrar una brisa helada.

–Me llamó loco y salió corriendo.

Algo de razón tendría, pensó Julio. Aquel espacio, con su revoltijo de rumores y ruidos, funcionaba al límite de la esquizofrenia. Incluso él sentía que la mente le titubeaba. Incapaz de concentrarse, empezaba a ver patrones por todas partes. Al entrar en el teatro creyó distinguir, entre el centenar de objetos allí presentes, claras huellas de Aliza: un par de artículos periodísticos que creía haber visto entre las páginas del diccionario, una carta rota a medias, cierta forma muy suya de juntar imágenes y palabras.

Ahora esas coincidencias parecían multiplicarse. Primero fue la familiar resonancia de un par de testimonios que creía haber leído en otra parte, luego esas fichas tan parecidas a las que Aliza había usado en el diccionario y la mirada de Wittgenstein que recién distinguía perdida entre las gradas. Sentía ver conexiones, vestigios que parecían corroborar la intuición que lo llevaba hasta allí, pero que le hacían sentirse cercado por el delirio.

Durante el trayecto, Julio había pensado en mil formas distintas de justificar su visita ante Juan de Paz Raymundo. Le preocupaba que fuese tomada como una intromisión. Pensó mencionar el viaje que Aliza Abravanel había hecho por aquella región años atrás y el manuscrito que lo forzaba a retomar el viaje. Premeditó, incluso, que de ser necesario diría la verdad: que hacía el viaje para liberarse de la culpa de haberlo dejado a medias más de tres décadas atrás. Para su sorpresa y alegría ninguna de las excusas fue necesaria. Juan de Paz le había dado la bienvenida con la misma vocación con la que recibía al puñado de turistas que cada tanto llegaban hasta el teatro pensando que era un museo. Recientemente, el gobierno había puesto una carretera que pasaba cerca en su camino hacia el norte y con ella había aumentado la cantidad de gente que lo visitaba. Se dio cuenta de que aquella era su única manera de subsistir: cobrarle ochocientos quetzales a cada gringo que por error se acercase al teatro. Con ese dinero se aseguraba de mantenerlo, de añadir alguna piezas, de darle de comer a los perros. Eso explicaba por qué, al verlo llegar, no había hecho ninguna pregunta. Por eso, ahora que veía surgir por todas

partes pequeños rastros de Aliza, lo normal hubiese sido que Julio se alegrase. Sin declarar sus intenciones, sin tener que dar explicaciones, veía corroboradas sus sospechas.

No era ese el caso.

Sentía estar frente a una encerrona, como el detective que comprende, ya muy tarde, que el rigor de su propia lógica lo ha llevado hasta una emboscada. Atrapado dentro de aquel mundo de resonancias inesperadas, se sentía desvariar. Intentó calmarse, centrándose en la imagen de Wittgenstein que recién ubicaba entre las gradas. Allí estaba, idéntica a la que aparecía en el diccionario: el mismo rostro recortado a medias, la boca convertida en piedra, la expresión muda del que ahoga el grito. Buscó recordar las tranquilas tardes en las que se había entregado a explorar la vida del excéntrico hombre, pero solo logró rescatar la imagen de un puñado de venados escapando entre la nieve.

Vos, Juan de Paz, ¿ya prendiste el aparato este? Bueno, intentemos. No sé si te acordás vos, o si eras muy patojo, pero por aquella época fue que empezamos a usar las trampas. Siempre las habíamos utilizado, pero contra los ratones que nos comían nuestra milpa. Fue por ahí del 79 o del 80 que empezamos a utilizarlas contra el ejército. Yo apenas era, como tú, un patojo. Seis o siete años. Me da vergüenza decirlo, pero la verdad es que todo me divertía un poco. Me gustaba la idea de esas trampas invisibles que nadie salvo nosotros conocía. Eran nuestro secreto. Pescar al ejército, le llamábamos, y yo me hacía la idea de que algo de juego había en todo aquello. Hace unos meses me llamaron del tribunal para que declarase contra Ríos Montt y yo me imaginé ahí metido, frente a tanto señor encorbatado, hablando de las trampas.

La voz se desvanecía y el testigo se echaba a reír. Una risa quebradiza y sincera que retumbó por el teatro hasta alcanzar a Julio sentado en plena grada. Una carcajada juguetona pero profunda que le hizo pensar en cómo, en el manuscrito de Aliza, Von Mühlfeld reía nervioso al destruir las cintas en las que quedaba grabada la voz de Juvenal Suárez. Recordó cómo en esa escena, una enfermera pelirroja presenciaba desconcertada el acto a través de una puerta entreabierta, y la imagen le hizo sentirse tan incómodo, indiscreto e impertinente como aquella joven practicante. Volvió a sentir el sinsabor que había experimentado minutos atrás, la sensación de haberse inmiscuido en un mundo que no llegaría a entender por más que intentase. Un mundo que se acorazaba detrás del hermetismo de una risa.

Una inquietud parecida, creía recordar ahora, había dado pie hace años a la riña que terminaría por separarlo de Aliza. Comprendió

entonces su error. Vislumbró el punto ciego que hasta entonces había velado el recuerdo preciso de lo ocurrido en esos días. Había llegado hasta allí creyendo en su propia mentira: no habían sido los tiempos, como en un principio había pensado, lo que lo había forzado a abandonar el viaje, sino algo más. Aquella era la mentira que se había dicho a sí mismo y la excusa que le había dado a Aliza. Ahora, frente a esas voces que parecían recriminarle su apatía y su impotencia, podía distinguir la verdad hasta entonces oculta. También en aquel entonces, recordó, algo en él –ella lo llamaba cinismo; él, timidez– se había resistido a la idea de que era posible llegar a entender a plenitud el dolor de los demás. Le chocaba la pretensión de magnanimidad y desinterés con la cual la joven británica se lanzaba hacia una realidad que le era terriblemente ajena. Había aceptado participar en el viaje seducido por su costado más artístico, atraído por las resonancias que lo acercaban a las largas caminatas de Herzog, pero gradualmente, al ritmo que cruzaban fronteras, había comenzado a sentir que la realidad lo sobrepasaba y que sus buenas intenciones no eran sino inocencia e idealismo. Se vio guiando el carro camino hacia la frontera y finalmente creyó reconstruir los contornos de la escena hasta entonces olvidada. Creyó distinguir cómo, con cada nueva parada y cada nuevo país, la razón de su viaje se iba desvaneciendo hasta parecerle una pura necedad juvenil. La cámara de Aliza, en particular, le había parecido innecesaria e insensata. Lo que empezaban a ver no les pertenecía, ni a ellos ni a ese lente que impávido coleccionaba escenas.

–Naciste viejo y cobarde –le había dicho Aliza, y la expresión terminó por enfurecerlo.

Ahora que la misma sensación de impertinencia parecía abarcarlo, pensaba que igual ella tenía razón. Tal vez fue cobardía lo que lo había separado de Aliza y quizá era cobardía lo que lo hacía sentirse como un intruso entre las voces. Tocaba dejar atrás la comodidad del mundo propio y lanzarse hacia lo ajeno. Aun así, un segundo pensamiento, más visceral y genuino, le hacía sentir que por más que lo intentase no sería capaz de sacarse de encima esa sensación de falsedad e hipocresía. Tal vez había sido aquel sentimiento el que había llevado a Von Mühlfeld a destruir las citas y al padre de Aliza a encerrarse entre sus miedos. Deseó estar en casa, junto a Marie-Hélène y su perro, lejos de ese teatro que le mostraba su costado más cobarde.

El desesperado revolotear de un pájaro interrumpió sus reflexiones. Había entrado por error a través de la ventana rota y ahora batallaba despavorido y ansioso por encontrar alguna salida. La sala, más oscura y fría que antes, se le hacía enorme y la pobre ave aleteaba perdida entre la cúpula de palma. Perseguía los exiguos rayos de sol que

lograban filtrarse por las grietas de la estructura pero solo conseguía producir un juego de sombras que no desentonaba del todo entre los ecos del teatro.

Julio dejó las gradas atrás, caminó hasta la ventana y la abrió de par en par.

Afuera, la tarde comenzaba a declinar, mientras a lo lejos un par de nubes sugerían la remota posibilidad de un aguacero. Las horas habían pasado sin él darse cuenta, envueltas entre los relatos de Juan de Paz y ese rumor de voces que en un principio creyó perfectamente cíclico, pero en el que ahora comenzaba a notar ciertas fluctuaciones. Con cada *loop* el orden de los testimonios se reorganizaba. Algunos de los monólogos desaparecían y otros nuevos pasaban a formar parte de la grabación. Una especie de *shuffle* de la memoria, pensó, mientras veía cómo el pájaro se debatía entra las galerías hasta finalmente encontrar la ventana. Una espiral del recuerdo que a veces le regalaba nuevos testimonios como el que recién se abría paso hasta él, antes de salir por la ventana e ir a perderse montaña abajo, como imitando el vuelo de las aves.

Durante mucho tiempo solo pude recordar mi infancia en sueños. Siempre se habla de los adivinos que sueñan el porvenir. La Biblia y los libros están llenos de esas cosas. Profecías e imágenes de futuro que llegan a medianoche. Yo, en cambio, tras el accidente, soñaba con enigmáticas imágenes que me llegaban del pasado. Siempre el mismo sueño repetido con variaciones mínimas. Sin distinguir los detalles de la escena, creía verme entre los predios del pueblo, jugando con mis amigos.

Hasta ahí todo normal.

La cosa es que en ese sueño los juguetes no eran juguetes sino pequeños muñecos desfigurados que no parecían tener sentido. Me levantaba a medianoche con la sensación de haber estado allí, confundido y agitado por esa enigmática escena. Simultáneamente era yo y era otro al que le ocurría todo aquello. Cada dos o tres noches, el sueño se volvía a repetir con la insistencia de una idea fija. Volvía a vernos allí, tirados sobre el suelo húmedo, jugando con las deformadas figuritas. Me levantaba a medianoche, abría el cuaderno y me ponía a escribir.

Intentaba reconstruir lo visto, por más que todo pareciese incomprensible.

Me jodía por una parte no poder entender qué pasaba y por otra sentir que allí se jugaba muchísimo. Pero todos sabemos que los oráculos hablan en enigmas. Dicen una cosa que nadie entiende, pero que parece esconder una verdad. Por un tiempo, en los meses que antecedieron a la construcción de este teatro, pensé que ese sueño era el oráculo que me llevaría de regreso a la infancia perdida. Me obsesioné con él. Mantenía un diario en el que registraba sus variaciones y sus mutaciones.

Un día noté algo.

Comprendí que no éramos nosotros los únicos que habitábamos el sueño. Alguien más se movía por el espacio. Una figura sin rostro. Una silueta que poco a poco fue tomando forma en el diario hasta llegar a convertirse en una suerte de sombra blanca sobre los márgenes de la escena. Le llamaba así –la sombra blanca– y con ese nombre buscaba exorcizar su memoria. Para esos días ya había emprendido la etapa inicial del proyecto del teatro, así que empecé a hacer preguntas entre los vecinos más viejos.

Al principio me miraron como a un loco.

Si no lo pensaban ya, quedaron convencidos cuando llegué preguntando por aquella sombra. Pensaban que veía fantasmas. Así que no volví a contar nada, hasta que finalmente creí ver más. No dije nada hasta la noche en la que creí ver, junto a nosotros, la silueta de una mujer caminando junto al río. Volví a preguntar y todos me miraron nuevamente preocupados, con la excepción de una vecina que entre risas recordó que por esos días había pasado por el pueblo una joven británica. Igual esa podía ser la sombra blanca. Muchos duermen buscando olvidar. Yo iba hacia el sueño en busca del recuerdo.

Por momentos la voz se detenía y entonces se escuchaba un ruido: una especie de rasguño o raspadura breve que se repetía tres o cuatro veces. Un encendedor prendiendo un cigarrillo, pensó Julio, mientras intentaba reconstruir mentalmente la escena: las siluetas del hombre fumando a solas, inmerso en aquel espacio que mucho tenía de templo. Se le oía respirar profundo y continuar con su relato. Tenía razón: dentro del teatro su voz perdía las disonancias del tartamudeo que solía acompañarlo y ganaba el ritmo con el que ahora lo escuchaba retomar la historia.

Es él, se dijo. Todos, de alguna manera, son él, pero este *es* él. Estas son sus memorias, pensó.

Lo imaginó con las manos gesticulando ante el teatro vacío, la voz en riña con la emoción. Más allá de que muchos de los testimonios estuviesen traducidos por Juan de Paz, creía poder distinguir cómo el fulgor del recuerdo personal abrigaba sus palabras. Cierta huella biográfica se hacía patente entre las inflexiones de aquella voz, forzándolo a recordar la pregunta que Olivia Walesi le había planteado en Humahuaca al momento de darle el manuscrito de *Un idioma privado*.

–¿Ficción o memoria? –había preguntado.

Julio vaciló en un principio. Sabía de los juegos conceptuales de su amiga, de los mecanismos con los que buscaba confundir al lector. Pero ahora, frente a esa voz que dejaba el cigarrillo a un lado y retomaba su discurso, creía comprender que si había llegado hasta allí era para explorar esa frontera invisible en la que la ficción se

difuminaba tras la memoria. Tuvo el presentimiento de que aquel hombre había dispuesto todo –las gradas, las fotografías, las maquetas, las vasijas– solo para poder enterrar, entre tanto testimonio ajeno, la verdad de su destino. Juan de Paz se había entregado al proyecto con la secreta intención de poder camuflar la confesión que escuchaba. Ese relato en el cual, transfigurada en sombra blanca, creía reconocer a Aliza.

La vieja hizo memoria y luego el resto lentamente se fue avivando. Empezaron a recordar cosas. Detalles que yo fui coleccionando por más que pareciesen contradictorios. Algunos decían que era británica, otros que americana. Algunos creían que había sido una misionera y otros juraban que era una agente extranjera, de las Naciones Unidas o de algún organismo parecido. Pero nadie podía recordar su nombre. A veces la imaginaban rubia y otras veces de pelo oscuro. Creían verla con nitidez cruzando el pueblo durante aquellos días tan oscuros, pero nadie podía darme un nombre.

Mientras, yo seguía registrando sueños.

Fue por esos días que abrí el teatro. Puse la noticia en el periódico y esperé. Al mes llamó un antiguo amigo de mi padre. Quería verme. Vino a la semana. Más que nada quería hablar, saber de mí, de lo que había sido de mi tío. Cosas por el estilo. Me costó convencerlo de que se internase en el teatro, pero lo convencí. Le dije que lo hiciera por mi padre. Por esos días el teatro no era esto que es ahora, sino una docena de dibujos, de recortes de periódicos, una maqueta vacía en el medio a modo de recordatorio de por qué estábamos allí. El viejo se adentró sin mucha expectativa, pero la verdad fue que se entregó al juego. Recordó algunas memorias con mi padre que yo no quise escuchar y otros datos mínimos: los nombres de algunos antiguos compañeros, la disposición de algunas viviendas, la risa de algún viejo amor.

Aproveché para preguntarle por la sombra blanca.

Al principio creyó que me refería a los militares pero luego pareció hacer memoria. Recordó a la niña británica, su pelo oscuro, su tez blanca. Siempre con la cámara al cuello la patoja, dijo, y ese detalle movió algo en mí.

Lo insté a seguir recordando.

No podía recordar su nombre pero sí otro dato: decía que la niña había dejado el rollo de su cámara en el pueblo. Se lo había dejado a una prima lejana que vivía en la ciudad. Yo lo dejé hablar. Volvió a contarme de las memorias que decía haber rescatado de mi padre, pero yo me quedé pensando en el dato que recién me había dado. A los dos días, conseguí los datos de la prima, hice el trayecto hasta la ciudad y la entrevisté.

Le conté de mis sueños y de la sombra blanca que se movía sobre sus

márgenes.

La vi reír y algo en su risa me tranquilizó.

Ella sí recordaba a la perfección a la joven británica. Fue la primera vez que escuché hablar del rock, me dijo. Recordaba también su cámara y sus fotografías. Guardaba, para mi sorpresa, el viejo rollo que ella misma le había dado. Manías mías, nunca boto nada, me dijo mientras se paraba y, evadiendo decenas de objetos, buscaba entre cajas viejas hasta encontrar aquella que guardaba el puñado de rollos que pasaba a darme. Me pasó una bolsa con cinco rollos fotográficos. Dentro de la bolsa, sobre un pequeño papel amarillento, aparecía un nombre y una fecha: Aliza Abravanel, 19 de mayo de 1982.

La voz se detuvo nuevamente. Para darle otra calada al cigarrillo, pensó Julio, mientras sentía que la emboscada que recién había intuido comenzaba finalmente a desplegarse frente a él. Reconoció la fecha y los rollos a los cuales también hacía referencia Aliza en el diccionario. Aquellas palabras estaban dirigidas a él. Aun así, una segunda impresión le hacía sentir que la voz no se dirigía a nadie salvo a sí misma. Aun cuando más contaba, cuando el relato más parecía desnudarse y acercarse a una verdad, algo en ella se retraía. No se trata de exponer el secreto sino de hacerle justicia, recién le había escuchado decir a Juan de Paz, sentencia que recordaba también haber leído en el manuscrito. No supo en qué momento lo habían atrapado en esa cámara de ecos, pero presintió que ya era muy tarde para escapar. De poco serviría resistir. Prefirió entregarse a las correspondencias que allí se establecían, dejarse llevar por las corrientes de ese monólogo que como río revuelto lo empujaba ahora hacia delante al tiempo que sacaba a flote memorias olvidadas.

Por muchos meses, apenas tuve eso: un nombre, un sueño y un puñado de rollos fotográficos. Al cabo de un tiempo me envalentoné y decidí revelarlos. Igual allí se hallaba el pasado que buscaba. Pero nada. Los años se habían encargado de destruirlos. Lo que quedaba era pura cinta inútil. Así que me quedó el nombre y el sueño. Decidí investigar. Buscar quién se escondía detrás de ese nombre.

Aliza Abravanel.

Tantas «a» alternándose en un nombre tan extraño. Empecé a preguntar entre el resto de los vecinos, pero encontré poco. Hasta que alguien me sugirió lo obvio: que no perdía nada buscando por internet. Tenía razón: bastó una búsqueda rápida para que de repente apareciese retratada frente a mí. Se veía más vieja y su nombre no era Aliza Abravanel sino Alicia Abravanel, pero algo en el juego entre el pelo oscuro y la tez blanca me hizo entender que era ella. Sé que suena raro, pero algo en ese contraste me hizo sentir que encontraba la sombra blanca que había entrevisto en

sueños.

No encontré dirección alguna, solo un dato que me regaló un destino.

Leí que aquella mujer, convertida en reconocida autora, vivía en una comuna artística a las afueras de un pequeño pueblo del norte argentino. Así que no lo pensé dos veces y le escribí una carta, la cual dirigí a la comuna sin más, pensando que una vez allí alguien sabría llevarla hasta ella. En la carta le hablaba del teatro, de los rollos fotográficos y del pueblo. Le hablaba de la sombra blanca que aparecía en mi sueño y de los juguetes rarísimos que condensaban de alguna manera el horror de lo que vendría. Envié la carta sin mucha expectativa, como quien envía un mensaje al porvenir.

Sin esperar respuesta.

Intenté olvidar. Me entregué al trajín del teatro, a la configuración de aquel proyecto que crecía entre mi propia confusión. Dos meses más tarde me llamó Jacinto diciendo que a la ciudad había llegado, desde Argentina, una carta para mí. La carta la firmaba un tal Raúl Sarapura, quien afirmaba estar trabajando junto a Abravanel en su último proyecto. Me contaba que Abravanel no se encontraba bien de salud pero que había recibido mi carta con el mayor entusiasmo. Recordaba bien el pueblo, la sonrisa de Itzel, los rollos fotográficos. Luego, extrañamente, pasaba a agradecerme. Me contaba del proyecto que ocupaba las horas de la escritora y del callejón sin salida en el que sentían estar. Tu carta –recuerdo exactamente sus palabras, pues me parecieron extrañas y excesivas– le ha dado a Aliza la esperanza de una salida. Cerraba ese primer mensaje hablándome del sueño. Mencionaba una novela rusa en la que el protagonista recordaba un juego de infancia. El juego tenía dos partes. Primero, el set de juguetes, compuesto por una decena de absurdos objetos llamados nonnons. *Objetos sin forma, abultados, torcidos o agujereados, en algo parecidos a los fósiles o las anémonas que uno encuentra en el mar. Objetos que poco sentido hubiesen tenido por sí solos, si no hubiese sido por el hecho de que junto a ellos le vendían a uno un espejo igualmente ilógico y torcido frente al cual los objetos finalmente tomaban forma. Aparecía de repente el pequeño elefante, la jirafa o el cerdito que todos habían buscado sin éxito. Sospecho, decía Sarapura en la última línea de la carta, que los juguetes de tu sueño funcionan con una lógica similar. Finalizaba con un abrazo de ambos y prometía volver a escribir muy pronto.*

Después de esa carta vinieron muchas otras. Pero no volví a sentir lo que sentí esa tarde. Terminé de leer la carta frente al río y regresé caminando al teatro. Me senté en la butaca en donde estoy y comencé a pensar en lo que había leído. Pensé en el sueño. Intenté imaginar el espejo loco del que hablaba Sarapura y de repente sentí que lo tenía frente a mí. Sobre la pared, allí donde ahora hay una fotografía de un cielo sin nubes, se hallaba

por esos días pintado, a modo de breve espiral, un brochazo de azul. Unas semanas antes me había levantado pensando en el cielo de mi infancia y de repente la memoria me había llevado hacia un color. Un azul a medio camino entre el celeste y el índigo, un color que me tomó una semana encontrar pero con el que al final había logrado dar. Aquel brochazo estaba allí como testigo de esa memoria aparentemente inútil. Recuerdo que esa tarde, pensando en la carta de Abravanel, me quedé mirando ese brochazo de azul. Y de repente, sin saber exactamente cómo, sentí que la forma del brochazo, esa espiral que en un principio me pareció caprichosa y antojadiza, se conjugaba con los demás objetos allí presentes, para evocar un recuerdo olvidado. Recordé el gesto que hacía mi padre cuando terminaba de contarme los cuentos de mi infancia. Un gesto mínimo, una suerte de espiral con la que señalaba la conclusión del relato, pero que a mí me llevaba a pensar en el azul de los astros y las estrellas.

Ese fue el primer recuerdo.

Uno siempre tiene la sensación de que la vida oculta algo, un secreto que uno cultiva con la paciencia con la que otros cultivan un jardín. Esa tarde sentí que, junto al primer recuerdo, me acercaba al secreto que había cultivado por años. Luego vinieron más. Como si detrás de ese gesto de mi padre se escondiese el insólito espejo del que me hablaban en la carta. Como si en la conjunción de ese color y de aquella forma, de aquel azul y de aquel gesto, se hallase la memoria perdida.

Y así pude recordar.

Recordé la cara taciturna y severa de mi padre, las grietas sobre la tierra húmeda en los días de lluvia, el sonido que hacía el ocote al arder, las piernas expuestas de las mujeres que entraban al río, un par de zapatos viejos tirados sobre una esquina como una novedad traída desde lejos, los amaneceres que ahora he vuelto a ver, el olor a incienso del copal, la vez que por unos minutos me perdí en plena montaña, la alegría con la que jugábamos con los cochitos, los cincos que trajo mi tío consigo de uno de sus viajes a las fincas, los mapaches que asediaban las milpas y las trampas con las que las cuidábamos, la confusión y el miedo que sentí la tarde en la que vi el primer rifle, mis padres acurrucados en la cama en posiciones que no comprendí, un par de perros comiendo olote mientras en la montaña se escuchaba el revolotear de los pájaros, las lecciones de catequismo, el placer inútil que descubrí la tarde en la que por primera vez tracé con una rama un garabato sobre la ribera del río, la punzada que sentí al adentrarme por primera vez en la capital, el rostro del tío borracho gritando, irónico en su dolor, Viva Guatemala, Viva la Patria, una ardilla colgando de una rama y la impresión de que la rama en cualquier momento se rompería...

La lista continuaba, marcando los ritmos de una letanía en la que el recuerdo, de tan preciso y nítido, arriesgaba volverse inescrutable,

opaco y anónimo. Imposible agotar una experiencia. La memoria absoluta se parece mucho al olvido, pensó Julio, mientras notaba cómo mansamente la luz disminuía, insinuando la llegada del atardecer. Creyó escuchar un ladrido pero no pudo distinguir si el ruido provenía de la grabación o de la realidad. Abrumado por tanto detalle, temeroso de que la noche lo encontrase allí, se dijo que era hora de salir de esa suerte de limbo en el que ahora volvía a encontrar a Aliza convertida en sombra blanca. Dejó atrás la voz que proseguía con su retahíla de recuerdos y, al salir por la puerta principal del teatro, volvió a ver a Juan de Paz. Energizado por la taza de café que bebía, su anfitrión parecía haber retomado el ajetreo nervioso en el que lo había encontrado.

–Pronto estaré con vos –le escuchó decir.

Sobre la mesa la botella de alcohol estaba en el mismo punto en el que la habían dejado. Se sirvió y bebió apresuradamente un trago, buscando tal vez deshacerse de la agobiante visión que recién creía haber vislumbrado. Sin hacer ruido, tomó la mochila en la mano, se excusó argumentando que necesitaba un poco de aire y, haciéndoles cariños a los perros, salió por una de las puertas traseras.

4

Presintiendo la llegada del atardecer, los gorriones habían desaparecido y sus acrobáticos vuelos eran reemplazados por el viento helado que peinaba la montaña en dirección al río, hasta perderse allí donde la colina descendía y colgada en la distancia se veía la media luna que recién comenzaba a despuntar. Julio siguió con la mirada el efecto de aquellas ráfagas sobre el pasto apenas húmedo. Quizá a causa del alcohol, encontró cierta paz en la ligereza de esos vendavales que acariciaban la hierba como si una presencia invisible recorriese el monte.

Era difícil imaginar que allí había estado el pueblo.

Pensó en las voces del teatro, en el contraste entre el claustrofóbico juego de ecos que allí se establecía y la extensión ilimitada y libre del pastizal por el que ahora caminaba. Una segunda idea, antojadiza y descabellada, le hizo sentir que se equivocaba. Sintió que las voces que recién había escuchado se extendían sobre la montaña y que Juan de Paz Raymundo había construido un teatro que amenazaba con abarcarlo todo. No recordaba en cuál de los textos de Kafka que de joven le había pasado Aliza aparecía la idea, pero sabía que en alguno se hablaba de un teatro ilimitado en el que todo gesto se desdoblaba en acto. El Nature Theater of Oklahoma, recordó en voz alta, y sintió que sus palabras reverberaban como si todavía estuviese sentado entre las gradas, escuchando los testimonios que acababa de dejar atrás.

Un teatro más real y potente que la realidad misma.

Esa tarde, sentado frente a los tableros de corcho, escuchando a Juan de Paz mientras este le contaba el origen de su proyecto, había sospechado que aquella era la secreta ambición que se escondía detrás de todo: el deseo de convertir el presente en un simple *déjà vu*. Ahora comprendía que el hombre había tenido éxito.

Intentó reconstruir la imagen del pueblo según lo había visto en las maquetas. Ubicó las casas, los animales, las zonas de juego y de agricultura, intentó incluso reconocer aquel esquema en las dos fotografías del pueblo en ruinas que flanqueaban la reproducción del cuadro de Brueghel. Logró reconstruir un retrato muy básico del pueblo, un esbozo de lo que pudo haber sido, pero otra ráfaga helada volvió a recorrer la montaña y junto al frío sintió desaparecer la imagen. Lo extraño, pensó, era eso: todos los demás vecinos venían, visitaban el teatro, recordaban lo que tenían que recordar y partían, esperanzados de que el inusual ejercicio les ayudase a exorcizar los

traumas que los ataban a un pasado inconcluso. Llegaban, recordaban y olvidaban. Seguían con su vida, mientras que Juan de Paz se quedaría allí, cercado por ese teatro que le vedaba el camino hacia el olvido.

Intentando escapar del frío y de esos pensamientos sin fondo, decidió seguirle los pasos al viento. Mochila en mano, abrigado por el alcohol que todavía le calentaba el cuerpo, rehízo el camino que esa tarde había atravesado junto a Juan de Paz y a sus perros hasta que bajando la colina pudo escuchar el rumor de las aguas. Al parecer había llovido montaña arriba sin él darse cuenta y ahora estaban más revueltas y turbias de como las habían encontrado horas antes. Recordó los testimonios que evocaban memorias ocurridas en aquella ribera, las mañanas que decían haber pasado allí los antiguos habitantes. Se preguntó qué serían esos animales llamados *jutes* de los que tanto se hablaba. Por allí había entrado el ejército, decía una de las voces, antes de que Juan de Paz la interrumpiese. Y habían sido ese desliz y esa interrupción los que lo habían llevado a recordar la razón de la pelea que había tenido más de treinta años atrás con Aliza.

Poco importaba.

Lejos quedaba su evidente cobardía. Lo significativo era haber llegado hasta allí, aunque fuese tarde. Saber vivir las consecuencias de lo que allí comenzaba.

–Los griegos –le había dicho Juan de Paz horas antestenían dos ríos: uno para el olvido y otro para el recuerdo. Lete y Mnemósine.

Buscó recrear la escena que recién había escuchado en el teatro. Imaginó a los niños tirados sobre la grama, divirtiéndose con los juguetes que en el sueño se volvían informes y enigmáticos, mientras en torno a ellos Aliza sonreía convertida en sombra blanca. Ahora comprendía que era aquella escena alrededor de la cual ella había construido el diccionario que ahora él pasaba a sacar de la mochila. Hojeó el cuaderno hasta encontrar la página que buscaba.

> *El 19 de mayo de 1982 decidí salir de Guatemala. Cargaba conmigo los rollos de las fotos que había tomado el 15 de abril. Pensé revelarlos, mandarlos a algún periódico a modo de testimonio de lo que había visto. Pero algo en mí sintió que el mundo estaba ya repleto de imágenes y que no bastarían las fotos para hacer justicia de lo que había visto. Tomé las cintas, se las regalé a una amiga del pueblo y me dije que a partir de ese día solo escribiría, como quien busca la leyenda de una fotografía imposible.*

Allí volvía a aparecer la sombra blanca del sueño, escondida tras el *flash* de una fotografía ausente. Aliza y Juan de Paz habían colaborado, planificando la celada perfecta que ahora lo llevaba hasta allí. Se rió al comprender cuán ingenuo había sido: todo este tiempo

pensando que era él quien llevaba el mensaje, cuando el verdadero mensaje iba hacia él. Poco sentido tenía entregarle aquellos papeles a un hombre que sabría recitarlos de memoria.

Recordó la fotografía con la que comenzaba el relato que lo había llevado hasta allí, esa imagen en la que KarlHeinz von Mühlfeld quedaba retratado junto a Juvenal Suárez frente a las ruinas de la vieja mansión de Elisabeth Förster-Nietzsche. Algo que empezaba allá terminaba acá, en esta montaña en la que todo suceso parecía ser el eco de algún evento ya olvidado. Miró hacia el cielo buscando un respiro, pero la imagen de Yitzhak Abravanel, perdido entre las calles de Nueva Germania, volvió a salirle al paso. Temió convertirse en otro personaje de aquel teatro, incapaz de ponerle punto final a una obra que amenazaba con volverse omnipresente.

¿Qué diría Marie-Hélène, como arquitecta, de ese espacio sobre el cual las voces repicaban anónimas, avanzando hacia un pasado que retrocedía? Pensó en las maquetas que yacían a oscuras en la casa de la que recién había partido y en los derroteros del zorro que había perseguido durante la noche de tormenta. Más de una vez, durante aquellos días solitarios, sentado en la sala mirando por la ventana, había jugado a encontrar patrones entre la nieve aún fresca: pequeños castillos, archipiélagos improvisados, laberintos por los cuales el zorro navegaba a gusto, empeñado en construir un hogar a la intemperie. Ahora, frente al río en crecida, se preguntaba si la nieve todavía estaría allí a su regreso o si el tiempo se habría encargado de destruir la cartografía que tan pacientemente había imaginado.

Miró hacia atrás buscando el teatro, pero solo encontró la pendiente de la montaña. Vastos, rebeldes y bravos, los pastizales crecían sin memoria, incapaces de saber que sin querer borraban las violentas huellas de lo allí sucedido. Por esos mismos pastizales había caminado Aliza. Julio creyó verla, la cámara al cuello y la mirada desafiante, consciente de que lo que observaba escapaba a lo que el lente fotográfico podría captar.

El rumor de las aguas, cada vez más impetuosas, lo regresó al presente. Palpitante e indómita, la naturaleza terminaría por convertir hasta la más impresionante fortaleza en ingrato escombro. A lo lejos divisó la carretera que lo había llevado hasta allí. Años más tarde, imaginó, una familia en vacaciones atravesaría esa ruta en su camino hacia el norte y pasando por aquella montaña observarían brevemente por la ventana el solitario teatro cubierto de hierbas. Se preguntarían quién había vivido allí, sin imaginar que Juan de Paz Raymundo había construido aquel espacio precisamente como un breve refugio contra la ruina.

–Como una casa en el desierto –le había dicho riendo horas atrás, en

palabras que a él solo podían llevarlo de vuelta a Humahuaca.

Mirando a su alrededor, Julio comprendió que tenía razón. La belleza de su logro yacía en su osada ambición. Como Aliza, aquel hombre buscaba construir un mausoleo en el que sepultar el secreto de un pasado injusto. Ansioso, palpó su mochila, buscando asegurarse de que el otro manuscrito que cargaba también estuviese a salvo.

Junto a la ribera, esa tarde, uno de los perros había escarbado un hoyo. Tomó los dos manuscritos en la mano, los anudó con una banda elástica y sin ceremonia alguna los enterró, antes de cubrir el hoyo con una decena de hojas. A más tardar mañana uno de los perros regresaría hasta allí y, husmeando hasta encontrarlas, exhumaría las páginas olorosas a tierra. El zumbido de los insectos terminó por convencerlo de que ya era hora de regresar. La noche avanzaba, sin tregua, por la montaña. Más ligero, con la mochila vacía, remontó el camino hasta que llegando a la explanada distinguió a Juan de Paz por una de las ventanas. Frenético, parecía debatirse entre fantasmas, ajeno al atardecer que pronto lo sumiría en lo oscuro. Amparado, pensó Julio, por el fulgor de una idea fija y por la incandescencia del recuerdo.

AGRADECIMIENTOS

Dicen que la escritura es un oficio solitario. Lo es, pero a veces se trata de una soledad poblada. Pocas veces me sentí tan acompañado como mientras perseguía las esquivas huellas de los personajes que aparecen en estas páginas. El libro no hubiese sido posible sin la ayuda de Ignacio Acosta, quien se encargó de imaginar y recrear el *Diccionario de la pérdida*. Tampoco existiría sin las lecturas, el entusiasmo y las sugerencias de Sandra Pareja. Quedo agradecido con Claudia Guerra por su ayuda. Gracias a Silvia Sesé por animarme en la escritura y por confiar en mí. Gracias también a los primeros lectores de *Austral*: a Linus Guggenberger, a Julia Ringo y a Bill Swainson, por los consejos y por apostar por este manuscrito. Y gracias a Alberto Calvo, quien me ha acompañado desde el primer libro, asegurándose de que las comas estén bien puestas.

Edición en formato digital: abril de 2022

Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4456-6

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es